

DONES DEL ESPÍRITU

Enseñanza práctica y relatos inspiradores de los dones
sobrenaturales de Dios a Su iglesia.

David K. Bernard

Dones del Espíritu

por David K. Bernard

©1997 David K. Bernard
Hazelwood, MO 63042-2299

La fotografía y el diseño de la portada fueron hechos por Paul Povolni.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Sagradas Escrituras son de la versión Reina Valera © 1960 (RVR1960). Algunas citas de las Sagradas Escrituras son de la Nueva Versión Internacional (NVI), derechos de autor 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de esta publicación se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información electrónico, ni transmitir en ninguna otra forma por ningún medio, electrónico, mecánico, de fotocopias, grabación y entre otros, sin el permiso previo de David K. Bernard. Se pueden hacer breves citas en reseñas literarias.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Impreso por



Información del Catálogo de Publicación de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos

Bernard, David K., 1956—

Dones del Espíritu / David K. Bernard p. cm.

ISBN 1-56722-204-8

1. Dones del Espíritu. 2. Iglesias Pentecostales Unicitarias—Doctrinas.

3. Iglesias Pentecostales—Doctrinas. I. Título.

BT767.3.B39 1997

234'.13----dc21

97-33496

CIP

A los
santos de la
Iglesia Pentecostal Unida, Nueva Vida, en
Austin, Texas

CONTENIDO

Prefacio	5
1. Dones del Espíritu en la Biblia	9
2. Los Dones Sobrenaturales del Espíritu	23
3. El Propósito de los Dones del Espíritu	33
4. El Ejercicio de los Dones del Espíritu	43
5. I Corintios 12: Los Dones del Espíritu en el Cuerpo de Cristo	62
6. I Corintios 13: El Amor en el Ejercicio de los Dones del Espíritu	77
7. Sabiduría, Ciencia, y Discernimiento de Espíritus	84
8. Fe y Milagros	100
9. Sanidad	112
10. Fe para Sanar	130
11. La Imposición de Manos	141
12. Lenguas e Interpretación	150
13. Profecía	166
14. I Corintios 14: Los Dones Vocales en la Adoración Pública	176
Conclusión	194

PREFACIO

Uno de los rasgos distintivos del movimiento Pentecostal es su énfasis en los dones sobrenaturales del Espíritu que están operando en la iglesia hoy. En la segunda mitad del siglo veinte, muchas personas de todas las denominaciones aceptaban estos dones, lo cual dio lugar al movimiento carismático y después a la “tercera ola” (evangélicos que no se identifican a sí mismos como pentecostales o carismáticos, pero están a favor de las señales y maravillas). Diversas teorías y prácticas, incluyendo algunos excesos y abusos, han acompañado a esta renovación de dones espirituales.

El propósito de este libro es articular una teología bíblica de los dones sobrenaturales de I Corintios 12 para todos aquellos que acepten la obra milagrosa del Espíritu Santo. Usando las Sagradas Escrituras como nuestra autoridad, procuraremos definir los dones del Espíritu, investigar su naturaleza, y discutir su función y uso apropiado.

Aunque la experiencia no debe ser nuestra autoridad, ésta desempeña un papel esencial para desarrollar un entendimiento práctico de esta materia. A principios del siglo veinte, los primeros pentecostales descubrieron la enseñanza bíblica del bautismo del Espíritu Santo, el hablar en lenguas, y los dones del Espíritu, y ellos buscaron recibir e implementar estas verdades. A medida que Dios derramaba de Su Espíritu con las señales que le seguían, lo que ellos una vez hallaron oscuro, misterioso o meramente teórico de pronto se hizo evidente y una realidad de la vida. Mientras seguían la dirección del Espíritu, ellos corregían las malas interpretaciones y los abusos al consultar nuevamente la Biblia y su explicación del propósito y la operación de los dones del Espíritu.

Nosotros debemos hacer lo mismo hoy. Debemos interpretar todas

las experiencias con la Biblia y basar todas las prácticas en la Biblia. Al mismo tiempo, nosotros analizamos nuestras teorías sobre el significado de la Palabra de Dios mediante la examinación de la obra que realiza el Espíritu

Santo en el mundo, la iglesia, y nuestro diario vivir.

La interacción entre nuestras teorías y nuestras experiencias nos ayudará a comprender y recapturar el completo y verdadero significado del texto bíblico. Por lo tanto, al estar equipados seremos capaces de ajustar nuestras creencias y prácticas a la voluntad de Dios de la manera que se revela en las Sagradas Escrituras.

En este sentido, he sido extremadamente bendecido por tener una rica herencia Apostólica Pentecostal y una diversidad inusual de experiencias que han ayudado a dar perspectiva a esta cuestión. A principios de 1965, mis padres habían servido como misioneros en Corea por más de veinte años, y ellos establecieron iglesias en Louisiana antes y después de su servicio en el extranjero. Yo me crié en las misiones nacionales y globales en medio del avivamiento, milagros, señales, maravillas y crecimiento de la iglesia.

Cuando regresé a los Estados Unidos a los diecisiete años de edad para asistir a la universidad, me volví parte de una gran iglesia multicultural en el corazón de Houston y después asistí a una pequeña iglesia en Austin, Texas. Cuando comencé el ministerio a tiempo completo en 1981 primeramente estaba asociado con un Instituto Bíblico y una iglesia grande en Jackson, Mississippi, y después lo estuve con la sede mundial de la Iglesia Pentecostal Unida Internacional y una iglesia mediana en las afueras de St. Louis. En 1992 mi esposa y yo fundamos una iglesia en Austin, como pastor la he visto crecer desde mi casa a un edificio rentado que se compartía con otro grupo hasta llegar a tener sus propias instalaciones de trece mil pies cuadrados en un área de cuatro acres. Desde 1997 he tenido la oportunidad de visitar cincuenta y ocho países, realizando veintisiete viajes de misiones de corto plazo, y ministrando en veintiocho países de los cinco continentes. He visitado

los cincuenta estados de Estados Unidos y he predicado y enseñado en cuarenta y dos estados. En total, he ministrado aproximadamente en 245 iglesias o ciudades de los Estados Unidos y en otros 75 países, incluyendo varias conferencias, retiros, seminarios, campamentos juveniles y reuniones campestres. Mi propósito al mencionar estos datos no es darme crédito a mí mismo o hacer grandes pretensiones, sino dar a conocer mis antecedentes y la variedad de experiencia para poder ser un testigo creíble y eficaz de lo que proclamo. He sido privilegiado al ver repetidamente todos los dones sobrenaturales del Espíritu operando en numerosas culturas y partes, tanto nacionales como extranjeras, así como en pequeños grupos de hogar y en multitudes reunidas en estadios. A lo largo del libro, cito ejemplos de mi propia observación y experiencia, esto no lo hago para implicar que yo soy de alguna manera especial, sino lo contrario: testificar que hoy todos los creyentes y ministros pueden experimentar los dones sobrenaturales del Espíritu.

El bosquejo inicial de este libro surgió de la enseñanza de teología sistemática durante cinco años en *Jackson College of Ministries* [Universidad de Ministerios de Jackson] en Jackson, Mississippi. El borrador fue transcrito en una extensión del Instituto Bíblico de Texas, la cual era impartida en las instalaciones de la Universidad de Concordia en Austin. A menos que se indique lo contrario, las citas de las Sagradas Escrituras son tomadas de la versión Reina Valera 1960 (RVR 1960) y las definiciones de las palabras son del *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*.

Deseo agradecer a Claire Borne por la transcripción inicial y a mi madre, Loretta Bernard, por contribuir con experiencias y sugerencias. Como siempre, agradezco a mi esposa, Connie Bernard, por su paciencia, apoyo y contribuciones invaluable que ha hecho a mi vida, familia y ministerio.

Yo no escribo como un experto de los dones del Espíritu, sino como alguien que cree que todo cristiano puede obtener un conocimiento práctico de estos dones de la Biblia, que toda persona

llena del Espíritu puede ejercer potencialmente cualquiera de ellos en la medida que Dios lo desee o lo permita, y que Dios quiere que los mismos operen dentro de cada cuerpo local de creyentes.

CAPÍTULO UNO

DONES DEL ESPÍRITU EN LA BIBLIA

La Biblia nos enseña que cada creyente es, y debe funcionar como, una parte vital del cuerpo de Cristo. Dios le ha otorgado muchos dones a Su Iglesia. Él le ha dado a los miembros habilidades especiales y ministerios para el beneficio del cuerpo como un todo, tanto a nivel local como mundial.

Tres pasajes en el Nuevo Testamento—Romanos 12, Efesios 4, y I Corintios 12—clasifican algunos dones que Dios le ha concedido a la Iglesia. Romanos 12 habla de habilidades, talentos o funciones que Dios da a todos los creyentes. Efesios 4 identifica oficios especiales de liderazgo y ministerio que Dios le ha conferido a la Iglesia. En I Corintios 12 encontramos las señales, maravillas y milagros sobrenaturales que ocurren por la operación directa y el poder del Espíritu Santo. Por cuestiones de claridad, vamos a etiquetar estas tres listas respectivamente como los dones de servicio, los dones de oficio ministerial, y los dones sobrenaturales. En este capítulo discutiremos los dones de servicio y los dones de oficio ministerial; el resto del libro se dedica a los dones sobrenaturales del Espíritu de I Corintios 12-14.

Las tres listas de los dones son las siguientes:

Los Dones de Servicio (*Romanos 12:6-8*)

1. Profecía
2. Ministración
3. Enseñanza
4. Exhortación
5. Dádiva
6. Conducción (gobernar en la RVR1960)
7. Demostración de misericordia

Los Dones de Oficio Ministerial (*Efesios 4:11*)

1. Apóstoles
2. Profetas
3. Evangelistas
4. Pastores
5. Maestros

Los Dones Sobrenaturales del Espíritu (*I Corintios 12:8-10*)

1. Palabra de sabiduría
2. Palabra de ciencia
3. Fe
4. Dones de sanidad
5. Operación de milagros
6. Profecía
7. Discernimiento de espíritus
8. Diversos géneros de lenguas
9. Interpretación de lenguas

También encontramos en I Corintios 12:28-30 una lista que combina los elementos de cada una de las categorías anteriores:

1. Apóstoles
2. Profetas
3. Maestros
4. Milagros (también “obradores de milagros,” versículo 29)
5. Dones de sanidad
6. Ayudas (similar a “ministerio”)
7. Administraciones (“gobiernos” en RVR1960, similar a conducir o regir)
8. Variedades de lenguas
9. Interpretación de lenguas (versículo 30).

LOS DONES DE SERVICIO

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Romanos 12:3-8).

En este pasaje, Pablo hablaba por la gracia que le fue dada, esto es, en virtud de su llamado divino como apóstol. Al hacer eso, él mismo se convirtió en ejemplo de su mensaje. Su mensaje inspirado para cada creyente es: debemos ser humildes, reconociendo que Dios es el autor de todo lo que nosotros alcanzamos espiritualmente. No nos debemos valorar demasiado, sino que debemos pensar con cordura.

Debemos hacer una seria consideración de acuerdo con la fe que Dios nos ha dado. No tenemos ningún motivo para estimarnos más que los demás cuando nos damos cuenta que Dios es la fuente de nuestra fe y que Dios ha dado fe a todas las personas de la iglesia.

*Debemos buscar para identificar
nuestros dones particulares.*

Como una analogía, el cuerpo humano tiene muchas partes, pero no todos los miembros tienen la misma función. Hay un cuerpo, pero muchos miembros; un cuerpo, pero diferentes funciones. Del mismo modo, la iglesia es el cuerpo de Cristo, y los cristianos son todos los miembros de ese cuerpo. (Ver también I Corintios 12:12-27.) Por lo tanto, cada uno es parte del otro; cada uno depende mutuamente del otro.

Los distintos miembros de la iglesia tienen diferentes oficios y dones, así como las partes del cuerpo tienen distintas funciones. Por esta razón, no nos atrevemos a compararnos entre nosotros mismos (II Corintios 10:12), sino que debemos reconocer la diversidad de funciones y admitir el valor de los diferentes miembros del cuerpo. Debemos buscar para identificar nuestros dones particulares y ejercitarlos con lo mejor de nuestra capacidad para el beneficio de todo el cuerpo. En lugar de hacer todas las tareas posibles en el cuerpo, debemos concentrarnos en las funciones particulares que Dios nos ha dado y realizarlas de manera adecuada.

*Debemos concentrarnos en las funciones particulares
que Dios nos ha dado y
realizarlas de manera adecuada*

La palabra griega para “dones” es *charismata*, el plural de *carisma*. Esta palabra tiene relación con los nueve dones espirituales de I Corintios 12. Esta palabra se relaciona a *charis*, o “gracia”, la cual

se refiere a la gratuita e inmerecida bendición y obra de Dios. La connotación es que estos dones son gratuitos, inmerecidos, y donaciones milagrosas de Dios.

En el contexto, Pablo citó siete ejemplos de su tesis. Su forma de presentación revela que la lista de los dones que se encuentran aquí no es exhaustiva, sino representativa o ilustrativa de las maneras en las cuales Dios usa a los individuos en Su iglesia. Hay muchos otros aspectos del servicio cristiano que este pasaje no identifica específicamente.

Además, podemos describir estos dones de servicio como funciones o ministerios espirituales (avenidas de servicio) que se encuentran presentes en la iglesia. Una persona puede ejercitar varios de ellos, y puede haber cierto traslapo.

Estos son dones verdaderamente de Dios y no logros puramente humanos. Aunque hay algunas habilidades humanas naturales que corresponden a esta lista, al menos en parte, los talentos que recibimos de la naturaleza y la crianza tienen su origen en el diseño, propósito y gracia de Dios. Por otra parte, la obra de gracia de Dios permite que el cristiano ejercite sus habilidades en el área espiritual y para el beneficio de la iglesia, trascendiendo así su capacidad humana. Dios puede santificar, aprovechar y añadir a los talentos que el cristiano tenía antes de llegar a Dios, o Dios puede darle talentos completamente nuevos. De cualquier manera, estos dones vienen por la gracia de Dios

El primero en la lista es *profecía*, lo cual se refiere a una declaración inspirada de manera divina, o hablar bajo la unción divina para edificar a otros. Esto no involucra necesariamente una predicción del futuro. Se puede referir específicamente a un mensaje público y sobrenatural en el idioma de la audiencia (I Corintios 14:29-31), pero aquí parece ser, en un sentido más general, un testimonio ungido, proclamación o predicación. (Ver Hechos 2:17; I Corintios 14:3; Apocalipsis 19:10.) Los predicadores laicos, incluyendo a aquellos que hablan en servicios de distintas instituciones, tales como

cárceles y asilos, son un buen ejemplo de este don en acción.

Si alguien tiene este don, debe ejercitarlo en proporción a su fe, tanto como la medida de su fe se lo permita. Quizás esta declaración significa que debe testificar o predicar de acuerdo con la fe (la doctrina o el cuerpo de creencia).

Ministerio significa servir a los demás, servir particularmente en la iglesia. Algunas personas han sido dotadas especialmente con una actitud y habilidad de servicio en ciertas capacidades. La palabra griega es *diakonia*, la cual es una palabra amplia que cubre una variedad de servicio, trabajo, o asistencia. También se puede referir específicamente a la obra de un diácono, quien ayuda con los negocios y cuestiones de organización en una iglesia local. (Ver Hechos 6:1-6; I Timoteo 3:8-13.)

Después se encuentra el don de *enseñanza* o instrucción. Los maestros de estudios bíblicos en el hogar y los maestros de Escuela Dominical son ejemplos modernos de personas que operan este don.

La *exhortación* significa motivar o reconfortar. Algunas personas ejercitan este don mediante el testimonio público, mientras que otras lo hacen principalmente por medio del contacto personal que se realiza en distintas formas, entre las cuales se incluye la amistad, las llamadas telefónicas, las cartas y las tarjetas. José era tan conocido por este don que los apóstoles le dieron el sobrenombre de Bernabé, el cual significa “Hijo de Consolación.” (Ver Hechos 4:36; 9:26-27.)

El don de *dádiva* consiste en compartir bendiciones materiales con los demás y con la iglesia. La versión Reina Valera dice que hay que dar con “liberalidad”, pero la mayoría de comentaristas comprenden que la correspondiente palabra griega significa “generosidad”. Además, puede significar “sencillez de corazón, preocupación sincera”. Algunas personas son bendecidas significativamente con los medios y la oportunidad para dar a la causa de Dios más que otras. Ellos no deben considerar su bendición material como una señal de superioridad, sino como un don de Dios que tiene el propósito de ayudar a Su reino de una manera especial. No deben ser egoístas,

sino generosos, reconociendo que en el plan de Dios ellos tienen una mayor capacidad y responsabilidad de dar que la mayoría de los demás.

Conducción, o gobernar como se encuentra en la RVR1960, habla de la dirección, orientación e influencia dentro de la iglesia. Los líderes deben ejercitar su papel con diligencia, cuidado y seriedad. Dios ha puesto gobernadores o líderes en Su iglesia. Es importante someterse a la autoridad humana en la iglesia (Hebreos 13:17), siempre que los líderes ejerciten su autoridad bajo Dios, de acuerdo con los lineamientos de Su Palabra. La iglesia necesita a varias personas con liderazgo y habilidad administrativa. Además del pastor y equipo pastoral, una congregación exitosa tendrá líderes competentes en distintos departamentos y actividades, así como líderes de opinión influyente y modelos que tengan o no una posición oficial.

La *demonstración de misericordia* significa ser compasivo y bondadoso con los demás. Entre esto se puede incluir las visitas al enfermo, la ayuda al pobre y el cuidado de las viudas y huérfanos. (Ver Mateo 25:31-46; Gálatas 2:10; Santiago 1:27; 2:15-17.) Una persona que cumple con este papel lo debe hacer con alegría, no de una manera resentida, triste o condescendiente.

Hasta cierto punto, cada cristiano maduro debe ser capaz de funcionar en las siete áreas que se acaban de detallar.

Hasta cierto punto, cada cristiano maduro debe ser capaz de funcionar en las siete áreas que se acaban de detallar. Todos los cristianos deben ser un testigo eficaz, servir, motivar, dar y mostrar misericordia. Todos deben tener cierta habilidad básica para instruir a los incrédulos en el plan de salvación y para conducir a los nuevos convertidos en los caminos del Señor. Sin embargo, este pasaje nos dice que cada cristiano tiene un área de fortaleza especial que ha

sido dada por Dios. Aunque siempre debemos estar “dispuestos a toda buena obra” (Tito 3:1), nosotros debemos discernir cuáles son nuestros puntos fuertes y usarlos efectivamente.

En suma, cada cristiano tiene un don particular, un papel o una función en la iglesia, o posiblemente tiene varios de los mismos. Lo que sea que Dios le haya dado al cristiano, él lo debe ejercer con toda su capacidad, pero siempre con humildad.

LOS DONES DE OFICIO MINISTERIAL

“Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, Y dio dones a los hombres...Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:8, 11-16).

Este pasaje introduce lo que usualmente se llama los cinco ministerios. Los cinco ministerios que han sido enumerados no son solamente los dones de Dios para los individuos que se encuentran dentro de la iglesia, sino que son los dones de Dios (del griego *domata*) para la iglesia de manera general. Mientras que Romanos 12 habla de habilidades o funciones, usando tanto los sustantivos como

los verbos para describir la operación de los dones de servicio, Efesios 4 habla de oficios, usando sustantivos para designar los mismos. La indicación es que los dones de Efesios 4 son más formales o ministerios definidos dentro de y para toda la iglesia. Cuando Jesús ascendió al cielo, Él le dio los dones a la Iglesia, es decir, a los ministros del evangelio.

Las personas que tienen estos oficios son líderes reconocidos en la iglesia, quienes son responsables de equipar a otros.

Como revela el pasaje, las personas que tienen estos oficios son líderes reconocidos en la iglesia, quienes son responsables de equipar a otros y por ello ayudan a la iglesia a funcionar efectivamente, crecer hasta alcanzar la madurez, y establecerse en la verdad doctrinal. La naturaleza de su trabajo requiere que ellos sean predicadores del Evangelio. En la terminología moderna, nosotros usualmente los llamamos ministros, usando esta designación en un sentido especial, aunque en la RVR1960 y en la RVC el término *ministro* es general y se refiere a un siervo o trabajador.

La palabra “otros” aparece tres veces en el versículo 11, la cual modifica por separado a “apóstoles”, “profetas” y “evangelistas”, pero a su vez modifica a “pastores y maestros” como una unidad. La implicación es que la misma persona cumple tanto con el papel de pastor como con el de maestro. Ciertamente, debido a que el pastor debe “hacer la obra de un evangelista” (II Timoteo 4:5), su ministerio principal de la Palabra es la enseñanza. Él debe ser “capaz de enseñar” (I Timoteo 3:2; II Timoteo 2:24). Algunos ministros tienen un llamado más especializado y la habilidad para enseñar, pero todos los pastores también deben ser maestros.

Un *apóstol* (del griego *apostolos*) literalmente es alguien que ha sido enviado con una comisión; un mensajero, embajador,

comisionado. Aunque nadie puede tomar el lugar de los doce apóstoles del Cordero (Apocalipsis 21:14), quienes fueron testigos presenciales de Cristo, algunos cumplen un oficio apostólico al servir como misioneros pioneros y líderes de otros ministerios.

Por ejemplo, la iglesia de Antioquía envió a Pablo y Bernabé como misioneros pioneros, y ellos llegaron a ser conocidos como apóstoles a pesar de que ninguno de los dos fue parte de los Doce. (Ver Hechos 13:2-4; 14:14; I Corintios 9:2.) Asimismo, Jacobo, el hermano del Señor, fue un apóstol (Gálatas 1:19). Aunque él no fue uno de los Doce, él fue un líder de la iglesia en Jerusalén. (Ver Hechos 15:13; 21:18.) Aparentemente, Andrónico y Junias fueron también apóstoles (Romanos 16:7).

Un *profeta* es alguien que imparte mensajes especiales o la dirección de Dios. (Ver Hechos 11:27; 15:32; 21:10.) Aunque muchas personas en la iglesia pueden profetizar de vez en cuando, el oficio de un profeta es cumplido por alguien a quien Dios usa constantemente de esta manera en su ministerio público. Todos los predicadores deben predicar la Palabra de Dios y predicar bajo la unción del Espíritu Santo, pero el profeta es llamado y facultado especialmente para proclamar la voluntad específica, el propósito y el consejo de Dios a Su pueblo. Con regularidad, él comunicará los mensajes concernientes al plan de Dios para el futuro o la necesidad de la iglesia que se debe cubrir dentro del plan de Dios.

*Debemos reconocer, impulsar, y prestar atención
a los ministerios apostólicos
y proféticos que se encuentran en medio de nosotros.*

De los ejemplos que se encuentran en el Libro de los Hechos, es evidente que los oficios del apóstol y profeta son para la iglesia en todo momento. A través de los siglos, han surgido muchos falsos

apóstoles y profetas, quienes demandan estos títulos en un intento por imponer suprema autoridad en la iglesia (I Juan 4:1; Apocalipsis 2:2). La Biblia es nuestra única autoridad para la salvación y la vida cristiana, sin embargo, aquellos que proclaman cualquier otro evangelio son anatemas (Gálatas 1:8-9; II Timoteo 3:15-17). Por lo tanto, puede que no sea aconsejable para alguien pretender ser un apóstol o profeta, o que otros lo promuevan como tal. Aún así, debemos reconocer, impulsar y prestar atención a los ministerios apostólicos y proféticos que se encuentran en medio de nosotros.

Un *evangelista* literalmente es un predicador del evangelio. Él proclama las buenas nuevas para el beneficio de los que no son salvos. (Ver Hechos 21:8; II Timoteo 4:5.) Este término bíblico no se limita al uso moderno de un predicador ambulante que realiza servicios especiales. Más bien, denota a un ministro que es particularmente efectivo para ganar almas, ya sea de manera individual o en la predicación pública.

Un *pastor* (literalmente, “apacentador”) es alguien que guía o cuida al pueblo de Dios. La Biblia también habla de él como obispo (literalmente, “mayordomo”) y anciano. (Ver Hechos 14:23; 20:17, 28; I Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9.) I Pedro 5:1-4 describe el papel de liderazgo, supervisión e instrucción del pastor de los creyentes, quienes se encuentran bajo su

cuidado: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.”

El Nuevo Testamento siempre habla de los ancianos en forma plural, indicando que en cada ciudad la iglesia era guiada por un equipo pastoral. Las Sagradas Escrituras, la historia y el sentido

común indican que había un pastor mayor o anciano presidente. (Ver Apocalipsis 2-3, en los cuales Jesús dirigió una carta al “ángel”, literalmente “mensajero”, de cada una de las siete iglesias en Asia Menor). Actualmente, podemos pensar que los ancianos de la iglesia en una ciudad son el pastor mayor o el equipo pastoral de una iglesia local, o los pastores de varias congregaciones en una ciudad que cooperan como parte de una misma organización.

Un *maestro* es alguien que instruye en la Palabra de Dios. (Ver Hechos 13:1.) Como hemos visto, en este contexto se describe específicamente el papel de predicación y enseñanza de un mayordomo en una iglesia local. Aunque muchas personas en la iglesia pueden tener el don de enseñanza y pueden enseñar efectivamente en varios lugares, tales como las clases de Escuela Dominical o los estudios bíblicos en casa, el oficio del pastor- maestro está por encima de ellos. El pastor-maestro es el predicador y maestro guía de la Palabra. Dios no solo le ha dado el don de la enseñanza, sino también Dios lo ha entregado a la iglesia como su maestro y mayordomo.

El versículo 12 explica el propósito por el cual Dios puso apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros en la iglesia. Las comas que se encuentran en este versículo de la versión RVR1960 pueden llevar a alguien a interpretarlo como que está describiendo tres funciones distintas de estos ministros, pero la puntuación no era parte del texto original de las Escrituras. Los traductores añadieron los signos de puntuación para facilitar la lectura y la comprensión. En este caso, el estudio de un texto griego y varias traducciones aclaran que existe un propósito en la triple progresión, como se explica a continuación:

1. Dios da los oficios ministeriales a la iglesia para “perfeccionar” (RVR1960) o “equipar” (RVR1977) a los creyentes.

2. Los santos están equipados para que ellos puedan hacer “la obra del ministerio”. Aquí “ministerio” significa “servicio”, o todos los oficios de la iglesia. Todo creyente debe tener un ministerio, y no necesariamente un ministerio de predicación pública, sino un lugar de servicio específico en el cuerpo de Cristo. La tarea de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros es ayudar a que cada santo encuentre su obra de ministerio y capacitarlo para que realice esa tarea correctamente dentro del cuerpo. Aquellos que tienen los cinco oficios ministeriales deben inspirar, motivar, discipular, instruir y preparar santos, de modo que todos estén activos y sean miembros productivos del cuerpo.

3. Cuando cada miembro del cuerpo realiza su función propia, todo el cuerpo será edificado o cimentado. La meta es alcanzar la madurez en Cristo. Empezando con “ la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3), nosotros debemos seguir “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

De acuerdo con Efesios 4:14-16, cada cuerpo local de creyentes debe buscar varias características específicas en su crecimiento hacia la madurez:

1. Ser firmes en la fe para no ser persuadidos por la falsa doctrina y los líderes falsos.

2. Hablar la verdad en amor. Ellos aprenden a ministrar a otros y a los incrédulos con un equilibrio de honestidad y compasión, valorando y manifestando la verdad y el amor por igual.

3. Someterse al señorío de Jesucristo en todas las cosas y depender de Su abastecimiento divino para todas las cosas.

4. Todos aprenden para contribuir con su parte en la obra de la iglesia, de manera que el cuerpo pueda crecer y ser edificado en amor.

Resumen

Los dones de servicio de Romanos 12 ejemplifican cómo Dios da a cada miembro de la iglesia una o más habilidades especiales para funcionar productivamente en el cuerpo. Los dones de oficio ministerial de Efesios 4 son dones que Dios da a la iglesia local y mundial con el propósito de equipar a los miembros para las tareas asignadas.

Asimismo, Dios ha dado a la iglesia los dones sobrenaturales del Espíritu de I Corintios 12 como señales milagrosas para atestiguar la obra de la iglesia y como facultades milagrosas para avanzar la obra de la iglesia. Ahora dirigimos nuestra atención a estos dones de revelación, poder y expresión.

CAPÍTULO DOS

LOS DONES SOBRENATURALES DEL ESPÍRITU

“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales...Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (I Corintios 12:1, 4-11).

I Corintios 12 habla de “dones” como dotaciones milagrosas que operan por el poder del Espíritu Santo. Veamos el carácter de estos dones sobrenaturales del Espíritu.

EL ORIGEN DE LOS DONES

Primeramente, debemos comprender que el creador de estos dones es el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios mismo con una referencia particular a Su esencia espiritual y acción espiritual. (Ver Génesis 1:1-2; Juan 4:24.) En este contexto, el Espíritu es Dios obrando en las vidas humanas.

I Corintios 12:4-7 deja en claro que Dios es la fuente de estos dones. Aunque los dones difieren y su manera de administración varía, el único Dios verdadero es el autor de todos ellos. Dios es quien los da, y Dios es quien realiza la obra.

EL CARÁCTER SOBRENATURAL DE LOS DONES

Específicamente, estos dones son sobrenaturales. Este pasaje los describe como “obras” de Dios y como la “manifestación del Espíritu”. Una manifestación es una demostración o proyección; el verbo “manifestar” significa revelar o demostrar explícitamente.

Por lo tanto, es un error definir estos dones en términos de las habilidades humanas naturales como lo hacen algunos comentadores, quienes no creen en los milagros de la actualidad, pero intentan hacerlo. Por ejemplo, ellos definen la palabra de sabiduría como tener un buen juicio y la habilidad de aconsejar, así también determinan que los dones de sanidad son la habilidad de ser un buen doctor o enfermera, y al don de lenguas lo detallan como la capacidad de aprender bien los idiomas extranjeros. Pero de acuerdo con dichas definiciones, alguien que nunca ha sentido la presencia de Dios ni mucho menos ha recibido el Espíritu de Dios, puede ejercitar estos dones tan efectivamente como los creyentes.

Por supuesto, en un sentido general, todas las habilidades y talentos vienen de Dios. Él creó a los humanos a Su imagen, es decir, los creó como seres espirituales, morales e intelectuales con todas las cualidades que esta descripción implica. Pero este pasaje no solamente habla de manera general de los dones que fluyen de la

gracia de Dios (así como nosotros podemos sostener con respecto a los dones de servicio que se encuentran en Romanos 12). Más bien, I Corintios 12 se enfoca en lo sobrenatural al describir estos dones como “espirituales”.

Hebreos 2:3-4 resalta el carácter sobrenatural de los “dones del Espíritu Santo”: “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.”

El don de lenguas es un buen ejemplo. La discusión en I Corintios 14 revela claramente que no es un don de aprendizaje de lenguas, sino un don de hablar milagrosamente en lenguas que ni el orador ni la audiencia comprenden.

DADO CONFORME A LA VOLUNTAD DE DIOS

La comprensión del origen sobrenatural y el carácter de estos dones es vital para identificarlos con precisión y ejercitarlos correctamente. Por ejemplo, un grupo carismático anunciaba que estaba llevando a cabo una escuela de profecía. Prometían enseñar a cada uno de los estudiantes a profetizar y también prometía que cada estudiante recibiría una profecía personal antes que terminara el seminario.

Sin embargo, si los dones operan conforme a la administración de Dios, ¿cómo pueden los humanos garantizar quién ejercerá dones específicos y cuándo lo hará? Hay un gran valor en el aprendizaje de los dones espirituales y en el aprendizaje de someterse al Espíritu de Dios, de modo que estemos preparados para que Dios nos use. No obstante, es presuntuoso sugerir que cualquier humano puede conceder un don a alguien o ejercer un don libremente. No podemos enseñar a nadie a profetizar o hacer milagros. Nosotros podemos enseñar a las personas a estar disponibles al Espíritu de Dios para

que obre a través de ellos, pero siempre debemos reconocer que Dios es quien otorga y hace posible estos dones de acuerdo con Su propósito soberano. (Ver I Corintios 12:11; Hebreos 2:4.)

*Los dones espirituales se originan
en la mente y poder de Dios*

Nosotros podemos orar con las personas y asegurarles que Dios escuchará y responderá. Podemos orar por la dirección de Dios y después compartir con un individuo lo que Dios nos da a conocer. Sin embargo, al hacer esto, debemos tener el cuidado de mantener el enfoque en Dios y en Su voluntad.

Como lo aborda el capítulo 4, nosotros somos canales del Espíritu de Dios, y Él espera que nosotros ejercitemos los dones conforme a Su Palabra. Debemos controlarnos para no hacer mal uso de los dones. (Ver I Corintios 14:32.) Nuestra voluntad juega una parte importante en el ejercicio de los dones del Espíritu, pero siempre debemos recordar que estos se originan en la mente y poder de Dios.

*La consideración más importante no es nuestra voluntad,
sino la voluntad de Dios.*

La consideración más importante no es nuestra voluntad, sino la voluntad de Dios. Cuando nosotros oramos por alguien, debemos orar conforme a la voluntad de Dios. Por ejemplo, si alguien está enfermo, la voluntad de Dios es que nosotros oremos por él, ya que la Biblia nos instruye a hacerlo. (Ver Santiago 5:14.) No podemos garantizar la sanidad de la manera ni en el tiempo que la persona puede desear, a menos que oigamos específicamente a Dios. Lo que sí podemos prometer, basándonos en la Palabra de Dios, es que Dios oirá nuestra oración, y Dios nos ayudará. Debemos orar y creer que Dios sanará, pero no podemos dictar la manera precisa en la cual Dios escoge obrar.

Muchas veces Dios responde con un milagro instantáneo, pero en otros casos Él no lo hace así. De cualquier manera, Dios está obrando. Si Él no libera inmediatamente a una persona de su prueba, Él le dará la gracia suficiente para poder soportarla. (Ver I Corintios 10:13; II Corintios 12:8-10.) En ambos casos, Dios responde positivamente a la oración. Incluso si Él dice “no” a una petición específica, Él dará la gracia y la fuerza para cumplir Su voluntad en dichas circunstancias.

En suma, no nos debemos enfocar en el rendimiento de una acción notable, sino en ser un vaso y un canal para que Dios haga lo que Él quiere hacer en una situación dada. No es necesariamente nuestra responsabilidad comprender las razones de la respuesta de Dios, pero sí es nuestra responsabilidad seguir orando, creyendo, y avanzando hasta que la victoria llegue.

Dado que los dones espirituales son de Dios, debemos llamar la atención a lo que Dios está haciendo, no a lo que los humanos están haciendo. Es preocupante cuando el énfasis principal está en “Los Ministerios de Alguien” o en el ejercicio de dones particulares. Asimismo, es preocupante cuando las personas promueven un don, tal como la sanidad, la profecía, o la palabra de ciencia, como un fin en sí mismo o como un medio de exaltar la reputación del predicador en lugar de promover el propósito divino que se encuentra detrás de los dones. Por ejemplo, los dones de sanidad suelen ser muy eficaces para construir la fe y para dar inicio a un avivamiento que lleva a muchas personas a la salvación. (Ver, por ejemplo, Hechos 3:1-11; 4:4.) Pero si una reunión o un ministerio se enfoca en la sanidad, dejando por un lado el mensaje de salvación, entonces el propósito de Dios en la concesión de la sanidad no se consigue plenamente.

DADO PARA TIEMPOS DE NECESIDAD ESPECIAL

Dios otorgó los dones espirituales de I Corintios 12 para tiempos de necesidad especial o crisis. En la iglesia, los dones sobrenaturales deben ser normales, no anormales; se deben esperar, no deben ser

inesperados. Sin embargo, ellos no operan continuamente. Si lo hicieran, no pensaríamos que son sobrenaturales.

Como ilustración, en los Evangelios y en Hechos las multitudes eran sanadas y un número de personas fueron resucitadas. No obstante, todos los miembros de la iglesia primitiva murieron eventualmente sin ser resucitados nuevamente, y probablemente la mayoría murió de alguna enfermedad o padecimiento que no fue curado. Los dones de sanidad y de operación de milagros eran comunes, pero estos no ocurrían en cualquier situación.

Los dones sobrenaturales deben ser normales, no anormales; se deben esperar, no deben ser inesperados. Sin embargo, ellos no operan continuamente.

Indudablemente, Jesús pasó muchas veces por la puerta del Templo en donde se encontraba el hombre cojo, pero Él no lo sanó en esas ocasiones; en lugar de eso, él fue sanado cuando se encontró con Pedro y Juan en Hechos 3. Aunque Dios resucitó a Dorcas de la muerte en Hechos 9, Él no resucitó al apóstol Jacobo, quien fue ejecutado en Hechos 12.

Otro ejemplo, la “palabra de sabiduría” es una “palabra”, o una porción de sabiduría divina. Esta no opera en la vida de una persona por veinticuatro horas al día, pero es una revelación especial para un tiempo específico. Nadie puede conocer toda la mente de Dios todo el tiempo, pero en un tiempo especial de necesidad Él imparte algunas veces Su sabiduría sobrenatural a un individuo.

I Corintios 14 proporciona lineamientos para hablar en lenguas, así también enseña que en las reuniones públicas solamente dos o tres personas se deben dirigir a la congregación en lenguas. De igual modo, solo dos o tres personas deben hablar proféticamente en una reunión. Debemos esperar estas expresiones sobrenaturales en nuestros servicios de adoración y no nos deben sorprender. Sin

embargo, Dios no pretende que las mismas operen continuamente en una reunión dada o que dominen una reunión. Estas expresiones sobrenaturales son dones especiales dados en un momento en particular para un propósito específico.

VIDA NATURAL, VIDA ESPIRITUAL, Y DONES ESPIRITUALES

Al examinar el carácter sobrenatural de estos dones, debemos distinguirlos de las cualidades naturales humanas que pueden corresponder a ellos en alguna medida, así como de los principios espirituales que operan en la vida cotidiana de todos los cristianos. Por ejemplo, podemos distinguir tres niveles de sabiduría. En primer lugar, los humanos pueden tener sabiduría en el ámbito natural, incluso si no tienen una relación con Dios. (Ver Lucas 16:8; I Corintios 2:4-6.) Un ateo puede ser sabio para planificar su carrera, y un criminal puede hacer preparativos sabios para realizar sus actos pecaminosos.

En segundo lugar, hay sabiduría en el ámbito espiritual, la cual poseen en cierta medida todos los creyentes y es la que debe guiar su conducta. Dios imparte sabiduría a todos los justos, a todo el que la busca. (Ver Proverbios 2:6-7; Santiago 1:5.) Aunque la sabiduría espiritual como guía diaria para la vida cristiana es un don de Dios, no es el don espiritual sobrenatural que se menciona en I Corintios 12, el cual habla de manifestaciones especiales o facultades que Dios concede a ciertas personas en determinados momentos, y no a todo el mundo todo el tiempo.

En tercer lugar, como hemos visto, se encuentra la “palabra de sabiduría”. La palabra de sabiduría es un don sobrenatural en el cual se obtiene una porción de la sabiduría de Dios para una situación particular, la cual está en contraste con la sabiduría natural de la vida humana diaria o con la sabiduría espiritual de la vida cristiana cotidiana.

Asimismo, podemos observar tres niveles de ciencia: ciencia terrenal o humana, ciencia espiritual, y “la palabra de ciencia”. A modo de ejemplo adicional, se encuentra la fe de la vida cotidiana, la cual los pecadores la depositan en sí mismos, en los demás, en posesiones materiales, tradiciones, o dioses falsos, pero la deben poner en el Dios verdadero para su salvación. (Ver I Corintios 2:5; Hebreos 11:6.) La Biblia también habla de la fe (del griego, *pistis*) como una parte del “fruto del Espíritu” (Gálatas 5:22). En este sentido, la fe es la confianza diaria, la dependencia, la lealtad y la “fidelidad” (RVR1977) que el Espíritu de Dios desarrolla en los creyentes y la que es característica de todo cristiano maduro. Sin embargo, I Corintios 12 habla de un “don de fe” especial que no todos los cristianos reciben. Aunque el Espíritu es la fuente tanto del “fruto” como del “don”, el “fruto” describe una cualidad que se desarrolla en el proceso normal del crecimiento cristiano, así como un manzano produce manzanas, mientras que “don” describe una intervención directa fuera de los recursos propios de un cristiano, así como una persona recibe un regalo de un amigo.

Puede que no seamos capaces de identificar los tres niveles análogos de cada don espiritual, pero estos ejemplos demuestran que debemos comprender los dones de I Corintios 12 en el sentido más sobrenatural y específico. Aunque estos dones pueden tener contrapartes o paralelos en la vida natural diaria, en la vida espiritual, o en ambas, este pasaje claramente describe manifestaciones específicas de poder divino que Dios no da a los incrédulos y que Él no otorga a todos los creyentes, al menos no los mismos dones de la misma manera a todo el mundo.

Esta distinción también se hará evidente a medida que discutamos los dones de lenguas y profecía. Si bien es deseable que todos los cristianos profeticen en sentido general cuando dan un testimonio ungido o una exhortación, y si bien es deseable que todos los cristianos hablen lenguas como parte de su devoción privada, no todos dirán públicamente una profecía, hablarán en lenguas o darán a

conocer una interpretación directamente inspirada por Dios para la congregación en una determinada ocasión. Pablo escribió, “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis lenguas, empero más que profetizaseis...Así que, hermanos, procurad profetizar; y no impidáis el hablar lenguas” (I Corintios 14:5, 39). Sin embargo, él también señaló, “Empero hay repartimiento de dones...á éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría...á otro, profecía... á otro, géneros de lenguas; y á otro, interpretación de lenguas” (I Corintios 12:4, 8, 10). Por tanto, él preguntó retóricamente, esperando una respuesta negativa, “...¿son todos profetas?... ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?” (I Corintios 12:29-30).

DIVERSIDAD DE DONES

Así como con Romanos 12, no parece que la lista de dones que se da en I Corintios 12 pretenda ser exhaustiva. Las Sagradas Escrituras no sostienen que todas las obras milagrosas de Dios en nuestras vidas deben situarse exactamente en una de las nueve categorías de I Corintios 12:8-10. El capítulo presenta esta lista para ilustrar cómo Dios obra sobrenaturalmente en formas diferentes con distintos miembros del cuerpo.

Además, parece que hay un traslapo en el ejercicio de estos dones. Por ejemplo, si Dios otorga a alguien la palabra de ciencia y después la persona se lo da a conocer a alguien más, podemos describir su declaración como una profecía. Si Dios le da a alguien fe en un tiempo de crisis, también podemos ver la ejecución de milagros a medida que la persona ejercita su fe.

El punto principal es volverse sensitivo, disponible y sometido al mover del Espíritu de Dios

Estas observaciones indican que no tenemos que ser excesivamente técnicos en nuestro intento por definir los nueve dones espirituales ni tenemos que preocuparnos en exceso por

las leves variaciones en las definiciones que los maestros pueden proponer de los mismos. El punto principal no es etiquetar lo que Dios está haciendo, sino volverse sensitivo, disponible y sometido al mover del Espíritu de Dios. No es de importancia primordial identificar un caso específico como “palabra de sabiduría” o “palabra de ciencia”, siempre y cuando permitamos a Dios obrar a través de nosotros de manera sobrenatural para satisfacer la necesidad en una situación dada.

Aunque no es necesario clasificar cada obra milagrosa de Dios, sí necesitamos una comprensión clara de los principios por medio de los cuales obra Dios. Nuestra autoridad en la materia, como en todos los aspectos de la vida cristiana, es la Biblia. (Ver II Timoteo 3:15-17.) Debemos tener cuidado cuando alguien hace especial énfasis en una manifestación sobrenatural de la cual no existe ningún precedente bíblico o cuando alguien promueve ciertas técnicas que la Biblia no enseña explícitamente. Ciertamente, no podemos tratar dichos casos como normativas o instar a todos a seguirlos. Aunque no toda situación específica tendrá un paralelismo bíblico, los principios por medio de los cuales opera Dios siempre serán los mismos. Un estudio de las Sagradas Escrituras revela las características de Su obra, así como los tipos de manifestaciones que Su iglesia debe esperar y buscar.

En suma, aunque no podemos restringir las manifestaciones sobrenaturales del Espíritu a categorías académicas rígidas, es importante estudiar los dones y desarrollar un entendimiento claro de los mismos a través de las Escrituras. Mientras más sabemos de este tema, más fácilmente podemos reconocer y responder a la guía de Dios en esta área y abrírnos a todas las manifestaciones del Espíritu.

CAPÍTULO TRES

EL PROPÓSITO DE LOS DONES DEL ESPÍRITU

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho...Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí...Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio...Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 14:26; 15:26; 16:8, 13-14).

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (I Corintios 12:7).

“Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (I Corintios 14:3).

OBJETIVO FINAL

Jesús enseñó que después de Su ascensión el Espíritu Santo vendría a morar en los corazones de los creyentes. (Ver Lucas 24:49; Juan 7:37-39; 14:16-18; 16:7; Hechos 1:4-5.) El Espíritu Santo es el “Consolador” (RVR1960). Este título se refiere a *parakletos* en el griego original, lo cual literalmente significa “alguien llamado para ayudar”, esto es, un defensor, consolador o abogado.

De acuerdo a Juan 14-16, el Espíritu Santo enseñaría a los discípulos y los guiaría en toda verdad, haciendo que ellos se recordaran y comprendieran las enseñanzas de Jesús. El Espíritu dentro de ellos no se convertiría en una nueva fuente de autoridad, sino que impartiría la comprensión de la mente de Dios.

*El objetivo final de los dones
del Espíritu es exaltar
al Señor Jesucristo.*

Por encima de todo, el Espíritu testifica de Jesús y glorifica a Jesús. Él confirma la identidad y la obra de Jesucristo; proclama la realidad de la encarnación y la expiación; demuestra la salvación, la liberación y el poder transformador del evangelio de Jesucristo; promueve la adoración a Jesucristo como Señor y Dios; y guía a los creyentes al futuro, preparándolos para la venida de Jesús por Su Iglesia.

Juan 14-16 describe la obra del Espíritu Santo en la iglesia de hoy, la cual abarca más allá de los nueve dones de I Corintios 12, pero también comprende estos mismos dones. Por lo tanto, podemos concluir que el *objetivo final de los dones del Espíritu es exaltar al Señor Jesucristo*.

Este propósito constituye la base de una prueba importante de las manifestaciones espirituales: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede

llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (I Corintios 12:3).

OBJETIVO INMEDIATO

Antes de enumerar los nueve dones espirituales, I Corintios 12 dice que estos se manifiestan a las personas para el beneficio de toda la iglesia: “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (versículo 7).

Después de enumerar los nueve dones espirituales, I Corintios 12 procede a describir a la iglesia como el cuerpo de Cristo. El cuerpo tiene muchos miembros, y cada uno de ellos tiene una función diferente, pero todos ellos son diseñados para trabajar juntamente para el beneficio de todo el cuerpo. “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo... Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios...Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (I Corintios 12:12, 21-22, 24-25).

De esta explicación podemos ver con claridad que Dios no otorga los dones espirituales principalmente para el beneficio de las personas, sino para el beneficio de todo el cuerpo. Aunque los dones sí bendicen a las personas, el enfoque está en lo que estas personas pueden hacer para contribuir con la iglesia. Además, Dios no pretende que estos dones trabajen de manera aislada, sino que operen juntamente en orden para lograr el objetivo deseado.

Dios no otorga los dones espirituales principalmente para el beneficio de las personas, sino para el beneficio de todo el cuerpo.

Al discutir el uso apropiado de los dones vocales, Pablo explicó, “Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (I Corintios 14:3). Aunque este versículo se refiere específicamente al don de profecía, hay un principio más amplio: El ejercicio de los dones del Espíritu debe estar gobernado por una consideración de cómo estos benefician a las demás personas.

Este principio se extiende a la consideración de los incrédulos, así como de los creyentes. La iglesia está en el proceso de llegar a los pecadores y transformarlos en santos. Por tanto, al ejercer los dones espirituales, debemos tomar en cuenta el impacto que estos tienen sobre los creyentes potenciales. Por ejemplo, las lenguas sirven como una señal valiosa para el incrédulo, mientras que la profecía ayuda a convencer y a persuadir a alguien que ha llegado como un incrédulo, pero después comienza a creer debido a la demostración milagrosa que observa. (Ver I Corintios 14:22-25.) Debemos recordar que la obra del Espíritu Santo “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8).

*El objetivo inmediato de los dones sobrenaturales es edificar,
o construir, la iglesia.*

Los dones espirituales confirman y son testigos de la predicación del evangelio: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Hebreos 2:3). En el Libro de Hechos, los dones sobrenaturales atraían a muchas personas nuevas al Señor. (Ver, por ejemplo, Hechos 3:11; 4:4, 33; 5:1-16.)

Por tanto, el objetivo final es glorificar a Jesús como Señor y *el objetivo inmediato de los dones sobrenaturales es edificar, o construir, la iglesia*. Al edificar la iglesia se glorifica a Cristo, ya que la iglesia es el cuerpo de Cristo en la tierra. Este proceso de construcción ocurre no solo al *sumar nuevos creyentes, sino también al fortalecer a los creyentes existentes*.

DESPROPÓSITOS

De esta discusión y del estudio general del Nuevo Testamento podemos sacar varias conclusiones sobre lo que los dones sobrenaturales *no* deben hacer.

Este proceso de construcción ocurre no solo al sumar nuevos creyentes, sino también al fortalecer a los creyentes existentes.

Los dones sobrenaturales no reemplazan la Palabra escrita de Dios. Ellos no sustituyen la autoridad de la Biblia; ellos no pueden alterar su mensaje. La Biblia es nuestra autoridad y nos instruye para la salvación y la vida cristiana. Es a la vez necesaria y suficiente para ese propósito. "...las Sagradas Escrituras...te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (II Timoteo 3:15-17).

La Biblia es la Palabra eterna de Dios; Él la inspiró para todas las personas que se encuentran en todas partes. Dios no le dirá a un individuo algo contrario a lo que está escrito en la Palabra que Él ha inspirado para toda la gente. Él concedió la Biblia para la instrucción doctrinal, y Él no hará que Su propio plan y propósito fracasen al otorgar dones que menoscaben la autoridad de la Biblia.

Entonces, es claro que el propósito de los dones espirituales no es

enseñar doctrina. Su función no es revelar el plan de salvación o los principios de la vida cristiana, aunque sí pueden proporcionar confirmación poderosa de lo que enseña la Biblia.

Por consiguiente, debemos tener cuidado cuando alguien trata de usar los dones espirituales como autoridad para la doctrina o instrucción de cómo debe vivir una persona. De acuerdo con Juan 16:13, el Espíritu manifestado, o el Espíritu dentro de los creyentes, no les otorga una autoridad independiente, pero ilumina lo que Dios ya ha revelado y lo que Jesús enseñó en la tierra.

El propósito de los dones espirituales no es enseñar doctrina.

Como ejemplo, I Corintios 14:29 dice, “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen.” Los oyentes deben evaluar el ejercicio aparente de un don del Espíritu, lo cual significa que deben tener un patrón objetivo para hacer esto. Este patrón autoritativo es el Evangelio que los apóstoles predicaron. “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.” (Gálatas 1:8). Y nos han comunicado este Evangelio a través de la Palabra escrita.

Como ilustración, los mormones afirman que un ángel llamado Moroni se le apareció a Joseph Smith y le reveló el Libro del Mormón, pero de acuerdo con Gálatas, aun si un ángel se le apareció a Smith este no tenía autoridad de anunciar una doctrina distinta a la de la Biblia. Ningún otro libro puede demandar una autoridad igual o similar a la de la Biblia. (Par obtener más información consulte *God’s Infallible Word* [La Palabra Infalible de Dios] por David K. Bernard.)

Los mormones también dicen que el Padre y el Hijo se le aparecieron a Joseph Smith en una visión como dos personas separadas de Dios. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras, cuando el apóstol Felipe pidió ver al Padre, Jesús le contestó que la forma de ver al Padre es al contemplar a Jesús (Juan 14:9-11), ya que Jesús

es la manifestación visible del Padre en la carne (Colosenses 1:15,19; 2:9; I Timoteo 3:16). Ningún milagro, visión u otra experiencia sobrenatural puede cambiar la verdad de las Escrituras.

Los dones sobrenaturales no reemplazan el liderazgo espiritual en la iglesia. En concreto, ellos no substituyen la autoridad del pastor. Como se ha discutido en el capítulo 1, Dios ha dado a la iglesia los cinco ministerios para equipar a los santos, y Él ha dado pastores para guiar, alimentar y supervisar el rebaño. Dios no perjudicaría a los líderes que Él ha nombrado al incitar a alguien a desafiar su autoridad.

Dios no es el autor de la confusión; Él es el autor de la paz (I Corintios 14:33). Si alguien dice, “Así dice el Señor: Yo reprendo al pastor”, entonces el orador está fuera de lugar, pues Dios no contradeciría Sus propios principios de autoridad. Él no concede los dones del Espíritu de tal manera para producir confusión, división o rebelión.

Si un pastor necesita de corrección, Dios le puede hablar directamente. Dios también puede usar a una persona con la actitud y motivos correctos para discutir con él asuntos de interés en privado. Los problemas graves pueden ser referidos a los líderes espirituales que tienen la autoridad para hacer frente a la situación con base bíblica, esto es con el fin de ayudar tanto al pastor como a la iglesia.

Cada cristiano debe aprender a caminar por la fe, a crecer en sabiduría y conocimiento espiritual y a desarrollar un entendimiento de la voluntad de Dios.

Los dones sobrenaturales no reemplazan la dirección diaria de Dios, la cual recibimos a través de la oración y la sujeción de corazón, mente y voluntad. Cada cristiano debe aprender a caminar por la fe, a crecer en sabiduría y conocimiento espiritual y a desarrollar un entendimiento de la voluntad de Dios. (Ver Colosenses 1:9-11; 4:12.) Las experiencias sobrenaturales no proporcionan un atajo para

alcanzar la madurez espiritual. No debemos esperar que los dones sobrenaturales sean los medios principales para determinar la voluntad de Dios en nuestras vidas o en las vidas de los demás, prescindiendo así de la oración, la Palabra de Dios y el consejo espiritual.

Los dones sobrenaturales pueden ayudarnos a abrir nuestra mente y corazón a la voluntad de Dios, y ellos nos pueden ayudar a confirmar la voluntad de Dios. Así, a través del Espíritu, Dios reveló a los líderes de la iglesia en Antioquía el llamado misionero de Bernabé y Pablo: “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2). Evidentemente, Dios ya había llamado a estos hombres para realizar este trabajo. La declaración espiritual les confirmó la voluntad de Dios y se la reveló a la iglesia, a fin de que la iglesia los enviara con oración y apoyo económico.

Nosotros debemos encontrar la voluntad de Dios para nuestras vidas por medio de la oración fiel, el estudio bíblico, la asistencia a la iglesia, el liderazgo y el consejo piadoso, y la consideración racional y práctica de los factores que son relevantes para tomar decisiones. Los dones espirituales pueden ser parte de este proceso, pero no pueden reemplazar el proceso. Por lo tanto, no hay que prestar atención a alguien que proclama, “Así dice el Señor: te debes casar con fulano”, o aun peor, “Te debes divorciar de tu compañero y te debes casar con fulano de tal.” Ambas declaraciones reflejan un malentendido fundamental de cómo obra Dios, y la segunda declaración contradice expresamente las Escrituras. Cuando Dios guía a las personas, Él respeta su personalidad y voluntad humana; Él no obliga o manipula. Además, cuando las personas buscan a Dios con sinceridad, Él responde sus oraciones y las guía por diversos caminos para que puedan comprender Su voluntad y tengan paz y seguridad al respecto. Aunque Dios nos habla algunas veces a través de eventos milagrosos y declaraciones de otras personas, si nosotros

tenemos una relación con Él nos encontramos con que estos diversos medios trabajan juntos y se apoyan mutuamente, lo cual confirma lo que Dios habla directamente a nuestro corazón.

Resumen

Dios concede los dones sobrenaturales del Espíritu *para glorificar a Jesucristo, para atraer a los incrédulos, y para fortalecer y motivar a los creyentes*. Estos pueden edificar (construir) el cuerpo de Cristo, Su iglesia. Dios no otorga los dones sobrenaturales a las personas para que los usen como los medios para enseñar la doctrina, reemplazando así los cinco ministerios o dictando Su voluntad para las vidas de los demás.

Aquellos que tratan de ejercer un don espiritual fuera de estos propósitos bíblicos están en un error.

Aquellos que tratan de ejercer un don espiritual fuera de estos propósitos bíblicos están en un error. Y también están equivocados los que demandan autoridad especial debido a un don espiritual. El don puede ser genuino, pero se puede malinterpretar o malversar. O la manifestación puede ser falsa, ya que puede venir de la carne o del diablo. Algunas de las personas que tratan de ejercitar los dones del Espíritu de manera inapropiada pueden ser sencillamente ignorantes, mientras que otros son carnales o incluso diabólicos. Algunos pueden manipularlos por motivos egoístas; algunos otros pueden ser engañosos o maliciosos.

En tales casos, no es imperativo ofrecer una explicación completa de los motivos y causas subyacentes de una determinada manifestación. Sencillamente, podemos reconocer que no está de acuerdo con la Palabra de Dios y se rehúsa a seguirla. Nosotros podemos evitar el peligro de las manifestaciones falsas y los usos indebidos al enfatizar el verdadero propósito de los dones del Espíritu. Estamos seguros cuando nos damos cuenta que Dios no los da como

una nueva fuente de autoridad en nuestras vidas, sino que los otorga para nuestra edificación, exhortación y consuelo.

CAPÍTULO CUATRO

EL EJERCICIO DE LOS DONES DEL ESPÍRITU

Como se discutió en el capítulo 3, es importante ejercitar los dones del Espíritu de acuerdo con el propósito de Dios para su concesión. Un número de otras cuestiones también son importantes al considerar su uso.

DISPONIBILIDAD DE LOS DONES ESPIRITUALES

“A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro...porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (I Corintios 1:2, 5-7).

Primeramente, debemos comprender la disponibilidad de los dones del Espíritu. En pocas palabras, Dios los ha concedido a la iglesia. Están diseñados para cada cuerpo local de creyentes hasta el retorno del Señor Jesucristo por Su novia.

De acuerdo con I Corintios 1:2, Pablo escribió esta epístola no solo a la iglesia de Jesucristo en Corinto, sino también a “todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro.” Estas palabras describen a cada cuerpo local de creyentes sin límites de espacio ni de tiempo. Además, el versículo 7 afirma que los lectores deben poseer todos los dones del Espíritu hasta la Segunda Venida del Señor. Claramente, entonces, la discusión de los dones espirituales en I Corintios 12-14 se aplica a cada congregación cristiana desde los tiempos apostólicos hasta el fin de la era actual.

Algunas personas, como los protestantes tradicionales, creen que los dones sobrenaturales cesaron con los apóstoles o poco después. Los reformadores, Martín Lutero y Juan Calvino, tenían esta opinión. Otros, como los católicos romanos, creen que todavía ocurren milagros, pero por lo general no se esperan en el entorno de la iglesia local.

Incluso los carismáticos generalmente no esperan que la iglesia en conjunto experimente estos dones. Por ejemplo, en una conferencia carismática internacional que se realizó en 1991 en Brighton, Inglaterra, un sacerdote católico romano argumentó que toda la Iglesia Católica Romana es carismática (caracterizada por los dones del Espíritu), a pesar de que la gran mayoría de iglesias locales y miembros nunca los han experimentado. Él concluyó de la siguiente manera: Algunas personas en la iglesia hablan en lenguas y ejercitan otros dones sobrenaturales; la iglesia está unida como un solo cuerpo; por lo tanto, la iglesia es carismática. Él consideraba esta situación satisfactoria y ejemplar.

En contraste con estos puntos de vista, I Corintios demuestra que cada cuerpo local de creyentes está lleno del Espíritu y experimenta los dones sobrenaturales. El propósito bíblico y la necesidad de los dones del Espíritu no terminaron en la era apostólica ni nosotros podemos restringir el propósito y la necesidad de los mismos en ciertos lugares. Aunque la iglesia es universal, cada extensión local

de la iglesia debe buscar y esperar la operación de los dones sobrenaturales mientras que la iglesia permanezca en este mundo.

Cuando el Señor regrese por Su iglesia ya no habrá ningún propósito adicional para los dones del Espíritu. Nosotros no necesitaremos milagros ni sanidades porque en la resurrección tendremos cuerpos glorificados e inmortales. No necesitaremos la palabra de sabiduría ni la palabra de ciencia, ya que en la eternidad tendremos la plenitud de la sabiduría y conocimiento divino. Sin embargo, hasta entonces, necesitamos los dones del Espíritu.

*Todo el que está lleno del Espíritu
puede operar potencialmente
cualquiera de los dones.*

Todo el que está lleno del Espíritu puede operar potencialmente cualquiera de los dones, pues estos vienen del Espíritu. No todos los individuos operarán todos los dones, ya que el Espíritu está “repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (I Corintios 12:11), pero toda congregación necesita actualizar el potencial de los dones. Por ejemplo, no todos profetizarán o hablarán en lenguas a toda la congregación, pero toda persona que está llena del Espíritu tiene el potencial de hacerlo. (Ver I Corintios 14:31.) Cada persona debe estar abierta a cualquier manifestación que Dios escoja.

DESEANDO LOS DONES DEL ESPÍRITU

“Procurad, pues, los dones mejores...procurad los dones espirituales...” (I Corintios 12:31; 14:1).

Nosotros debemos desear enérgicamente y buscar todos los dones del Espíritu. Aunque I Corintios 12:31 habla de “los dones mejores”, no identifica cuáles son los mejores. Algunos pueden suponer que solo unos de los nueve dones son superiores y, por tanto, deseables, pero ¿será que Dios nos presentaría una lista de

nueve dones y después nos diría que busquemos solamente unos de esos? ¿Concedería el Espíritu algunos dones que no son deseables? La única indicación de que un don específico es mejor que otro se encuentra en I Corintios 14, el cual indica que la profecía es superior al hablar en lenguas en las reuniones públicas. No obstante, también se resalta el valor de la lenguas en la devoción privada y revela que las lenguas son iguales a la profecía en las reuniones públicas cuando hay una interpretación.

De esta relación, parece que el “mejor” don puede variar dependiendo de las circunstancias. El mejor don es el más adecuado y necesario en un momento determinado. Entonces, desear los mejores dones es buscar los dones que son más importantes para nuestra iglesia en un momento dado y se debe orar para que el Señor los otorgue de acuerdo con Su conocimiento perfecto de nuestra situación.

Los cristianos deben ser sensibles a la dirección del Espíritu de Dios para que de esa manera estén disponibles para cualquier manifestación que Dios escoja.

Los cristianos deben ser sensibles a la dirección del Espíritu Santo para que de esa manera estén disponibles para cualquier manifestación que Dios escoja. Ellos no deben limitar su pensamiento a lo que han experimentado u observado en el pasado, sino que cada uno debe estar abierto a “los dones mejores” para la ocasión.

Por ejemplo, si la adoración colectiva llega a alcanzar una pausa santa en la cual el Espíritu busca comunicarse con la congregación de una manera especial, cada miembro debe rendirse a Dios, percatándose que, aunque Dios no usará a todos en ese momento, Él quiere usar a alguien. Si una persona habla en lenguas a la iglesia, todos deben orar por la interpretación, anticipando que tal vez Dios los usará. En el curso de consejería, un pastor puede llegar a un callejón sin salida, en el cual no parece haber ninguna solución

posible. Él debe orar y tener fe para obtener palabra de sabiduría o palabra de ciencia. Quizás surjan problemas graves o confusión en la congregación, pero la causa es incierta. El pastor debe buscar a Dios para discernir los espíritus.

A medida que surjan las necesidades y a medida que Dios nos impresione, nosotros podemos creer y orar por dones específicos. Cuando nos sometemos al Espíritu, Dios obrará a través de nosotros en la forma que Él cree que es conveniente. Si Él dispone no actuar milagrosamente en un tiempo determinado, nosotros continuamos caminando por fe, reconociendo que Dios conoce las cosas que desconocemos y que Él hace planes que van más allá de nuestro entendimiento. Dado a Su conocimiento perfecto de la situación, Él puede decidir no actuar de la manera en que nosotros esperamos, y esto es debido a las actitudes o circunstancias que no podemos ver. Él puede usar a alguien más, o Él puede trabajar de una manera completamente diferente. En algunos casos, la falta de fe o la renuncia de nuestra parte puede obstaculizar Su obra, y tenemos que aprender a ser más sensibles en el futuro.

LOS DONES NO SON UNA SEÑAL DE MADUREZ ESPIRITUAL

“...Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?” (Hechos 3:12).

Aunque debemos desear los dones espirituales y aprender a abrir nuestras vidas a ellos, nosotros nos debemos dar cuenta que, en sí mismo, el ejercicio de los dones del Espíritu no es necesariamente una señal de madurez espiritual. Este concepto sorprende a muchas personas porque asumen erróneamente que si Dios usa a una persona de forma milagrosa, esto se debe a que la persona es extraordinariamente espiritual.

No obstante, los dones del Espíritu son verdaderos regalos: ellos vienen de forma gratuita por la gracia de Dios. Como hemos visto, la palabra griega para “don” en I Corintios 12 es *charisma*, la cual está

estrechamente relacionada a *charis*, la palabra para “gracia”. Por definición, un don no es algo que una persona ha comprado o ganado.

La calidad de un don revela poco o nada sobre el receptor, pero puede indicar mucho sobre el dador. Si un regalo es caro y complejo, el receptor puede ser rico o pobre, lo puede o no merecer, puede tener un carácter noble o innoble. Lo que aprendemos de ese regalo es que el dador tiene recursos sustanciales, es generoso, y está muy interesado en el receptor.

Una demostración impresionante de los dones espirituales debe recordarnos que Dios es poderoso y misericordioso.

Lo mismo sucede con los dones del Espíritu. Una demostración impresionante de los dones espirituales debe recordarnos que Dios es poderoso y misericordioso. No nos debemos enfocar en el individuo que recibe el don, concluyendo así que él es un gran profeta o la persona más espiritual de la iglesia. Por supuesto, es evidente que tiene fe por el don y ha aprendido a someterse al Espíritu de Dios. Podemos apreciar su sensibilidad en esta área, pero puede tener o no el mismo grado de fe y sumisión en otras áreas de su vida.

De acuerdo con Jesús, algunas personas tendrán fe para profetizar, echar fuera demonios, y hacer algunas obras maravillosas en Su nombre, sin embargo, debido a su desobediencia a la voluntad de Dios, ellos no entrarán en el reino de los cielos. (Ver Mateo 7:21-27.) Es posible, entonces, que alguien que recibe y ejercita un don espiritual se apegue a una doctrina falsa o participe en una práctica pecaminosa.

En Hechos 3, multitudes de personas se reunían alrededor de Pedro y Juan, en respuesta a la sanidad del hombre cojo. Pedro los amonestó para que no pensaran que este milagro había ocurrido a causa del poder o santidad de los apóstoles, y también hizo que las

personas se dirigieran a Jesús. En otras palabras, el milagro no indicó que Pedro y Juan eran más espirituales que alguien más. Ellos oraron en el nombre de Jesús, ejercieron la fe en Él, y Él hizo la obra.

El mismo principio se aplica en las expresiones de adoración. Si alguien danza en el Espíritu o cae postrado en el suelo bajo el poder de Dios, nosotros no aprendemos nada sobre su estado espiritual. Usualmente, las personas más espirituales adoran con más libertad. Por otro lado, algunas veces las personas más carnales también adoran con libertad y disfrutan la experiencia emocional o la atención de los demás. A veces las personas notoriamente inconsistentes reciben bendiciones dramáticas en la adoración; tal vez Dios los bendice grandemente porque eso es lo que necesitan para quedarse en la iglesia o porque se requiere de medidas extraordinarias para acercarlos a Él. En esos casos, simplemente reconocemos la grandeza de la misericordia y la gracia de Dios.

En pocas palabras, cuando vemos una manifestación espiritual notable, reconocemos que la persona se ha sometido a Dios en ese momento. Esa persona ha aprendido a ser sensible al Espíritu, a rendirse a Su voluntad, a dejar a un lado sus inhibiciones, a creer en la Palabra de Dios, y a tener fe para que Dios lo bendiga. Estas cualidades son admirables y cuando se aplican a todas las áreas de la vida darán lugar a la madurez espiritual.

No obstante, no podemos sacar más conclusiones sobre la vida o doctrina de la persona. El individuo puede ser espiritualmente maduro o inmaduro. Un don o manifestación del Espíritu no es una señal de madurez espiritual, ni tampoco constituye un respaldo para la persona. El don simplemente revela lo grande que es Dios.

Un don o manifestación del Espíritu no es una señal de madurez espiritual, sino que simplemente revela lo grande que es Dios.

La comprensión de este principio conllevará a un mejor ejercicio de los dones espirituales. Cuando las personas dejan de enfocarse en

su incapacidad y falta de habilidad y en su lugar se concentran en la gracia y el poder de Dios, se vuelve más fácil para ellos tener la fe para ejercer los dones espirituales. Además, quizá Dios limita o retiene algunos dones en ciertas ocasiones debido a las personas que están propensas a malinterpretarlos o a exagerar su significado. Puesto que el Espíritu siempre exalta a Jesús, habrá mayor libertad y manifestaciones del Espíritu cuando las personas no permiten que los dones espirituales resulten en orgullo, adoración al héroe, o aprobación de una doctrina o estilo de vida falso.

SOMETIDO AL ESPÍRITU

“Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros” (Hechos 3:16).

“No apaguéis al Espíritu” (I Tesalonicenses 5:19).

Como Pedro explicó la sanidad del hombre cojo, la llave para ejercer los dones espirituales es la *fe en Jesucristo*. En su sentido más amplio, la fe significa tener confianza en el Señor y sujetarse a Él. En lugar de depender de nuestras capacidades, debemos depender en las de Dios. En vez de alardear de nuestras aptitudes y logros, debemos alabar la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo. En vez de desarrollar estrategias inteligentes y complejas para el logro espiritual, nos debemos apropiarnos de la victoria que Jesús ya ha ganado por nosotros. En lugar de confiar en nuestro entorno, conocimiento o experiencia, debemos confiar en la obra del Espíritu Santo, el Espíritu del Señor resucitado. En lugar de apagar el Espíritu, debemos someternos al Espíritu.

La humildad es esencial en el ejercicio de todos los dones y habilidades espirituales.

La dependencia del Espíritu Santo requiere *humildad, quebrantamiento, y sometimiento*. La humildad es esencial en el

ejercicio de todos los dones y habilidades espirituales. (Ver Romanos 12:3-6.) "...y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo" (I Pedro 5:5-6). "Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; Y salva a los contritos de espíritu" (Salmos 34:18). "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Romanos 12:1).

La humildad, el quebrantamiento y el sometimiento son importantes en todos los aspectos de la vida cristiana, pero estos atributos son particularmente primordiales porque permiten que el Espíritu de Dios obre a través de nosotros. No debemos ser orgullosos ni nos debemos despreciar, sino que debemos estar inconscientes del yo. Necesitamos tener hambre por las cosas de Dios y un amor sincero por el reino de Dios. Debemos arrepentirnos del pecado y buscar la santidad, pidiendo al Señor que revele y remueva las impurezas secretas de nuestra vida. Periódicamente, debemos evaluar y purgar nuestros motivos. Debemos desarrollar un hábito de oración y una actitud constante de oración. La autodisciplina y la abnegación deben convertirse en los principios rectores de nuestra vida, y el ayuno es una práctica importante en este sentido.

No podemos obtener favores de Dios a través de esfuerzos espirituales, pero estas actitudes y disciplinas ayudarán a minimizar las influencias del mundo y a maximizar las influencias piadosas. Nos volveremos más sensibles y abiertos a las cosas de Dios al poner a un lado los deseos egoístas y los deseos carnales.

Aprender a caminar por fe y someterse al Espíritu es un proceso. Nosotros crecemos en gracia y conocimiento (II Pedro 3:18). No es difícil permitir que Dios obre a través de nosotros, pero sí conlleva ajustes mentales, emocionales, y espirituales. Debemos dejar a un lado el temor y la duda y permitir que el Espíritu fluya en nosotros.

Los mismos principios obran como cuando recibimos por primera vez el Espíritu Santo y hablamos en lenguas. El don del Espíritu Santo viene por la gracia a través de la fe, y después que las personas lo reciben, pueden reconocer invariablemente lo sencillo que es recibirlo. Sin embargo, algunos oran muchas veces y por muchas horas antes de ser bautizados con el Espíritu Santo, esto no se debe a que la experiencia en sí sea difícil de recibir, sino que ellos se deben arrepentir completamente; aprender a dejar a un lado la culpa, el temor y la duda; aceptar el don con una fe activa y presente; y someter su mente y cuerpo al control de Dios.

Cuando Dios comienza a usar a las personas de una manera determinada, a menudo se encuentran nerviosas, indecisas o temerosas, es decir, tienen miedo a lo desconocido, miedo al rechazo, miedo a estar fuera de orden. Cuando ellos superan estos sentimientos y actúan en fe, el Espíritu, entonces, fluye libremente a través de ellos. Usualmente, ellos solamente necesitan un poco de confirmación o motivación para rendirse completamente.

Cuando actúan en fe, el Espíritu fluye libremente a través de ellos.

En los primeros años de mi matrimonio y ministerio, yo me encontraba dirigiendo un servicio cuando alguien habló en lenguas a la congregación. Sentí que Dios le daría la interpretación a mi esposa, así que me acerqué y puse mi mano sobre ella. Inmediatamente, ella comenzó a dar la interpretación. Ella había sentido que Dios se estaba moviendo en ella, pero la experiencia era nueva, de modo que estaba renuente a responder. Mi acción le dio la confirmación que necesitaba.

En otro servicio, observé un incidente similar. A medida que Dios se movía de una manera especial, la persona que estaba dirigiendo el servicio se acercó a un ministro joven, reconociendo que Dios quería hablar a través de él, y puso sus manos sobre su hombro. Inmediatamente, el joven comenzó a profetizar.

Cuando mi esposa y yo comenzamos una iglesia en Austin, Texas, empezamos con servicios en nuestra casa. Pronto pudimos compartir un edificio con otra iglesia y teníamos dos servicios a la semana, pero continuamos con las reuniones de oración en el hogar. Mientras que aún éramos pequeños, comencé a enseñar sobre los dones del Espíritu y le dije a la gente que Dios quería que estos dones operaran en nuestro grupo. En una reunión de oración, mientras el Señor se movía grandemente, me di cuenta que Dios quería hablar por medio de la abuela de mi esposa. A pesar de que tenía setenta años y se había criado en el movimiento pentecostal, ella nunca había sido usada de esta manera, y ella estaba renuente a someterse.

Posteriormente, le dije, “Abuelita, tú siempre has estado en iglesias donde había muchas personas que sabían cómo responder a Dios, pero ahora tú estás en una iglesia joven, en la cual la mayoría de personas no han tenido mucha experiencia. Necesitamos a personas como tú, personas que sepan cómo responder a Dios. Así que la próxima vez que sientas lo que sentiste esta noche, sigue adelante y permite que Dios hable a través de ti.”

No mucho tiempo después, en otra reunión de oración, ella se sometió, le habló en lenguas al grupo, y posteriormente hubo una interpretación.

Es posible que una persona opere un determinado don solamente una vez, pero usualmente las personas operarán el mismo don con regularidad. Una vez que ellos superan el titubeo inicial, dan un paso por fe, y se rinden a Dios, es más fácil que Dios los use de nuevo de la misma manera. No obstante, no debemos permitir que entremos en una rutina, ya sea como individuos o como iglesias. Si hemos sido usados de cierta manera con anterioridad, no debemos asumir automáticamente que Dios nos va usar a nosotros en lugar de usar a alguien más la próxima vez. De igual manera, si Dios ha usado frecuentemente a otro miembro de la iglesia de una manera determinada, no debemos asumir que esta persona es la única que Dios quiere usar en esa área. En cambio, cada vez que Dios se

mueve y cada vez que surge una necesidad, todos nosotros debemos buscar a Dios y ser sensibles a Su voluntad y a Su obra en ese momento.

OPERANDO LOS DONES EN AMOR

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy...Seguid el amor; y procurad los dones espirituales...” (I Corintios 13:1-2; 14:1).

La cosa más importante que podemos decir acerca del ejercicio de los dones espirituales es que los debemos operar en amor. En medio de la discusión de los dones sobrenaturales en I Corintios 12-14, un capítulo entero, I Corintios 13, está dedicado al tema del amor. Este es uno de los pasajes más hermosos de las Escrituras y a menudo es citado para enseñar sobre el amor en general, y con toda la razón. Sin embargo, no debemos olvidar que su aplicación más inmediata se encuentra en el contexto de los dones espirituales.

Los dones no tienen ningún valor a menos que se operen en amor.

El capítulo declara enfáticamente que los dones no tienen ningún valor a menos que se operen en amor. No es la voluntad de Dios que alguien intente usar un don espiritual de una manera áspera, destructiva, condenatoria, manipulativa, intimidatoria o destructiva.

Tales manifestaciones son completamente falsas o, por lo menos, abusos de lo que Dios está tratando de lograr. La única manera correcta de ejercer los dones del Espíritu es con un corazón lleno de amor para Dios y amor para los demás. (Vea el capítulo 6 para más información sobre el amor.)

Aquí hay algunos ejemplos que violan el principio del amor. En una iglesia que estaba experimentando conflictos, una persona dio un

mensaje público, en el cual afirmaba que un cierto individuo que estaba descontento trataría de matar a los miembros de la familia del pastor. En otro caso, un pastor se enteró que una familia en su iglesia estaba contemplando una acción que él desaprobaba. Él les dijo que Dios le había hablado sobre el asunto y le dio a entender que si ellos actuaban de manera contraria a los deseos del pastor, la muerte podría visitar a la familia. En un tercer caso, un miembro de la iglesia comenzó a dar profecías privadas de condena a otros miembros de la iglesia, le decía a una persona con problemas de salud que pronto moriría, pero no ofrecía una razón constructiva del porqué Dios quiso revelar dicha información.

En cada caso, se produjo el supuesto uso de un don espiritual, pero esto no se hizo con el propósito de edificar, exhortar, consolar ni como una expresión de amor por los demás. Incluso si alguna de las declaraciones contenía un elemento de verdad, éstas no se hicieron de una manera redentora y constructiva, ni con amor y respeto para todos los que estaban involucrados. En cambio, estas acciones solamente dañaron a individuos o congregaciones.

LOS DONES ESTÁN SUJETOS AL CONTROL DEL RECEPTOR

“Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos...pero hágase todo decentemente y con orden” (I Corintios 14:32-33, 40).

Los dones del Espíritu están sujetos al control del usuario.

Los dones del Espíritu están sujetos al control del usuario. Cuando Dios da los dones, Él no invalida la voluntad humana. Nosotros aún tenemos la opción de usar los dones de Dios de manera correcta o incorrecta, y Él espera que nosotros los usemos de una manera adecuada. Este principio es válido para todas las bendiciones de

Dios, incluyendo la vida misma, la salud, las posesiones materiales, las finanzas, los talentos, las habilidades, los ministerios, las posiciones de liderazgo, y los dones sobrenaturales.

Algunas personas asumen que debido a que los dones del Espíritu son sobrenaturales, los receptores tienen muy poco o ningún control de los dones. Ellos piensan que Dios agobia a los receptores para que ellos actúen casi de manera inconsciente, en un estado de trance o mecánico. Pero Dios siempre respeta la personalidad y la voluntad humana, pues Él nos creó a Su imagen, como seres inteligentes, racionales y morales, que tienen el poder de elección. En todas las manifestaciones, los receptores deben someterse a Dios, pero Dios todavía les permite conservar un cierto grado de control. Una consecuencia inevitable de esta libertad de elección es que siempre existe el potencial para el abuso o el mal uso.

Un ejemplo del Antiguo Testamento es cuando Dios le dio el poder a Moisés de sacar agua de la roca para Israel. En una ocasión Dios le dijo a Moisés que le hablara a la roca. En lugar de eso, Moisés golpeó la roca con ira para el rebelde de Israel. Debido a que Moisés desobedeció a Dios en este asunto, Dios no le permitió entrar a la Tierra Prometida. (Ver Números 20:7-12.)

Debido a que existe la posibilidad del uso inadecuado de los dones, I Corintios 14:32 dice, “Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas”. Los seres humanos no pueden controlar o dictar el Espíritu de Dios, pero el Espíritu obra a través de los espíritus humanos, y los humanos ejercen el control de sus propios espíritus. Dios mantiene el control final de la concesión de los dones espirituales, pero Él le da a los seres humanos gran libertad con respecto a su uso. Aunque no podemos determinar quién recibirá qué dones, y si bien no debemos tratar de forzar a ciertos dones para que operen cuándo, dónde y cómo nosotros queremos, nosotros tenemos la responsabilidad personal de usar los dones de la manera que Dios ha destinado, es decir, para Su gloria, para la edificación del cuerpo, y con amor para todos los interesados.

Tenemos la responsabilidad personal de usar los dones de la manera que Dios ha destinado.

El hablar en lenguas es un buen ejemplo. Este viene según la palabra que da el Espíritu (Hechos 2:4), no se adquiere por el aprendizaje humano o por la imitación de sonidos. Cuando alguien recibe el Espíritu Santo por primera vez, hablará en lenguas como señal inicial, y en la mayoría de los casos continuará hablando en lenguas de vez en cuando en su vida devocional privada. A medida que crece en el Señor, puede aprender a someterse a Dios y a orar fervientemente para hablar en lenguas más a menudo. Si bien la palabra continúa viniendo de Dios, el individuo puede crear condiciones propicias para hablar en lenguas, y, por tanto, tiene la responsabilidad de ejercitar este don de manera adecuada.

En mi caso, yo no hablo en lenguas cada vez que oro, pero cuando estoy en una profunda oración intercesora a menudo me pongo a hablar en lenguas sin premeditación. Entonces, en casi cualquier lugar y tiempo podía orar fervientemente hasta que hablaba en lenguas, y podía orar tan fuerte como yo deseaba. Sin embargo, en circunstancias normales, no sería apropiado arrodillarme en el pasillo de un supermercado, en medio de una carretera, o en el aula de una escuela pública y orar hasta hablar en lenguas en voz alta. Si lo hiciera, el Espíritu me permitiría hablar en lenguas, no la carne ni el diablo, pero el tiempo y el lugar serían inapropiados. En vez de glorificar al Señor, de atraer los pecadores a Él, y de edificar a los santos, tal uso sería un obstáculo, una distracción y una deshonra.

Algunos dicen que Dios detendría cualquier uso indebido de un don. Algunos citan los abusos como evidencia de que todas las manifestaciones espirituales son falsas, y otros usan los abusos para propugnar que no debemos buscar cualquier manifestación sobrenatural. Pero el antídoto para evitar el uso indebido de los dones y el abuso de los mismos no es dejar de usarlos, sino usarlos

adecuadamente. Además, dichas personas sencillamente no comprenden cómo opera Dios.

Él responde a la fe dondequiera que la encuentra, Él cumple Su Palabra a todo el que la invoca, y cuando Él otorga un don, Él también da la autoridad y la responsabilidad para usar ese don.

Jesús enseñó, “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos...” (Mateo 7:6). Por lo tanto, Él indicó que algunos de los usos de las santas bendiciones y de los dones espirituales son inútiles, inadecuados o perjudiciales. Pablo escribió a la nación de Israel, “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). Aunque la nación de Israel falló en cumplir el propósito de Dios, Él continuó obrando en medio de ellos para reencauzarlos a Su plan.

De este modo, una persona puede tener fe para obtener un verdadero milagro de Dios, pero después puede usar indebidamente ese milagro para promoverse a sí mismo, para apoyar la doctrina falsa, para buscar la popularidad mundana, o para beneficiarse materialmente. Un ejemplo de esto es cuando Naamán fue sanado de la lepra durante el ministerio de Eliseo. Eliseo rechazó la oferta de pago de Naamán, pero el criado de Naamán, Giezi, después tomó el dinero y la ropa de Naamán, incurriendo así en juicio divino. (Ver II Reyes 5).

*El propósito de Dios en la concesión de un milagro
siempre es bueno.*

No debemos culpar a Dios por los abusos ni por la confusión resultante. El propósito de Dios en la concesión de un milagro siempre es bueno. En todos los casos, Él actúa por Su gracia, responde a la fe, cumple Su Palabra, y satisface las necesidades reales. Es nuestra responsabilidad usar estos dones de acuerdo a los lineamientos que Él nos ha dado.

Asimismo, nuestra responsabilidad es juzgar todas las

manifestaciones para ver si son de Dios y, aun si lo son, observar si se usan de manera apropiada. (Ver I Corintios 14:29, 37; I Juan 4:1.) Los cristianos maduros pueden identificar un movimiento verdadero de Dios. Ellos también pueden reconocer una manifestación genuina sin aceptar una interpretación o un uso incorrecto. Por ejemplo, ellos pueden reconocer una sanidad divina, pero rechazar una pretensión de autoridad extra-bíblica de la persona que oró por la sanidad.

Algunas manifestaciones son carnales, demoníacas o falsas, pero algunas veces una obra espiritual verdadera se usa de manera inadecuada. Por ejemplo, supongamos que Dios da palabra de ciencia a un pastor por un pecado serio en la iglesia que él pastorea. El propósito de Dios es proteger al pastor y a la iglesia y restaurar al pecador. Dependiendo de las circunstancias, el mejor uso de la palabra de ciencia puede ser que el pastor aconseje en privado al malhechor, es decir, que actúe detrás de las escenas para minimizar el daño, para advertir de forma confidencial a otra persona que se ve afectada, o simplemente para orar y ser prudente hasta el último momento. Sin embargo, si el pastor da a conocer el pecado secreto a toda la congregación, él probablemente haría un uso inadecuado de la palabra de ciencia, pues esta acción posiblemente perjudicaría a todos los involucrados y no se cumpliría el propósito de Dios.

Algunas personas dicen que cuando sienten el Espíritu, deben actuar sin ninguna restricción o preceptos para no apagar el Espíritu. En oposición a este punto de vista y bajo inspiración divina, Pablo escribió, “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor. Mas el que ignora, ignore” (I Corintios 14:37-38).

Aquellos que son verdaderamente espirituales reconocerán la necesidad de los preceptos bíblicos, y esto no es porque no creen en el Espíritu, sino porque no confían en la carne. En lugar de depender exclusivamente de sentimientos subjetivos e impresiones, ellos se guían ante todo por los principios objetivos e instrucciones de la Palabra de Dios, comprendiendo que el Espíritu que se mueve en

ellos ya ha establecido preceptos universales para gobernar Sus dones. Pensar de otra manera es una señal de ignorancia.

Podemos resumir gran parte de nuestra discusión con la siguiente exhortación: “Pero hágase todo decentemente y con orden” (I Corintios 14:40).

Cada vez que ejercitamos un don espiritual debemos apoyar la unidad de la iglesia y el liderazgo espiritual. En cada servicio de adoración debemos buscar el máximo beneficio de todas las personas presentes, creyentes e incrédulos por igual.

“Pero hágase todo decentemente y con orden.”

Supongamos que alguien captura la atención de todas las personas presentes en un servicio público al hablar en lenguas. Usualmente, el pastor o el líder de alabanza hará una pausa y dará lugar tanto a la operación de lenguas como a la interpretación. Pero, ¿qué sucedería si el líder continúa con el orden del servicio o hace una transición deliberada a otra parte del servicio? La congregación debe seguir esa instrucción. Ellos no estarían apagando el Espíritu; ellos estarían haciendo las cosas decentemente y con orden.

Hay varias explicaciones posibles de esta situación, pero independientemente de cuál es la correcta, la iglesia debe seguir al líder espiritual, ya que Dios le ha dado a él la responsabilidad de dirigir el servicio en general. En primer lugar, la persona que habló en lenguas sencillamente pudo haber recibido una bendición personal; la obra particular del Espíritu pudo haber sido solamente para esa persona. No obstante, el líder sintió la dirección del Señor para toda la congregación y actuó respectivamente.

En segundo lugar, la persona pudo haber actuado por un sentimiento erróneo, celo excesivo, carnalidad, o incluso por una influencia demoníaca. En ese caso, el líder tenía la responsabilidad de proteger a la congregación, y todos tenían la responsabilidad de cooperar con el líder.

En tercer lugar, es posible que el líder omitió la dirección del Espíritu. Sin embargo, en tal caso, la persona causará más daño que bienestar al tratar de llevar el servicio de manera contraria a la que el líder ha dispuesto. El resultado será la confusión y la división.

Lo más probable es que la persona que está encargada del liderazgo espiritual tomará la decisión correcta, pero si no lo hace, la mejor manera de tratar la situación es cooperando y promoviendo la unidad. Dios puede lograr fácilmente Su objetivo de otra forma o puede moverse en el líder en un momento posterior, de modo que un error momentáneo no tiene por qué causar ningún daño duradero. Sin embargo, el daño causado por un incidente o por una conducta desordenada usualmente es permanente.

En suma, cada congregación y cada cristiano debe buscar fervientemente los dones del Espíritu. Al mismo tiempo, todos nosotros debemos aprender a ejercitar los dones de acuerdo a los principios bíblicos, es decir, afectuosamente, decentemente y con orden divino.

CAPÍTULO CINCO

I CORINTIOS 12: LOS DONES DEL ESPÍRITU EN EL CUERPO DE CRISTO

I Corintios 12-14 nos presenta la discusión más extensa de los dones sobrenaturales del Espíritu. I Corintios 12:1-11 introduce e identifica estos dones, mientras que I Corintios 12:12-31 describe cómo la iglesia funciona como el cuerpo de Cristo, la cual cuenta con miembros individuales que ejercen una diversidad de dones. I Corintios 13 enseña la supremacía del amor en la operación de los dones espirituales. Además, I Corintios 14 proporciona preceptos para los dones vocales, es decir, profecía, lenguas e interpretación de lenguas. Antes de examinar cada uno de los nueve dones sobrenaturales, incluyendo a los dones vocales, es útil analizar la enseñanza de I Corintios 12-13, la cual sirve como base para estudios posteriores.

UNA INTRODUCCIÓN A LOS DONES DEL ESPÍRITU (I CORINTIOS 12:1-11)

“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales. Sabéis que cuando erais gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos” (versículos 1-2).

La iglesia de Corinto surgió de un contexto gentil pagano. Antes de llegar a Jesucristo, ellos no tenían conocimiento de la obra del Espíritu Santo y estaban completamente equivocados en los asuntos espirituales debido a su culto idolátrico. Por consiguiente, el apóstol Pablo, bajo inspiración divina, sintió la necesidad de enseñarles acerca de los dones del Espíritu.

Los creyentes de Corinto ya habían sido bautizados en el nombre de Jesucristo y también ya habían sido bautizados con el Espíritu Santo. (Ver I Corintios 1:13; 6:11; 12:13.) No obstante, su nueva fe y el renacimiento espiritual no les impartió automáticamente el conocimiento maduro de los asuntos espirituales. Ellos necesitaban instrucción y orientación en esta área, así como lo necesitan los cristianos de hoy.

“Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (versículo 3).

Debido a su falta de conocimiento espiritual y experiencia previa, las personas de Corinto estaban vulnerables a las manifestaciones falsas. Por lo tanto, una prueba sencilla los ayudaría a distinguir lo verdadero de lo falso: Si alguien llama anatema a Jesucristo, no puede ser de Dios. Si un espíritu no exalta al Señor Jesucristo, sin importar lo milagroso, espectacular o seductor que sea, no es de Dios. Después de todo, el propósito del Espíritu Santo es glorificar a Jesús (Juan 16:14).

Esta prueba era similar para las personas que se encuentran registradas en el Antiguo Testamento, pero se le añade el reconocimiento de que Jesucristo es Dios manifestado en carne, Él es nuestro Señor y Dios. (Ver Juan 20:28; I Timoteo 3:16). Dios le dijo a Su pueblo que rechazara a cualquier soñador u obrador de milagros que intentara llevarlos a la adoración de otros dioses y que rechazara a cualquier profeta que hablara en el nombre de otros dioses (Deuteronomio 13:1-3; 18:20).

El Espíritu nunca hará que alguien maldiga o blasfeme el nombre de Jesús, pero nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo. Cada vez que alguien comprende verdaderamente quién es Jesús, y cada vez que alguien somete su vida realmente a Jesús, debemos reconocer que esto es una obra del Espíritu Santo.

Esta declaración solamente es un corolario y no es estrictamente una parte de la prueba, ya que el propósito de la prueba es indicar cuando algo *no* es de Dios. Esto no quiere decir que todo aquel que hace una confesión verbal de Jesús está lleno del Espíritu Santo, vive una vida en santidad o es salvo. Tampoco significa que todo acto o declaración de esa persona es obra del Espíritu. Con frecuencia, hay una brecha entre la profesión y la realidad, entre el reconocimiento mental y la fe salvadora, entre la confesión verbal y la obediencia. (Ver Mateo 7:21-27; Lucas 13:24-30; Juan 2:23-25; 12:42-43; Santiago 2:19-20.)

En cambio, la segunda mitad del versículo 3 declara que la gracia de Dios, la cual se manifiesta a todas las personas, es la fuente de todo el conocimiento espiritual verdadero y de la experiencia. (Ver Tito 2:11; 3:4-7.) Es Dios quien guía a la persona al punto de confesar que Jesús es Señor. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Cristo (Mesías), el Hijo del Dios viviente (Dios manifestado en carne), Jesús respondió, "...porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo 16:16-17). Al fin de cuentas, nadie puede comprender realmente la identidad de Jesucristo, incluyendo la unión de la plenitud de la deidad y la humanidad perfecta en Él, sin la iluminación del Espíritu Santo. Las Sagradas Escrituras declaran esta verdad, pero el Espíritu de Dios debe iluminar nuestros corazones y mentes. El intelecto humano, la educación, la filosofía y la tradición son inapropiadas para realizar esta tarea. (Ver Colosenses 2:8-9.)

Hay una implicación adicional para la vida cristiana, la cual indica que confesar a Jesús como Señor involucra, en realidad, hacerlo Señor de nuestras vidas. La única forma de poder hacer de esta confesión una realidad cotidiana es por el poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nos permite dejar el pecado, comenzar una vida nueva, dar testimonio en palabra y obras de nuestra vida nueva, producir fruto espiritual, y caminar en santidad. (Ver Hechos 1:8; Romanos 8:13; Gálatas 5:22-23.)

*Debemos buscar la obra incomparable de Dios en nuestras
propias vidas.*

“...Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (versículos 4-6).

El Señor obra de varias maneras y otorga distintos dones, ministerios y actividades a diferentes individuos. Pero es el mismo Espíritu el que los concede. Todos debemos desear los dones espirituales, pero no todos debemos esperar ser usados de la misma forma. No debemos envidiar a los demás, o tratar de imitarlos, pero sí debemos buscar la obra incomparable de Dios en nuestras propias vidas.

Por otra parte, no debemos juzgar la espiritualidad de las personas por el tipo de dones que ejercen. Mientras que algunos dones son más prominentes o visibles que otros, el mismo Dios es el que obra en cada miembro de la iglesia.

Este pasaje utiliza tres títulos de Dios para dar a conocer diferentes matices de significado, pero el tema primordial es la unicidad de Dios y la unidad de Su obra en la iglesia. El título “Dios” es el más general, este se refiere a la totalidad de la esencia y obra divina. El título “Señor” significa “maestro, gobernador” y enfatiza la autoridad de toma de decisiones de Dios y el poder administrativo. El título “Espíritu” describe a Dios actuando de manera sobrenatural, particularmente en nuestro mundo y en las vidas de las personas. El Espíritu Santo no es una entidad separada de Dios, sino “el Espíritu de Dios”, “el Espíritu de Jesucristo”, y “el Espíritu de vuestro Padre”.

(Ver Mateo 10:20; Filipenses 1:19; Romanos 8:9.)

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (versículos 7-11).

Como discutimos en el capítulo 2, Dios es la fuente de los dones, y Él los otorga de acuerdo a Su voluntad. Cualquier doctrina o práctica que promueve la atribución o el ejercicio de los dones espirituales a los deseos o esquemas humanos es errónea.

El pasaje afirma repetidamente que cada don viene por “el mismo Espíritu”, haciendo eco de los versículos 4-6. El hecho que las personas reciben diferentes dones no es una base para el orgullo, la competencia, la discordia, o la contienda, ya que todos los dones vienen por “uno y el mismo Espíritu” (versículo 11).

Dios concede los dones para el beneficio de todos.

Como se discutió en el capítulo 3, Dios concede los dones para el beneficio de todos. Aunque las manifestaciones llegan a las personas, el propósito es construir el cuerpo.

En este sentido, surge la pregunta de que si los dones pertenecen a las personas o a la iglesia. Si alguien da una profecía, ¿debemos

decir que tiene el oficio de profeta? ¿Debemos decir que posee permanentemente el don de profecía, o sencillamente debemos decir que ha ejercitado el don de la profecía en una ocasión determinada? ¿Si alguien ora por varias personas enfermas e inmediatamente

reciben la sanidad, debemos identificar al individuo que oró por ellos como un sanador? ¿Esta persona tiene un don inamovible de sanidad, y si es así, debemos traer regularmente a los enfermos para que ore por ellos? ¿Habrá algún valor al pedirle a alguien que ore por los enfermos si *no* afirma tener este don, o los debemos llevar exclusivamente a un “sanador” reconocido? ¿Es apropiado dar a conocer, así como lo hizo uno que se proclamaba a sí mismo apóstol en una revista carismática, que alguien tiene los nueve dones del Espíritu?

Para responder estas preguntas, debemos conciliar dos corrientes del pensamiento bíblico. Por un lado, los versículos 8-10 declaran que Dios da distintos dones a personas específicas: un don es dado “a éste”, y un don diferente es dado “a otro”. Los versículos 29-30 indican que algunas personas, pero no todas, “hacen milagros” y “tienen dones de sanidad”.

Por otro lado, el tema general de I Corintios 12 es que Dios da los dones “para provecho” (versículo 7) y para que operen dentro de “un cuerpo” (versículo 13). Así como el pie o el oído no pueden funcionar de forma aislada al resto del cuerpo, así tampoco los miembros de la iglesia pueden funcionar separadamente del resto de la iglesia (versículos 15-25).

Jesús prometió milagros y sanidad a todos los creyentes, Él no seleccionó solo a algunas personas: “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 17-18). Del mismo modo, todos los ancianos de la iglesia, no solo ciertos “sanadores”, están calificados para orar para que los enfermos sean sanados: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará...” (Santiago 5:14-15).

El Espíritu concede los dones sobrenaturales a la iglesia para que las personas los ejerciten.

Quizás la mejor explicación es que *el Espíritu concede los dones sobrenaturales a la iglesia para que las personas los ejerciten*, de la manera que Él quiere y obra, y a medida que surge la necesidad. Los dones operan por medio de los individuos, pero cada manifestación es un don para el cuerpo y no solamente para la persona que lo recibe. Una persona ejercita repetidamente el mismo don, esto no es porque le pertenezca, sino porque fácilmente puede tener fe para recibirlo una y otra vez. Cada manifestación se da de la manera en que el “Espíritu” “quiere” y “obra” en la iglesia (I Corintios 12:11).

Bajo este punto de vista, no todas las personas ejercerán todos los dones, pero cada persona puede ejercitar potencialmente algún don. Ningún don es propiedad exclusiva de solamente unas personas. Este entendimiento parece ser la única manera de resolver dos declaraciones distintas acerca del don de profecía: Dios permite que solamente unas personas profeticen (por lo menos en una ocasión determinada), pero Él le da permiso a todas las personas para que profeticen (a medida que Él se mueve). “...hay diversidad de dones... a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría... a otro, profecía...” (I Corintios 12:4, 8, 10). “Porque podéis profetizar todos uno por uno...” (I Corintios 14:31).

El hecho de enfatizar la posesión corporativa de los dones nos ayuda a evitar el orgullo espiritual y nos motiva a seguir dependiendo los unos de los otros y del Espíritu Santo. Aunque es correcto confiar y apreciar a las personas que se someten frecuentemente a Dios en el ejercicio de ciertos dones, no debemos depender de ellas, sino del Espíritu y de todo el cuerpo. Si necesitamos palabra de sabiduría o sanidad, y no hay nadie presente que tenga la experiencia reconocida de este don, podemos unirnos en fe y confiar en Dios para suplir la necesidad.

En un contexto corporativo, buscamos a los líderes espirituales de la misma manera en que le pedimos a los ancianos que oren por los enfermos de acuerdo con Santiago 5:14-15. No obstante, si surge una necesidad urgente en nuestro diario vivir, o si se origina una oportunidad repentina cuando estamos siendo testigos de alguien, no estamos en desventaja debido a que un líder espiritual no está disponible. Puesto que cada creyente es una extensión de la iglesia y es un representante en el mundo que lo rodea, cada uno de nosotros puede orar por sanidad instantánea, protección divina, o por cualquier otro milagro, de la misma manera que lo promete Marcos 16:16-17. I Corintios 12:8-10 enumera nueve dones sobrenaturales del Espíritu. Para el bienestar del estudio, es común clasificarlos bajo tres títulos, éstos son:

A. Dones de Revelación

1. Palabra de sabiduría
2. Palabra de ciencia
3. Discernimiento de espíritus

B. Dones de Poder

1. Fe
2. Hacer milagros
3. Dones de sanidad

C. Dones de Palabra

1. Profecía
2. Diferentes géneros de lenguas
3. Interpretación de lenguas

Al usar la identificación bíblica de la Iglesia como el cuerpo de Cristo, la cual está inmediatamente después de la lista de los nueve dones, nosotros también podemos describir respectivamente estas tres categorías como manifestaciones de *la mente de Cristo*, *las manos de Cristo*, y *la voz de Cristo*. Discutiremos estos nueve

dones de manera individual en los capítulos 7-13.

EJERCIENDO LOS DONES ESPIRITUALES EN EL CUERPO (I CORINTIOS 12:12-31)

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (versículos 12-13).

Inmediatamente después de enumerar los nueve dones espirituales, I Corintios 12 describe a la Iglesia como el cuerpo de Cristo. El tema primordial es la unidad entre la diversidad. Independientemente de nuestros entornos étnicos y sociales, el Espíritu de Dios nos hace un cuerpo en Cristo, al igual que Él nos usa de formas únicas.

El bautismo del Espíritu Santo nos sitúa en el cuerpo de Cristo.

En el versículo 13 vemos la importancia de ser bautizado con el Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu Santo nos sitúa en el cuerpo de Cristo. Esta declaración no niega el papel complementario del bautismo en agua, sino que menciona solamente al Espíritu porque el tema del pasaje es la obra del Espíritu y porque es a través del Espíritu que tenemos comunión viva. (Ver II Corintios 13:14; Filipenses 2:1.) Otros pasajes nos enseñan que el bautismo en agua en el nombre de Jesucristo también es parte de la iniciación cristiana. (Ver Hechos 2:37-41; Romanos 6:3-4; I Corintios 6:11; Gálatas 3:27.) Aquí, Pablo probablemente asumió el caso típico del bautismo en agua antes del bautismo del Espíritu (Hechos 2:38). Él recordó a sus lectores que después del bautismo en agua, cuando ellos procedieran a recibir el Espíritu Santo, ellos estaban comprometidos a vivir una

comunidad espiritual con Cristo y Su iglesia. Así como se llena un vaso vacío cuando se sumerge en agua, así comenzaron ellos a tomar profundamente del Espíritu a medida que los inundaba esta experiencia abrumadora.

En Hechos 1:5, Jesús prometió a los discípulos, "... vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días." La preposición griega "con" aquí se traduce como *en*, la cual también se traduce como "por" o "en". En realidad, I Corintios 12:13 usa la misma preposición griega para decir que todos hemos sido bautizados "por" un Espíritu. Lingüísticamente, entonces, la promesa de Jesús en Hechos 1:5 y la descripción de Pablo en I Corintios 12:13 se refieren al mismo evento.

La promesa de Jesús se cumplió en el Día de Pentecostés: "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos 2:4). Ese día, Pedro describió esta experiencia como el "derramamiento" del Espíritu y como "recibir[éis] el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:33, 38). Cuando los gentiles recibieron más tarde la misma experiencia, la Biblia dice, "el Espíritu cayó sobre todos", "se derrama[se] el don del Espíritu Santo", y "han recibido el Espíritu Santo" (Hechos 10:44-47; 11:15-17).

Claramente, entonces, por medio de la misma experiencia sobrenatural, el mismo Espíritu nos incorpora al cuerpo de Cristo y también nos da poder para ser testigos vivos, poder para producir fruto espiritual, y poder para ejercer los dones espirituales. (Ver Hechos 1:8; I Corintios 12:8-10; Gálatas 5:22-23.) Es un error diferenciar bruscamente entre recibir el Espíritu para entrar al cuerpo de Cristo y recibir el Espíritu para obtener el poder con el fin de servir al cuerpo de Cristo. No nos unimos al cuerpo como un miembro no funcional. Nosotros recibimos un Espíritu (no dos o tres) en una experiencia integral de iniciación, y ese Espíritu trae consigo el potencial para todos los dones y frutos espirituales.

“Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (versículos 14-26).

Este pasaje profundiza en la descripción de la iglesia como el cuerpo de Cristo y enfatiza el tema de la unidad entre la diversidad. Debido a que los dones espirituales son sobrenaturales y espectaculares, es fácil que por el uso de los mismos surja el orgullo, la adoración al héroe, el celo y la contienda si no comprendemos cómo trabaja el cuerpo de Cristo. La analogía del cuerpo humano nos enseña varias lecciones importantes que nos permiten ejercitar los dones de manera armoniosa y beneficiosa:

1. *La iglesia está unida, pero no es uniforme; hay unidad entre la diversidad (versículos 14, 20).*

2. *Para funcionar efectivamente, los miembros necesitan unidad y deben reconocer su papel como parte del cuerpo (versículos 15-16).*

3. *Para funcionar eficazmente, la iglesia necesita diversidad y debe considerar los distintos papeles de sus miembros (versículos 17, 19).*

4. *Dios es el que ha ordenado esta unidad entre la diversidad; Él ha diseñado los distintos papeles que le parecen adecuados (versículo 18).*

5. *Todos los miembros son necesarios y valiosos, a pesar de que algunos reciben menos reconocimiento que otros (versículos 21-24).*

6. *Los miembros deben luchar por la unidad, prevenir las divisiones y cultivar el cuidado y el respeto mutuo (versículos 25-26).*

Si no comprendemos estos principios, podemos llegar a pensar que por el hecho de que una persona ejerce un don espectacular esto la hace más espiritual, más importante o más digna que las demás personas de la iglesia. Y esta persona puede pensar que no necesita comunión, disciplina, dirección y liderazgo espiritual de la iglesia. Pero cuando estudiamos el funcionamiento del cuerpo humano, descubrimos que el cuerpo necesita a todos sus miembros, y todos los miembros necesitan al cuerpo.

Por ejemplo, las partes del cuerpo que parecen ser más débiles o vulnerables, tal como los órganos internos, son, en realidad, indispensables. Algunas partes parecen menos respetables, valiosas o esenciales, como el cabello, pero aun así las tratamos con honra especial. Nuestras partes impresentables las tratamos con modestia especial, mientras que nuestras partes presentables, tal como nuestras manos, no requieren dicho trato. Algunas partes tienen mayor visibilidad, otras tienen mayor utilidad, pero todas sirven para un propósito.

Toda asamblea tiene el beneficio de la gran variedad de los dones espirituales, y cada miembro tiene que ser una parte activa del cuerpo.

Así ocurre en el cuerpo de Cristo. Toda asamblea tiene el beneficio de la gran variedad de los dones espirituales, y cada miembro

tiene que ser una parte activa del cuerpo.

“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?” (versículos 27-30).

Este pasaje aplica la analogía del cuerpo a la discusión de los dones espirituales. Como notamos en el capítulo 1, estos versículos proporcionan un ejemplo de los dones de oficio ministerial (apóstoles, profetas, maestros), de los dones de servicio (ayuda, administración), y de los dones sobrenaturales del Espíritu (milagros, sanidad, lenguas, interpretación).

El orden de la lista indica que los dones de oficio ministerial son los más importantes para el funcionamiento de la iglesia, los cuales están seguidos por los dones sobrenaturales de poder, luego se encuentran los dones de servicio, y finalmente se encuentran los dones sobrenaturales de palabra. No hay que darle demasiada importancia a este orden o a la omisión de algunos de los dones. Este pasaje sencillamente enumera algunos ejemplos, su propósito no es dar un orden preciso y exhaustivo ni tampoco minimizar cualquier don particular.

Una iglesia sana y completamente funcional deseará y adquirirá todos los dones de Dios para Su cuerpo.

Desde luego, tanto en el cuerpo humano como en la iglesia algunas funciones son más esenciales que otras. El cuerpo humano puede sobrevivir sin un pie, pero no puede hacerlo sin un corazón que

late. No obstante, no debemos elegir entre ninguno de los dos. Un cuerpo sano tendrá ambos, y los dos son necesarios para que el cuerpo funcione de la manera que Dios destinó. Asimismo, la iglesia no podría haber existido sin el ministerio de los apóstoles, profetas y maestros, pero podría haber renqueado por un tiempo sin la ayuda, la administración y los mensajes públicos en lenguas. Pero esta no es una razón para despreciar a los últimos, o incluso para sentirse satisfecho sin ellos. Una iglesia sana y completamente funcional deseará y adquirirá todos los dones de Dios para Su cuerpo.

Los versículos 29-30 preguntan retóricamente si todas las personas tienen ciertos oficios ministeriales o ejercitan determinados dones sobrenaturales. La respuesta que se espera es no. (No hay ningún ejemplo de los dones de servicio aquí, quizás porque esta categoría es lo suficientemente amplia como para abarcar a todos.) No todos van a tener uno de los cinco oficios de Efesios 4:11, y no todos ejercitarán uno de los dones sobrenaturales de I Corintios 12:8-10. No obstante, todos son importantes en el cuerpo de Cristo.

Debemos notar que el versículo 30 no se refiere a las lenguas como la señal inicial de recibir el Espíritu Santo. Más bien, se refiere al don de lenguas que ocurre en la adoración pública para el beneficio de la congregación, el cual debe ser acompañado por una interpretación. Ciertamente, el don de interpretación se menciona después. (Para más información sobre este punto, ver el capítulo 12.)

“Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente” (versículo 31).

El propósito de la discusión anterior no es desalentar el ejercicio de cualquier don. Dios quiere que cada cuerpo de creyentes posea la gran variedad de los dones espirituales. Ninguna persona va a ejercitar todos los dones, pero el potencial de cada uno reside en su interior. Aunque no todos van a ejercer los dones espectaculares, todos deben buscar fervientemente los dones que son más valiosos y

necesarios para su situación. Si una asamblea carece por completo de un don determinado, ese sería el más importante que se tiene que buscar. (Ver la discusión del capítulo 4.)

Sin embargo, como lo explica I Corintios 13, hay algo más importante que desear los dones del Espíritu, y eso es poseer y manifestar el amor divino. De nuevo, no debemos elegir uno en vez de otro, ya que Dios quiere que poseamos tanto el fruto del Espíritu, el amor supremo, como los dones del Espíritu. No obstante, como cuestión de prioridad, debemos desarrollar un amor maduro antes de poder ejercitar los dones espirituales correctamente.

CAPÍTULO SEIS

I CORINTIOS 13: EL AMOR EN EL EJERCICIO DE LOS DONES DEL ESPÍRITU

El tema de Corintios 13, uno de los capítulos más citados de la Biblia, es el amor. De modo significativo, este capítulo se encuentra en medio de la discusión de los dones espirituales. Por consiguiente, Dios ha enfatizado la prioridad del amor con respecto a los dones espirituales y la necesidad del amor en el ejercicio de los mismos. Analicemos este pasaje haciendo una referencia especial de los dones.

LA SUPREMACÍA DEL AMOR (I CORINTIOS 13:1-3)

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.”

El “camino aun más excelente” de I Corintios 12:31 es el camino del amor. I Corintios 13 nos enseña la supremacía del amor en la vida cristiana. Ninguna discusión de los dones espirituales está completa si no se considera al amor, ya que el amor es el motivo necesario de cada acción.

La palabra griega para amor en este pasaje es *agape*, la cual, en su sentido más amplio, significa amor divino, amor desinteresado, amor sacrificial, amor sin esperar nada a cambio. La versión Reina Valera Antigua traduce la palabra como “caridad”, la cual era originalmente una excelente traducción. Sin embargo, con el paso del tiempo, la caridad llegó a definirse principalmente como el acto de ayudar a los pobres, y esto precisamente fue porque no había un pensamiento de pago.

Para exponer su punto de vista, el pasaje cita a varios de los dones espirituales de I Corintios 12: lenguas, profecía, ciencia, fe, así como buenas obras. En efecto, este pasaje proporciona ejemplos superlativos: lenguas angélicas y humanas; ciencia (no solo “palabra”), la cual se extiende a todos los misterios; toda la fe necesaria para trasladar los montes; repartición de todos los bienes; y el martirio más cruel. Incluso si una persona manifiesta todos estos dones y obras al máximo, pero no tiene amor, no es nada y sus obras no le benefician en lo absoluto. En nuestros días, muchas personas se agruparían para ver a alguien que exhibe dichos dones y obras, pero las Sagradas Escrituras nos advierten que, en sí mismos, ninguno de estos son pruebas de espiritualidad y verdad.

El único motivo aceptable para el funcionamiento de los dones del Espíritu es el amor.

En conclusión, el único motivo aceptable para el funcionamiento de los dones del Espíritu es el amor. Aunque debemos desear fervientemente los dones espirituales (I Corintios 12:31), también los debemos desear para el objetivo correcto: no exaltarnos a nosotros

mismos, sino bendecir a los demás. Quizás una razón por la cual muchos cristianos no miran más dones en operación es porque ellos los desean de manera egoísta. (Ver Santiago 4:3).

Cuando nosotros ejercitamos un don espiritual, debemos preguntarnos, ¿Estoy hablando o actuando en amor? ¿Mi verdadero motivo es el amor por Dios, Su iglesia y el perdido, o trato de exaltar mi ego?

Los motivos humanos pueden ser una mezcla de egoísmo y nobleza. Además, los humanos tenemos la gran habilidad de justificarnos y engañarnos a nosotros mismos. Jeremías 17:9 dice, “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” Ninguno de nosotros puede confiar en su propio corazón, pero nos debemos evaluar periódicamente y le debemos pedir al Señor que nos revele las impurezas secretas y nos limpie de los motivos y deseos impropios.

El salmista demostró esta actitud en la oración: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; Que no se enseñoreen de mí; Entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Salmos 19:12-14).

Aunque podemos y debemos tener un fuerte deseo por los dones espirituales, debemos reconocer que es peligroso perseguirlos sin amor. Debido a que ellos son sobrenaturales y a menudo espectaculares, fácilmente los podemos buscar por atención o ganancia personal, ignorando así lo que es mejor para los demás. Por tanto, nos debemos recordar constantemente que sin amor todos estos dones no tienen sentido.

CARACTERÍSTICAS DEL AMOR (I CORINTIOS 13:4-7)

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo

suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

Estos versículos describen la esencia del amor, el tipo de amor que se necesita para el ejercicio de los dones espirituales. Las siguientes características del amor (se usan las palabras de la Nueva Versión Internacional) mostrarán el funcionamiento adecuado de los dones del Espíritu:

1. *Paciente*
2. *Bondadoso*
3. *No es envidioso*
4. *No es jactancioso*
5. *No es orgulloso*
6. *No se comporta con rudeza*
7. *No es egoísta*
8. *No se enoja fácilmente*
9. *No guarda rencor*
10. *No se deleita en la maldad*
11. *Se regocija con la verdad*
12. *Todo lo disculpa*
13. *Todo lo cree*
14. *Todo lo espera*
15. *Todo lo soporta*

Claramente, como lo revelan los versículos 1-3, es posible que alguien ejercite los dones espirituales sin amor, pero esto sería hacer un uso indebido de ellos. Las características anteriores del amor nos ayudan a aprender a usar los dones correctamente y nos ayudan a identificar los usos incorrectos de los mismos. Por ejemplo, Dios nunca otorga los dones del Espíritu para hacer un reproche precipitado, rudo o irascible. Él no los concede para avergonzar o humillar a los demás, para ayudar a alguien a conseguir la venganza, o para promover la envidia y la contienda. Él no los da para exaltar a los receptores o para gratificar sus deseos egoístas. Al contrario, el

uso apropiado de los dones espirituales siempre promoverá la verdad de la Palabra de Dios, la protección de las almas, la confianza en Dios, la esperanza para el futuro, y la perseverancia en la fe.

Si nosotros somos controlados por el amor, no usaremos indebidamente los dones espirituales. Los operaremos de la manera que Dios quiere, no para la exaltación o la autosatisfacción. No envidiaremos a las otras personas que son usadas por Dios. No transformaremos las palabras proféticas en maldiciones contra las personas. No seremos arrastrados por la adoración heroica, la falsa doctrina o la rebelión que pueden surgir por las manifestaciones espirituales, sino que nuestras prioridades serán amar a Dios, amar la verdad y amar las almas.

LA PERMANENCIA DEL AMOR (I CORINTIOS 13:8-13)

“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.”

Debemos valorar más el amor que los dones espirituales, ya que solamente el amor es eterno. Solo el amor es la esencia del reino eternal de Dios. La permanencia del amor demuestra su superioridad sobre todos los otros dones y virtudes.

Cuando Cristo arrebate a Su iglesia y establezca Su reino eternal ya no necesitaremos los dones del Espíritu, pues vamos a alcanzar toda la madurez y la perfección en Él. Tendremos perfecta comunión con Dios; por tanto, no vamos a necesitar las lenguas o la profecía. Tendremos el conocimiento pleno; por lo cual, no necesitaremos

el conocimiento parcial (“la palabra de sabiduría”).

En esta vida, caminamos por fe, no por vista (II Corintios 5:7). Somos salvos en esperanza, ya que todavía no podemos ver realmente nuestra salvación final (Romanos 8:24-25). Pero un día, veremos todas las cosas claramente (I Corintios 13:12). Cuando el Señor regrese por nosotros ya no vamos a necesitar la fe o la esperanza, pues nuestro viaje habrá terminado y vamos a heredar todas las promesas de Dios. Pero el amor nos seguirá uniendo con Dios y con los demás.

*Cuando el Señor regrese por nosotros ya no vamos a necesitar la fe o la esperanza,
pues nuestro viaje habrá terminado.*

Algunos teólogos afirman que los dones sobrenaturales, particularmente las lenguas, ya han cesado. Si esto es así, entonces también debemos decir, según este pasaje, que la profecía y el conocimiento parcial han cesado, que tenemos una vista y conocimiento perfecto, y por implicación, que ya no necesitamos la fe o la esperanza. Obviamente, este punto de vista es erróneo.

Los dones no cesarán hasta que venga “lo perfecto”, o “la perfección (NTV)”. Algunos dicen que al hablar de “perfección” nos estamos refiriendo a la Biblia, la cual se completó cuando se terminó el Nuevo Testamento. A pesar de que la Biblia es la Palabra completa de Dios para nosotros, ni la iglesia ni el mundo han alcanzado la perfección absoluta y no lo harán hasta después que regrese el Señor a la tierra. La era del Nuevo Testamento aún no se ha terminado, y los propósitos de los dones siguen siendo relevantes.

Pero el amor nos seguirá uniendo con Dios y con los demás.

Asimismo, en griego la palabra “perfección” es *teleios*, la cual es un singular neutro. Pero en el griego se refiere a la Biblia como “las

Escrituras”. En el Nuevo Testamento se usa veinte veces la palabra *graphai*, la cual es un plural femenino, y se usa una vez la palabra *grammata*, la cual es un plural neutro. Gramaticalmente, ninguna palabra concuerda con *teleios*, así que no puede ser un pronombre que sustituye a “las Escrituras”.

I Corintios 1:7 ya ha establecido que los dones perdurarán hasta la Segunda Venida. De modo que, “perfección” se debe referir a este evento o al reino que Cristo establecerá en Su venida.

Alguien ha dicho que la fe descansa en el pasado, la esperanza mira hacia el futuro, pero el amor obra en el presente. El amor es el más importante de los tres porque opera en el eterno presente.

CAPÍTULO SIETE

SABIDURÍA, CIENCIA Y DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

Ahora volvamos a la discusión de cada uno de los dones de I Corintios 12. Los primeros tres que vamos a considerar son la palabra de sabiduría, la palabra de ciencia y el discernimiento de espíritus. Para el bienestar del estudio, los vamos a identificar como *los dones de revelación*, ya que involucran una transmisión directa de comprensión o entendimiento de la mente de Dios a la nuestra.

PALABRA DE SABIDURÍA

El primer don que se enumera en I Corintios 12 es “la palabra de sabiduría”. La palabra griega para “sabiduría” es una palabra estándar, *sophia*. “Sabiduría” significa “entendimiento de lo que es verdadero, correcto o perpetuo; conocimiento...sentido común; buen juicio”. La ciencia es un entendimiento de los hechos, pero la sabiduría es una comprensión de cómo se usan los hechos para tomar buenas decisiones. La sabiduría involucra entendimiento, juicio y orientación.

Dios no imparte toda Su sabiduría, sino una “palabra”, o una porción, de sabiduría. Aquí, la palabra griega para “palabra” es *logos*,

la cual generalmente se refiere a un pensamiento o declaración. El don de “palabra de sabiduría” no concede infalibilidad o dirección divina en todos los asuntos, pero se refiere a una decisión o necesidad específica.

La palabra de sabiduría es un don sobrenatural en el cual se obtiene una porción de entendimiento divino, juicio u orientación para una necesidad específica.

Basándonos en I Corintios 12:8 así como en todo el contexto de I Corintios 12-14, podemos definir la palabra de sabiduría como *el don sobrenatural en el cual se obtiene una porción de entendimiento divino, juicio u orientación para una necesidad específica.*

Dios ha trabajado de forma milagrosa a través de la historia humana, y, por tanto, podemos encontrar paralelismos de los dones del Espíritu en el Antiguo Testamento y en Los Evangelios. Dado a que los dones de I Corintios 12 son dados a los creyentes del Nuevo Testamento, quienes son bautizados con el Espíritu Santo, podemos esperar encontrar instancias específicas de ellos en el libro de Hechos y las Epístolas.

Encontramos un ejemplo de palabra de sabiduría en la historia del viaje del apóstol Pablo a Roma, en el cual iba como prisionero. Aunque Pablo no era un marinero profesional, el Señor le reveló que no era prudente navegar más allá, y él comunicó este mensaje no solo al centurión romano que estaba a cargo de él, sino también al piloto y al patrón de la nave. “Y habiendo pasado mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, por haber pasado ya el ayuno, Pablo les amonestaba, diciéndoles: Varones, veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras personas” (Hechos 27:9-10).

Sin embargo, los profesionales concluyeron que era seguro navegar, y una brisa del sur comenzó a soplar, lo cual parecía confirmar su opinión. Ellos ignoraron las palabras de Pablo e izaron

las velas. Pero no mucho después se encontraron con una violenta tempestad en la cual perdieron tanto el cargamento como la nave. Ellos también pudieron haber perdido sus vidas de no ser por la intervención de Dios y el consejo adicional de Pablo.

En este relato, el entendimiento humano, la experiencia y la observación indicaban que era seguro navegar, y Pablo no tenía la experiencia o la razón humana para pensar lo contrario. Sin embargo, por medio de la sabiduría divina, Pablo sabía que era peligroso zarpar. Dios le dio orientación sobrenatural aparte del juicio humano. A pesar de que el centurión ignoró inicialmente el consejo de Pablo, la palabra de sabiduría le dio tal credibilidad a la luz de los eventos posteriores, que al final todos siguieron sus instrucciones para preservar sus vidas.

Otro ejemplo de palabra de sabiduría es cuando el Espíritu Santo guió a Pablo y a sus compañeros en sus esfuerzos misioneros. El Espíritu les prohibió ir a Asia o Bitinia en ese momento; después, Dios le dio a Pablo una visión, en la cual alguien de Macedonia estaba pidiendo ayuda. El grupo misionero concluyó que Dios quería que ellos fueran a Macedonia. (Ver Hechos 16:6-10.)

En 1976, cuando mi padre era misionero en Corea del Sur, algunos opositores de la iglesia trataron de que lo expulsaran del país, por consiguiente, la organización de la iglesia se disolvió y los bienes fueron conferidos a ellos. Ellos lo acusaron falsamente al gobierno y dijeron que él estaba conspirando para asesinar al presidente. En ese tiempo, el país estaba estrictamente controlado por la dictadura militar y vivían bajo la constante amenaza de un ataque comunista de Corea del Norte. Los actos de espionaje eran comunes, y una vez un grupo de los comandos de Corea del Norte casi llegó a la casa del Presidente, pero fueron descubiertos y murieron en los tiroteos que se dieron en el centro de la ciudad. En 1974 un agente comunista mató a la esposa del Presidente en un intento fallido por asesinarlo a él. Además, había un gran malestar

debido a la oposición política interna. En ese entorno, la Agencia Central de Inteligencia de Corea del Sur tomó este alegato muy en serio. De hecho, el Presidente fue asesinado poco tiempo después.

Pronto, se programó que mi padre predicara en la primera conferencia mundial de la Iglesia Pentecostal Unida Internacional, la cual se llevaría a cabo en Jerusalén. Sin embargo, en oración, él sintió la influencia del Espíritu Santo para no ir, así que canceló sus planes de viaje.

Posteriormente, la CIA coreana realizó una amplia investigación, la cual comprendió un brutal interrogatorio a algunos de los estudiantes del Instituto Bíblico del cual mi padre era Presidente. Eventualmente, el ministro de justicia llamó a mi padre a su oficina y le notificó el desenlace. El gobierno sabía sobre el viaje previsto de mi padre, de modo que inicialmente ellos decidieron que la solución más fácil para resolver el problema era negarle la entrada a Corea después de su viaje. Ellos no querían causar un incidente internacional al expulsarlo del país, pero tampoco querían que se quedara en el país como una amenaza potencial. Debido a que él no realizó el viaje, ellos se vieron forzados a investigar, y su investigación reveló que las personas que lo estaban acusando eran unos mentirosos.

*Dios le concedió dirección divina y
con ello se resolvió la crisis.*

Mi padre no tenía forma humana de saber estos planes y no tenía razón humana para cancelar su viaje. No obstante, Dios le concedió dirección divina y con ello se resolvió la crisis. El plan de los conspiradores se frustró.

En mi propia vida, he sentido la dirección específica de Dios en varias ocasiones. En 1981, obtuve la licencia ministerial; me gradué de la Escuela de Leyes de la Universidad de Texas en Austin, Texas; me casé; y me trasladé a Jackson, Mississippi, para empezar a enseñar en *Jackson College of Ministries* [Universidad de Ministerios

de Jackson]. Cuando mi esposa y yo dejamos Austin, le dije a ella que sentía la impresión que un día íbamos a regresar a Austin a trabajar para el Señor. A través de los años, sentíamos una carga por la ciudad, y en cuatro ocasiones se me acercaron para ofrecerme cargos ministeriales: para empezar un campo blanco, para ser un pastor asistente, y para ser pastor de dos iglesias distintas. En 1986 contemplamos seriamente la idea de comenzar una iglesia nueva allí, por lo cual, consultamos con la familia, los amigos, los líderes espirituales, el presbítero del sector y con el supervisor del distrito. Todas las señales humanas eran alentadoras, sin embargo, no sentíamos la dirección positiva del Señor, así que no lo hicimos.

En 1991, se intensificó nuestra carga. Una vez más, comenzamos a orar, a buscar consejería, y a recopilar la información necesaria. Cuando mi esposa y yo estábamos orando el 31 de diciembre, el Espíritu de Dios vino sobre nosotros. Le pedí al Señor que cumpliera Romanos 8:26 en nuestras vidas: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” Inmediatamente, sentí como si un gran peso estuviera presionando mi pecho, como si me hubiera estado ahogando, y comencé a sollozar y a hablar en lenguas vigorosamente. Nosotros sabíamos que Dios había respondido nuestra oración y muy pronto nos daría dirección. Dos días después, el 2 de enero de 1992, cuando mi esposa y yo estábamos orando sentimos una percepción fuerte de victoria y la confirmación de que debíamos hacer planes inmediatamente para iniciar una nueva obra en Austin. Después de ser aprobados por la junta distrital, nos fuimos.

Dios nos dio la dirección sobrenatural en el momento preciso.

En retrospectiva, el tiempo no pudo haber sido mejor. Sin saberlo, casi al mismo tiempo que nos mudamos a Austin varias familias

también lo hicieron, las cuales más tarde se convirtieron en los pilares de nuestra nueva iglesia. Entre esas familias se encontraba una que había recibido el Espíritu Santo en el movimiento carismático y una que estaba teniendo reuniones de oración en su casa. A finales de los años 80, Austin sufrió una grave crisis económica, pero a principios de los años 90 se dio un auge económico sin precedentes. Antes de que se dispararan los precios de los inmuebles, pudimos comprar una casa y el terreno para una iglesia. En dos años, nuestra tierra valía casi el doble del precio de compra. Humanamente hablando, no pudimos haber anticipado, planeado o previsto estos y muchos otros eventos para llevar a nuestra iglesia a su nivel de crecimiento y avivamiento actual, pero Dios nos dio la dirección sobrenatural en el momento preciso.

La palabra de ciencia es el don sobrenatural que consiste en obtener una porción de información divina para una necesidad específica.

PALABRA DE CIENCIA

El Segundo don de I Corintios 12 es “la palabra de ciencia”. La palabra griega que se usa aquí para “ciencia” es una palabra estándar, *gnosis*. “Ciencia” significa “familiaridad, conocimiento, o entendimiento obtenido a través de la experiencia o el estudio;...la suma o el alcance de lo que se ha percibido, descubierto o aprendido.” Este don implica una revelación de información divina para alguien que no lo puede saber por medios naturales. Mientras que una persona puede saber la información, el receptor la obtiene por el Espíritu.

Así como la palabra de sabiduría, la “palabra” de ciencia no es todo el conocimiento de Dios, sino una porción del conocimiento de Dios. Del texto y contexto de I Corintios 12-14 podemos definir la palabra de ciencia como *el don sobrenatural que consiste en obtener una porción de información divina para una necesidad específica.*

Hechos 5:1-10 proporciona un ejemplo de este don: “Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles. Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró...Pasado un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, no sabiendo lo que había acontecido. Entonces Pedro le dijo: Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto. Y Pedro le dijo: ¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti. Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró...”

Aquí, Dios le reveló milagrosamente al apóstol Pedro información secreta que solo Ananías y Safira conocían. Ellos dijeron que estaban dando el total del precio de la heredad a la iglesia, pero en realidad solo estaban dando una parte. Aunque ellos estaban en el derecho de quedarse con una parte o con todo el dinero, ellos pecaron porque mintieron a la iglesia, y Dios le reveló la verdad a Pedro. Después de que murió Ananías, Dios le reveló a Pedro que Safira tendría el mismo juicio.

Dios le reveló milagrosamente información secreta al apóstol

Pedro.

En Corea, mi madre y otros dos ministros estaban caminando hacia un remoto pueblo costero para orar por un pastor que se encontraba gravemente enfermo. (Mi padre tuvo que asistir a una reunión importante con el Ministerio de Cultura y Educación, el cual tenía jurisdicción de la obra misionera.) Los ministros tomaron un

atajo a través de los campos de arroz, un camino desconocido para mi madre. De pronto, comenzó a nevar fuertemente y la visibilidad se hizo casi nula. Los viajeros comenzaron a caer en las acequias que se encontraban a lo largo de los costados de la ruta. Lo que debió haber sido una caminata de cuarenta y cinco minutos se convirtió en una caminata de dos horas y no parecía haber un final a la vista. El grupo estaba completamente perdido.

Mi madre comenzó a orar fervientemente, y el Señor la instó a dirigirse en la dirección opuesta. Sus compañeros se opusieron fuertemente, diciendo que el camino los llevaría al Mar Amarillo, el cual podía ser peligroso. Mi madre insistió en que Dios le había hablado, de modo que ella se iría en ese sentido. De mala gana, los otros la siguieron. Después de haber caminado una hora, divisaron las luces del pueblo que estaban buscando. Sus manos estaban tan entumecidas que no podían ni tocar la puerta, pero habían llegado a salvo gracias a una palabra de ciencia.

Cuando mis padres se encontraban en Corea, ellos no solo realizaban servicios en inglés para los soldados estadounidenses, sino también cumplían con su trabajo misionero a tiempo completo entre los coreanos. Un día, un soldado y el joven hijo de un sargento mayor fueron a la casa de mis padres por oración. Cuando ellos entraron por la puerta, Dios le reveló a mi padre que el soldado era homosexual. En una reunión de consejería privada, el hombre admitió su homosexualidad, pero mi padre ya había tomado medidas para asegurarse de no estar a solas con ninguno de los jóvenes.

Un domingo en la noche, al final de un servicio de evangelización en Hammond, Louisiana, mi madre recibió la fuerte impresión de Dios que alguien tenía que tomar una decisión definitiva esa noche. Ella le dijo a la congregación, "Hay alguien aquí que no debe abandonar este edificio sin antes hablar con Dios. Siento una gran carga por esto." Unas semanas más tarde, un obrero, quien había estado presente en el servicio, se lesionó en el trabajo y murió.

“Usted oró exactamente de acuerdo a mis necesidades.”

En otra ocasión en Gonzales, Louisiana, mi madre estaba aconsejado a una mujer que había recibido el Espíritu Santo, pero que continuaba viviendo una vida pecaminosa. El Espíritu de Dios vino sobre mi madre y le reveló que algo serio le iba a pasar a la mujer si ella no se arrepentía. En el lapso de una semana, la mujer se encontraba en el hospital con un brazo y una pierna paralizados. Después de que ella se arrepintió en el cuarto del hospital y dedicó completamente su vida al Señor, Dios la sanó.

Varias veces he tenido la impresión de hacer peticiones específicas mientras oro por las personas. Más tarde algunas personas me han dicho, “Usted oró exactamente de acuerdo a mis necesidades”, a pesar de que yo no tenía el conocimiento humano de ellas o de sus situaciones. En 1994, hablé en un retiro para ministros y sus esposas en Pennsylvania. El Señor se movió poderosamente en la última sesión, y comencé a orar por varias personas. Después un pastor me dijo, “Me di cuenta que usted caminó directo hacia donde se encontraba un joven ministro de nuestra iglesia, dejando así a todas las demás personas, y puso sus manos sobre él. Él está atravesando una crisis y debe tomar una decisión importante. Las palabras que usted dijo en la oración concuerdan exactamente con su situación.”

En 1997, una persona que tenía una necesidad apremiante llegó por primera vez a nuestra iglesia en Austin. La iglesia a la que ella usualmente asistía enseñaba el bautismo del Espíritu Santo, pero la mayoría de sus miembros no había recibido esta experiencia. El domingo anterior, el pastor y toda la congregación había orado por esta mujer, pero ella no había sentido el poder de Dios. Cuando ella visitó nuestra iglesia, fui guiado a orar con ella personalmente.

Después, ella le dijo a la persona que la había invitado, “Él oró exactamente de acuerdo a mis necesidades, y Dios me tocó.”

Yo sé que Dios dirigió su oración.”

Un domingo en la mañana, mientras estaba predicando en Austin, sentí la necesidad de decir a la mitad de mi mensaje, “Si hay alguien aquí hoy que no sabe si Dios existe o no, Dios se le revelará si usted le pide que lo haga”. Yo desconocía que una persona que nos estaba visitando por primera vez había llegado tarde, justo antes que dijera mi declaración. Después del servicio, ella me dijo, “Me crié en una denominación tradicional, y sé cómo usar todo el lenguaje religioso correctamente. Nadie, ni siquiera mi propia familia, tiene idea de lo que le voy a decir, pero yo no sé si Dios existe o no. ¿Usted cree que Él realmente se me va a revelar?” Yo le respondí que Él ya había comenzado a hacerlo, pues Él le había hablado a ella a través de mi mensaje. Posteriormente, ella tuvo un encuentro personal con Dios, fue bautizada en el nombre de Jesús, y recibió el Espíritu Santo.

DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

I Corintios 12:10 enumera el don de “discernimiento de espíritus”. Al igual que los otros dos dones que hemos analizado, este don se trata de una revelación de Dios, pero no es una revelación de toda la mente de Dios. No es un don de discernimiento en general, sino específicamente un don de discernimiento de espíritus.

La palabra “discernimiento” significa “distinción del entendimiento y juicio”. Se refiere a la habilidad de hacer una distinción o determinación adecuada, tal como distinguir la verdad del error. Por lo tanto, el discernimiento de espíritus implica la aguda percepción y el juicio con respecto a los espíritus.

Hay tres fuentes posibles de actividad espiritual: Dios y Sus ángeles, el diablo y sus demonios, o el espíritu humano. Por medio del discernimiento de espíritus, nosotros podemos comprender cuál ha motivado una acción determinada. Este don también proporciona información sobre el tipo de espíritu que está debajo de ciertas acciones, así como el espíritu de lujuria, envidia o codicia. Este conocimiento puede ser muy valioso al tratar con o al responder ciertas situaciones. En resumen, el discernimiento de espíritus es el

don sobrenatural que percibe las motivaciones espirituales de una acción, o el tipo de espíritu que está obrando.

El discernimiento de espíritus es el don sobrenatural que percibe las motivaciones espirituales de una acción, o el tipo de espíritu que está obrando.

Encontramos un ejemplo notable de este don en el ministerio de Pablo en Filipos. “Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando. Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (Hechos 16:16-18).

Pablo discernió que esta muchacha estaba poseída por un demonio. Si él no hubiera percibido la verdad, podría haber aceptado sus elogios. Pero si él lo hubiera hecho, podría haber asociado el mensaje del Evangelio con una actividad demoniaca y lo hubiera desacreditado ante los ojos de la gente.

En el primer viaje misionero, Bernabé y Pablo encontraron a un falso profeta llamado Elimas en Pafos, en la isla de Chipre. Cuando ellos le testificaron al procónsul, Elimas trató de apartarlo de la verdad. Pero “...Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor? Ahora, pues, he aquí la mano del Señor está contra ti, y serás ciego, y no verás el sol por algún tiempo. E inmediatamente cayeron sobre él oscuridad y tinieblas; y andando alrededor, buscaba quien le condujese de la mano” (Hechos 13:9-11). Pablo percibió la mala intención y la obra de este falso profeta a través del discernimiento de espíritus, y por medio de la palabra de ciencia él conocía el juicio de Dios que pronto caería sobre Elimas. Como resultado de estos

dones del Espíritu, el procónsul se volvió creyente.

El pecado humano es principalmente el resultado no solo de la naturaleza pecaminosa de la humanidad, sino también de los deseos humanos y las decisiones humanas.

Es importante saber cuando un mal espíritu está trabajando, pero es un error atribuir todos los pecados o todas las acciones incorrectas al trabajo directo de un mal espíritu. A pesar de que el diablo nos tienta a pecar y saca toda la ventaja de las decisiones y acciones equivocadas, el pecado humano es principalmente el resultado no solo de la naturaleza pecaminosa de la humanidad, sino también de los deseos humanos y las decisiones humanas. (Ver Romanos 3:9-12; Santiago 1:14-15). Muchos problemas y errores no vienen directamente del diablo, sino del espíritu humano.

Un ejemplo de esto puede ser cuando una persona está tratando de hablar en lenguas o está intentando dar una interpretación o una profecía a la iglesia, pero el líder del servicio se da cuenta que las palabras no son de Dios. Si la iglesia está siendo incitada por un mal espíritu, el líder tiene que tomar firmemente el control del servicio y reprender al mal espíritu. Por otro lado, se puede dar el caso que las palabras vengan del celo humano, es decir, de un cristiano sincero, pero que está equivocado. En tal caso, sería mejor conducir sutilmente el servicio a la alabanza u oración y más tarde se debe instruir al cristiano inexperto. Si el líder actúa con demasiada severidad, puede herir innecesariamente a la persona sincera o a las demás personas que se encuentran en el servicio. El discernimiento de espíritus es valioso en dichos casos.

En Jackson, Mississippi, un hombre pasó a orar al altar y pronto comenzó a encorvarse, a dar patadas y a retorcerse como si estuviera poseído por un demonio. Varios hombres se reunieron para orar por él, detenerlo y reprender al diablo. Nada parecía ayudar

. Finalmente, el pastor caminó hacia él y le susurró en el oído. Al instante, el hombre dejó su mal comportamiento y salió de la iglesia. El pastor no emitió una poderosa reprobación en el nombre de Jesús, sino que sencillamente le dijo, “Si no dejas de actuar así, voy a llamar a la policía.” Él percibió que el hombre estaba tratando de crear una escena y llamar la atención. Era una demostración carnal, no demoníaca, y se tenía que tratar según correspondía.

En una iglesia en Houston, Texas, una mujer se paró de repente y comenzó a hablar en lenguas a mitad de un servicio al cual asistí. El pastor discernió que ella estaba siendo motivada por un mal espíritu. Él dijo inmediatamente, “Siéntate. Eso no es de Dios”. Después, el continuó con el servicio como si nada hubiera pasado. La congregación reconoció la pertinencia de su acción y el servicio prosiguió positivamente. Si el pastor hubiera permitido que las lenguas continuaran, o si él hubiera permitido que el diablo lo distrajera por un enfrentamiento prolongado con la mujer, el servicio se habría resentido y no se hubiera podido lograr el propósito de Dios.

Cuando mis padres eran misioneros nacionales en Hammond, Louisiana, al final de un servicio mi madre estaba orando por los pecadores en el altar mientras mi padre estaba saludando a los visitantes. De pronto, una mujer comenzó a hablar en lenguas en voz alta y se acercó al altar. Simultáneamente, mis padres discernieron que ella estaba hablando por un mal espíritu. Sin tener ninguna otra señal, los dos comenzaron a caminar hacia ella para que dejara de interrumpir. Ellos descubrieron más tarde que ella estaba viviendo una vida muy pecaminosa y estaba deshonrando al verdadero don del Espíritu Santo con sus manifestaciones engañosas. Un incidente similar ocurrió en un servicio de avivamiento en Corea.

En mi último año de la escuela secundaria en Corea, estaba haciendo senderismo con algunos de mis compañeros de clase. Al pasar junto a un templo budista que se encontraba en la montaña, encontramos a un hombre y a una mujer mayor que acababan de

salir de adorar de ese lugar. El hombre estaba golpeando a la mujer, pero a medida que nos acercamos él dejó de hacerlo y la mujer pudo escapar. Dado a que algunas de las señoritas de mi clase aún se encontraban varios minutos detrás de mí, decidí esperarlas en caso de que el hombre tratara de acosarlas. Mientras observaba al hombre desde lejos, sentí que había un mal espíritu en él, y pensé que me podía atacar. Lo miré directamente a los ojos y suavemente comencé a decir en inglés, “Te reprendo en el nombre de Jesús”. A pesar de que el hombre probablemente no me podía escuchar y, posiblemente, no podía hablar inglés, de repente me habló en inglés y dijo, “¡Odio tu ojos! ¡Odio tus ojos!” Sin embargo, él se mantuvo a la distancia y todos mis compañeros pasaron sin sufrir algún percance. Creo que el Espíritu de Dios dentro de mí lo detuvo, y él sintió esa oposición.

Una mujer de nuestra iglesia en Austin sufría de una depresión crónica, la cual quebrantaba su fe en Dios. A través de un largo proceso fuimos capaces de convencerla que Dios la amaba y que ella podía ser llena con el Espíritu Santo. Después de un año ella recibió el Espíritu Santo. Sin embargo, ella volvió a caer en su estado de depresión, y comenzó a dudar si alguna vez había recibido el Espíritu Santo, e incluso dudaba si alguna vez había sentido la presencia de Dios, a pesar de las distintas ocasiones en las cuales había experimentado dramáticas manifestaciones físicas en las que temblaba y caía bajo el poder de Dios. Ella dejó de asistir a la iglesia, pero la convencí para que asistiera al último servicio que formaba parte de una serie especial. En la iglesia, el evangelista la llamó, indicó que ella estaba siendo atormentada por un espíritu de depresión, y oró por su liberación. Ella declaró victoria esa noche y de una forma totalmente inusual comenzó a correr de arriba hacia abajo por los pasillos y alababa al Señor con exaltación. Desde entonces, ella ha sido fiel en la asistencia, en la adoración con gozo y ha permanecido decidida para mantener su victoria.

En un servicio que se realizó en la cárcel, dos de nuestros

trabajadores de la iglesia en Austin oraron por un prisionero que comenzó a buscar a Dios. De manera independiente, los dos hombres percibieron que el prisionero luchaba con un espíritu de homosexualidad. Al poco tiempo, él le dijo a uno de ellos que necesitaba ser liberado, pero no expresó cuál era su problema. Uno de los trabajadores le preguntó después si necesitaba ser liberado de la homosexualidad, y él dijo que sí. Cuando ellos oraron, ocurrió una transformación visible en su rostro, y él comenzó a hablar en lenguas según el Espíritu le daba que hablase. Después, él testificó que Dios lo había liberado de sus deseos homosexuales.

Resumen

Al igual que todos los dones sobrenaturales, los dones de revelación están potencialmente disponibles para todos los creyentes que están llenos del Espíritu Santo. En tiempos de decisión, urgencia o necesidad, cada uno de nosotros debe clamar al Señor para que nos conceda sabiduría sobrenatural, conocimiento o discernimiento de espíritus, dependiendo de lo que la ocasión amerite.

Los dones de revelación están potencialmente disponibles para todos los creyentes que están llenos del Espíritu Santo.

Por su propia naturaleza, esperamos que estos dones sean más valiosos para aquellas personas que se encuentran en el liderazgo espiritual. Frecuentemente, Dios le dará al pastor orientación sobrenatural para una decisión difícil, conocimiento sobrenatural acerca de un problema escondido en la iglesia, o discernimiento con respecto a un espíritu que se está oponiendo a su ministerio.

Los tres dones que hemos discutido están estrechamente relacionados, y podría haber cierta superposición en ellos. Una persona puede interpretar cierto caso como la manifestación de uno de los dones, mientras que otra persona puede considerar que se trata de un don distinto. Independientemente de nuestra clasificación precisa, todos podemos reconocer los dones como la obra del Espíritu Santo.

Como lo discutimos en el capítulo 2, los dones de revelación son sobrenaturales, pero tienen contrapartes en la vida natural y espiritual diaria. Todas las personas, incluso los pecadores, pueden tener sabiduría, ciencia, y discernimiento terrenal. Los cristianos, por otra parte, pueden y deben alcanzar la sabiduría, ciencia y discernimiento espiritual. Sin embargo, aparte de estos dos niveles, se encuentran los dones sobrenaturales de palabra de sabiduría, palabra de ciencia y discernimiento de espíritus, los cuales operan en tiempo de una necesidad especial. En la actualidad, la iglesia necesita la obra de estos dones para funcionar como Dios quiere y para frustrar las artimañas de Satanás.

CAPÍTULO OCHO

FE Y MILAGROS

Los siguientes tres dones que vamos a discutir son *los dones de poder*, estos son, la fe, los dones de sanidad y el hacer milagros (I Corintios 12:9-10). Usamos esta descripción porque estos dones involucran obras visibles que vienen con el poder de Dios. Usualmente, estos dones trabajan conjuntamente. Por ejemplo, la fe puede conllevar a el hacer milagros.

FE

Fe significa seguridad, confianza, aceptación sin pruebas tangibles, dependencia, compromiso. Todos los hijos de Dios poseen la fe que salva y viven todos los días por fe (Romanos 1:16-17). Además, todos los cristianos deben manifestar la fe, o la fidelidad, como un fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Pero I Corintios 12 describe un don sobrenatural de fe que trasciende la fe que se requiere para la salvación y la vida cristiana. Aunque todos pueden y deben ejercitar regularmente la fe en Dios, el don de fe es una medida extraordinaria de fe que posee un individuo en un situación especial.

El don de fe es la habilidad sobrenatural de confiar en Dios, o el hecho de inspirar sentimientos de confianza en Dios, para una necesidad o circunstancia particular.

Por tanto, el don de fe es *la habilidad sobrenatural de confiar en Dios, o el hecho de inspirar sentimientos de confianza en Dios, para una necesidad o circunstancia particular*. Generalmente, este don viene en respuesta a una prueba o crisis que abruma a una persona, por lo cual Dios concede una fe especial para triunfar a pesar de las circunstancias. Se puede atravesar una situación en la que parece no haber una salida, pero Dios da la fe para sacar una montaña fuera del camino.

Cuando Pablo naufragó en Hechos 27, los marineros perdieron toda esperanza de vida. Pero un ángel se le apareció a Pablo y le aseguró que Dios lo iba a librar a él y a sus compañeros de viaje. En Hechos 27:25, Pablo les habló con confianza: “Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho.” Aunque no había ninguna razón humana para tener esperanza, Dios le dio a Pablo la capacidad de creer que, tanto él como los incrédulos que se encontraban a bordo, serían protegidos y librados de esa situación que parecía imposible. En tal situación, aunque un hijo de Dios sea lleno del Espíritu Santo, también puede llegar a pensar que se va a producir un desastre. Una persona puede tener plena confianza en Dios y a la vez puede concluir que el fin de su vida ha llegado. De hecho, esta sería la única conclusión lógica bajo esas circunstancias. En otras palabras, la fe para la salvación y la vida cristiana no resulta automáticamente en fe para obtener una liberación milagrosa.

El don de fe puede operar incluso cuando ninguna liberación milagrosa es inminente. Esteban estaba “lleno de fe y del Espíritu Santo” (Hechos 6:5), y él demostró una fe increíble cuando fue apedreado hasta morir, su fe iba más allá de la capacidad

normal de los seres humanos. En vez de manifestar miedo, ira, amargura o dolor, él enfrentó con valentía el martirio y con un espíritu de perdón como el de Cristo, lo cual fue únicamente posible por el Espíritu Santo. “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios...Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió” (Hechos 7:55, 60).

En 1978, uno de mis primos, quien era predicador, fue asesinado a la edad de veinticuatro años en un trágico accidente en Alabama. Otro predicador, amigo de él, le disparó por error mientras se encontraban cazando juntos. Mi tío, el padre del hombre que fue asesinado, había perdido a su esposa a causa de cáncer cinco años atrás; ella tenía alrededor de cuarenta años cuando esto sucedió. El amigo que había matado accidentalmente a mi primo fue a la funeraria en donde yacía el cuerpo, pero comprensiblemente estaba reacio a ver a la familia.

Cuando mi tío escuchó que él estaba allí, insistió en conocerlo. Aunque lloraba la pérdida de su hijo, él ministró al joven, diciéndole, en esencia, “No se torture por la culpa. A Satanás le gustaría usar este evento para destruir su ministerio, pero usted debe seguir adelante, debe hacer la obra que Dios lo ha llamado a hacer, y ayude a terminar la obra que mi hijo dejó inconclusa. Dios pudo haber prevenido milagrosamente este accidente, pero no lo hizo, y nosotros debemos aceptar lo que ha ocurrido. Yo lo perdono por el error que cometió. Ahora, los dos debemos poner todo en las manos de Dios.” Después, los dos oraron, lloraron y hablaron en lenguas. Seguramente, fue el don de fe el que permitió que mi tío actuara de una forma semejante a Cristo, a pesar de que estaba atravesando la circunstancia más sombría.

En 1980, la iglesia en Corea enfrentó la gran necesidad de unas instalaciones para el Instituto Bíblico. Mis padres obtuvieron un permiso especial de la Junta de Misiones Extranjeras para viajar por

los Estados Unidos con el fin de recaudar los fondos que se necesitaban, a pesar de que todavía no era el tiempo para que lo hicieran. Después de viajar por tres meses, aún estaban lejos de lo que necesitaban. Una noche ellos asistieron a la reunión del campamento anual en Louisiana y se sentaron en la parte trasera del tabernáculo. A mitad del mensaje, el orador de la tarde sintió la impresión de que debía parar y hacer un llamamiento para suplir su necesidad. Él sacó un cheque de su bolsillo, el cual representaba el precio de un camión que había vendido ese día, y lo donó para el proyecto del Instituto Bíblico.

Un espíritu de sacrificio llegó a la congregación, y las personas pasaban al frente con ofrendas sacrificiales, tal como dinero en efectivo, grabadoras, relojes, anillos y abrigos. En casi diez minutos, las personas dieron cincuenta y cinco mil dólares, lo cual era suficiente para suplir la necesidad. Esta ofrenda trascendió la generosidad humana; esto fue organizado divinamente. Un espíritu de fe extraordinaria surgió en el orador y sobrecogió a la congregación a medida que ellos iban más allá de sí mismos y permitían que Dios obrara a través de ellos para cumplir Su propósito.

Un espíritu de fe extraordinaria surgió en el orador y sobrecogió a la congregación.

Cuando yo era maestro y administrador de *Jackson College of Ministries* [Universidad de Ministerios de Jackson], le dimos empleo a un ministro bautista independiente que recientemente se había bautizado en el nombre de Jesucristo y había sido lleno del Espíritu Santo. Él era afroamericano, por lo cual tenía muchos contactos en la comunidad religiosa afroamericana y tenía la fuerte carga de ver a sus amigos y colegas recibir el mismo mensaje y experiencia que había transformado su vida. Juntos, en 1985, diseñamos un plan para alcanzarlos. Desde que él supo que había muchos ministros que querían recibir formación teológica, pero no lo hacían porque no

tenían la oportunidad para recibirla, decidimos ofrecer por la tarde una clase titulada “La Teología de Hechos”. Aproximadamente, se inscribieron veinte predicadores y diáconos. Además de nosotros dos, quienes éramos los que organizaban la clase, muchos otros ya habían sido bautizados con el Espíritu Santo, pero la mayoría no lo había recibido. Comencé con Hechos 1 y enseñé sobre el arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesús, el bautismo del Espíritu Santo, el hablar en lenguas, y entre otros. Al finalizar la cuarta lección, sentí que era el tiempo preciso para que Dios se moviera de una manera especial. Hice un reconocimiento de la experiencia previa de mis estudiantes con Dios, pero los insté a seguir adelante para recibir todo lo que Dios tenía para ellos. Les expliqué que la única forma de hacerlo no era confiando en los logros del pasado, sino acercándose a Dios con humildad, arrepentimiento y sumisión. Le pedí a todos los que querían ser llenos del Espíritu y a todos los que querían un ministerio apostólico que se pararan y pasaran al frente. Luego, les dije que confesaran todos sus pecados a Dios y que rindieran sus vidas por completo. Después de que lo hicieron, ellos comenzaron a alabar a Dios y agradecerle por Su promesa. Su adoración era la señal que ellos estaban listos para recibir el Espíritu Santo, de modo que puse las manos sobre ellos de acuerdo a los ejemplos que se encuentran en el libro de Hechos. En ese momento, ellos debían creer en Dios para recibir el bautismo del Espíritu Santo.

Una fe trascendente invadió el salón de clases.

A medida que seguíamos este plan sencillo, la fe comenzó a aumentarse y el poder de Dios se derramó. Nadie le dijo a los estudiantes que debían pasar horas, días, semanas, o meses pidiendo el Espíritu o que ellos tenían que buscar al Señor muchas veces antes de recibir el Espíritu Santo. Ellos solamente sabían lo que yo les había enseñado en la Biblia. Todos comenzamos a orar,

y en casi quince minutos, cinco predicadores y diáconos recibieron el Espíritu Santo con la señal inicial de hablar en lenguas. Una fe trascendente invadió el salón de clases, la cual estaba obrando en los miembros que estaban llenos del Espíritu e inspiraba a los demás para recibir su propio Pentecostés personal.

EL HACER MILAGROS

Un milagro es “un evento que parece inexplicable para las leyes de la naturaleza, por lo cual, se considera que su origen es sobrenatural o que es un acto de Dios”. Es un suceso extraordinario e inusual que suspende o trasciende las leyes de la naturaleza que nosotros conocemos. Este requiere de la intervención directa de Dios. Por supuesto, para Dios todas las cosas son posibles, y lo que para nosotros es un milagro, para Él es un procedimiento normal. Dios es el Creador, y como tal, Él puede obrar en formas que son imposibles para nosotros.

El hacer milagros es la intervención sobrenatural de Dios que trasciende las leyes de la naturaleza en una situación y opera a través de o con un vaso humano.

En un sentido general, todas las respuestas a la oración, todos los dones espirituales y todas las sanidades divinas son milagrosas. (Ver, por ejemplo, Hechos 19:11-12.) Sin embargo, I Corintios 12 enlista “el hacer milagros” como un don específico que es diferente de los demás, incluyendo a las sanidades. La palabra “hacer” (del griego *energema*) indica una operación específica de Dios, y ya que “el hacer milagros” es un don “para” alguien, este indica una operación a través de, con, o por medio de un miembro del cuerpo de Cristo. Dios puede hacer milagros en las vidas de los pecadores, pero el don de hacer milagros denota la acción de Dios a través de Su iglesia. En resumen, el hacer milagros es *la intervención sobrenatural de Dios que trasciende las leyes de la naturaleza en una situación y opera a*

través de o con un vaso humano.

La iglesia del Nuevo Testamento recibió el don de hacer milagros en numerosas ocasiones. El Espíritu transportó a Felipe de Gaza a Azoto (Hechos 8:39-40). Un ángel liberó milagrosamente a Pedro de la prisión, mientras que la iglesia oraba por él (Hechos 12:5-11). Los demonios eran expulsados de las personas que estaban poseídas (Hechos 8:6-7; 19:11-12). Un joven llamado Eutico se durmió durante un largo sermón de Pablo, se cayó del tercer piso, se quebró el cuello, y murió, pero después Pablo lo ministró personalmente y él se levantó de entre los muertos (Hechos 20:9-12). Más que la sanidad de un enfermo o discapacitado, este evento fue un milagro de resurrección y de la restauración de una vida natural. Del mismo modo, Dios resucitó a Tabita (Dorcas) de entre los muertos por medio de la oración de Pedro (Hechos 9:36-42). Pablo fue protegido milagrosamente cuando una víbora lo mordió (Hechos 28:3-6).

Algunos milagros son evidentes solo para los que creen, ya que los incrédulos ofrecerán una explicación natural o darán crédito a la suerte o a la casualidad. No obstante, otros milagros desafían a cualquier explicación racional.

Por definición, los milagros son extraordinarios y excepcionales. Al igual que con todos los dones espirituales, debemos esperar el hacer milagros, pero no debemos pensar que podemos operar nuestras vidas mediante este milagro. Por ejemplo, a pesar del milagro de Felipe, los apóstoles no dependían del Espíritu como su medio normal de transporte. La mayoría de los cristianos del primer siglo que fueron arrestados, no fueron liberados milagrosamente de la prisión, y la mayoría de los que murieron no fueron resucitados.

En la actualidad, algunas personas esperan que Dios supla todas sus necesidades de una manera milagrosa, pero Dios tiene un plan más terrenal para la vida cotidiana, el cual incluye trabajo arduo, buena mayordomía, y pago de diezmos y ofrendas. El principio general es, "...Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma." (II Tesalonicenses 3:10). Algunos sienten envidia de las casas o carros

de los demás, pero fallan en reconocer que, mientras que Dios es el que ha bendecido a los dueños, en muchos casos dichas posesiones son el resultado de años de trabajo, disciplina, mesura, ahorro y planificación.

Debemos confiar que Dios va a suplir nuestras necesidades, así también debemos tener la certeza que Él responderá a nuestra oración y hará milagros, pero no debemos descuidar nuestra responsabilidad cotidiana de actuar prudentemente y de acuerdo con las leyes de la naturaleza, la sociedad y la economía. Nosotros no demostramos la fe a través de la falta de acción, sino por medio de las obras, es decir, haciendo todo lo que podemos y todo lo que sabemos hacer.

Los milagros en la iglesia primitiva no solo satisfacían necesidades genuinas, sino también eran particularmente efectivos para difundir el Evangelio. (Ver Hechos 9:42.) Actualmente, Dios todavía concede milagros y lo hace como un medio eficaz para promover la verdad y el fortalecimiento de la iglesia.

En 1981, cuando comencé a trabajar en *Jackson College of Ministries* [Universidad de Ministerios de Jackson], el Instituto acababa de sufrir un cambio traumático en la administración y se encontraba en una crisis espiritual y financiera. Durante los siguientes cuatro años, Dios nos ayudó a reconstruir, comenzando con 163 estudiantes y terminando con 292 estudiantes. Sin embargo, humanamente hablando, se dudaba que el Instituto fuera capaz de sobrevivir durante los primeros semestres. Ciertamente, en un momento dado, el Presidente entró en negociaciones, de manera secreta, para vender las instalaciones a otro grupo. Durante este tiempo, muchas personas oraron fervientemente para que Dios satisficiera las necesidades.

Justo antes de que el Presidente se reuniera con los compradores potenciales, entró en mi oficina un hombre metodista de un vecindario cercano. Él quería pagar los diezmos de un gran ingreso que había recibido por un proyecto de construcción. Él se había mudado a una

a nueva casa en otro lugar, pero no había podido vender su antigua casa, de modo que se le ocurrió donarla como un medio par pagar sus diezmos. Su iglesia no necesitaba una casa pastoral, pero, mientras conducía por el camino, él vio nuestra universidad y concluyó que nosotros podríamos tener dicha necesidad. Después de unos minutos de conversación preliminar, él ofreció donar su casa a nuestro Instituto.

Me puse en contacto con nuestro Vicepresidente para concertar una cita con el dueño y ver la casa. En el camino, el dueño de la casa casualmente preguntó a qué organización estaba afiliada nuestra iglesia. El Vicepresidente le dijo que éramos Pentecostales, pero en un intento por construir una buena relación, le explicó que éramos muy parecidos a los metodistas de los tiempos antiguos. El hombre respondió que él era un metodista moderno, pero no retiró su oferta. En la transferencia oficial de la propiedad, su esposa comentó, mientras firmaba los documentos con él, que ella no sabía qué lo había hecho decidirse y darnos la casa a nosotros.

Desde nuestra perspectiva, su regalo fue un milagro de Dios en respuesta a muchas oraciones. Después de vender la casa y pagar la deuda restante, la universidad obtuvo una ganancia aproximada de sesenta mil dólares. Esta donación no solo suplió la necesidad financiera inmediata, sino también proporcionó el estímulo y la confirmación que se necesitaban en un momento crucial.

Su regalo fue un milagro de Dios.

En 1988, nuestro misionero de Europa del Este me pidió que lo acompañara a Bulgaria, un país estrictamente comunista, para realizar las primeras reuniones que serían patrocinadas por la Iglesia Pentecostal Unida. Recientemente, él había contactado a un grupo considerable de creyentes clandestinos que habían recibido el Espíritu Santo y que estaban interesados en nuestro mensaje. Viajamos en carro de Austria a Yugoslavia y llevamos un manuscrito

de mi libro titulado *La Unicidad de Dios*, el cual había sido traducido al búlgaro. Lo pusimos en el tablero trasero del carro, debajo de un paquete, y teníamos la esperanza que los guardias de la frontera nos considerarían como turistas y no buscarían cuidadosamente. Sabíamos que una búsqueda minuciosa seguramente descubriría el manuscrito, y mientras más cuidadosamente estuviera escondido, más inculinatorio parecería cuando lo encontraran. Si ellos decidían que habíamos intentado introducir deliberadamente contrabando, las consecuencias para nosotros podrían ser graves.

Cuando llegamos a la frontera, el capitán de los guardias indicó que se tenía que hacer una búsqueda especial en nuestro carro. Nos tuvimos que parquear en un garaje, donde un guardia registró el vehículo de adelante hacia atrás, debajo del capó y debajo del chasis. Él me cuestionó por una revista *National Geographic* que llevaba para leer durante mis tiempos libres. Él estaba tan preocupado por esta pieza inofensiva de literatura que yo temía por la forma en que reaccionaría cuando descubriera el documento religioso que teníamos. Oré silenciosamente y sonreí. A medida que el guardia continuaba su búsqueda, él descubrió el manuscrito y su mano lo pasó rozando. Se encontraba a la vista, con el título en búlgaro claramente legible, sin embargo, nunca lo vio. Después de haber buscado por una hora, el guardia finalmente nos indicó que prosiguiéramos. Nosotros sabíamos que Dios nos había protegido a través de un milagro.

*Sabíamos que Dios nos había protegido
a través de un milagro.*

En diciembre de 1990, después de Navidad, mi esposa, mis dos hijos y yo viajamos en nuestra camioneta de Austin a St. Louis. En Oklahoma nos encontramos con hielo en la carretera interestatal, de modo que reduje la velocidad. Lamentablemente, un camión que estaba detrás de nosotros continuó manejando a alta velocidad, nos

rebasó, y de pronto se desvió en frente de nosotros para evitar una colisión con otro camión y un remolque que acababa de comenzar a colear en la carretera. Intenté frenar hasta el último minuto.

Tan pronto como frené, perdí el control de mi camioneta y sabía que prontamente colisionaríamos. Mi esposa gritó, “¡Jesús!” En ese momento, el camión, delante de nosotros, se fue para un lado, se salió de la carretera y se detuvo sin causar un accidente o herir a alguien. Recuperé el control de nuestra camioneta y seguimos adelante, alabando a Dios por Su protección. Literalmente, nos habíamos salvado de un gran accidente por unas pulgadas.

Mientras tanto, mi suegra, quien se encontraba en Austin, estaba muy preocupada porque se enteró de las condiciones climáticas del lugar en donde estábamos manejando. Ella oró con una gran carga hasta que Dios le dio una visión, en la cual observó que nuestra camioneta reposaba bajo el cuidado de un ángel. Su visión en sí era un milagro, y nos confirmó que Dios había realizado un milagro de protección en nuestro momento de necesidad.

En octubre de 1995, en una reunión de oración en nuestra iglesia en Austin, Dios nos habló en lenguas y nos dio la interpretación en un momento crítico. En esa ocasión, Él nos prometió que dentro de poco tiempo veríamos un milagro. Cinco días después, en un servicio de misiones, el abuelo de mi esposa se cayó de su asiento y quedó inconsciente. Él dejó de respirar, perdió todo el color, y no tenía pulso. Su cuerpo estaba flácido, su mandíbula estaba floja, sus ojos estaban en blanco, y su piel estaba pegajosa. Nos pusimos a su alrededor y comenzamos a clamar el nombre de Jesús.

Al principio, no obtuvimos ninguna respuesta, pero a medida que continuamos orando, él tosió y comenzó a respirar nuevamente. Cuando llegó el personal médico de emergencia, él estaba consciente y se encontraba bromeando, su color había vuelto, y todos sus signos vitales eran normales.

Después de realizar extensas pruebas en el hospital, los doctores no encontraron indicios de un derrame cerebral, infarto, o de algún

otro evento que amenazara su vida. Sin embargo, los médicos descubrieron que el noventa y nueve por ciento de su arteria carótida estaba bloqueada, y por ello tuvieron que realizar una cirugía inmediata. Mientras que se encontraba en el hospital, él sufrió un leve derrame cerebral, del cual ya casi se recuperó en su totalidad.

Debido a que los doctores no encontraron ningún daño, ellos llegaron a la conclusión de que él solo se había desmayado cuando estaba en la iglesia. Sin embargo, los que estábamos presentes cuando eso ocurrió, teníamos la certeza de que él había llegado al borde de la muerte debido a un derrame cerebral, pero el Señor intervino milagrosamente, detuvo el derrame cerebral, lo revirtió y lo resucitó de los muertos.

CAPÍTULO NUEVE

SANIDAD

Además de la fe y el hacer milagros, los dones de poder abarcan el “don de sanidad” (NTV) o los “dones de sanidades” (RVR 1960) (I Corintios 12:9). “Sanar” significa “restaurar o afirmar la salud; curar;...corregir; reparar;...restaurar (a una persona)...completamente.”

En un sentido más amplio, la sanidad se puede referir a la restauración física, mental y espiritual. En la experiencia de la conversión, todos los cristianos reciben la sanidad espiritual, incluyendo el perdón de pecados, la reconciliación con Dios, y una nueva vida espiritual. A medida que crecen en la gracia, ellos comienzan a desarrollar atributos emocionales y espirituales positivos, tal como el amor, la paz, el gozo, y la templanza, los cuales son lo que la Biblia llama el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-23).

No obstante, I Corintios 12, habla de casos concretos de sanidad, los cuales son dados a ciertos individuos, pero no a todos.

La sanidad física y mental va más allá de la restauración espiritual y emocional que todos los cristianos pueden y deben recibir como parte de su nueva vida en Cristo. Los ejemplos de sanidad que se encuentran en los Evangelios y Hechos corresponden a este significado.

Los dones de sanidades son diversas formas de cura sobrenatural o de restauración de enfermedades, padecimientos, lesiones y otros deterioros.

Este don es el único que aparece en plural; en realidad, hay muchos dones de sanidad. El plural indica que hay varios tipos de sanidad e implica tanto la sanidad de diferentes condiciones, como las distintas formas en que se realiza la sanidad. Con estos puntos en mente, podemos definir los dones de sanidades como las *diversas formas de cura sobrenatural o de restauración de enfermedades, padecimientos, lesiones y otros deterioros*.

Existen muchos relatos de sanidad en el Nuevo Testamento, incluyendo el del hombre cojo en el templo; las multitudes en Jerusalén; muchas personas parálíticas y cojas en Samaria; Saulo de Tarso, quien fue sanado de la ceguera; un hombre postrado en cama llamado Eneas, quien se encontraba en Lida (Hechos 3:1-8; 5:14-16; 8:7; 9:17-18, 32-34).

Muchas sanidades milagrosas han ocurrido en la vida y en el ministerio de mis padres. En 1963, cuando mi familia se estaba preparando para ir a Corea, estuvimos involucrados en un grave accidente automovilístico, el cual causó muchas heridas. Mi padre se quebró los dos brazos y se rompió el nervio de su brazo derecho. Él no pudo controlar su mano derecha por varios meses, y su doctor le dijo que nunca la volvería a usar. No obstante, para gran sorpresa del médico, una noche en la iglesia Dios sanó por completo la mano de mi padre y la restauró inmediatamente para que pudiera hacer pleno uso de ella.

En Mokpo, Corea, un hombre fue sanado instantáneamente de un brazo y un hombro que estaban paralizados cuando mi padre oró con él. En Seúl, Corea, una mujer fue liberada de unas voces que constantemente decían palabras violentas y maldiciones en su mente, y una niña de doce años fue sanada de una discapacidad auditiva severa. Yo me encontraba en el servicio en cada una de estas

ocasiones y vi a la persona que había sanado. Una mujer coja llegó en una silla de ruedas a una cruzada que se realizó en Seúl y fue sanada; yo vi cuando ella caminaba gozosamente por el escenario del auditorio que se había rentado. Otras sanidades instantáneas notables que ocurrieron en Corea fueron: la sanidad de un hombre con un oído sordo; la sanidad de una niña que tenía tuberculosis y que había perdido el uso de un pulmón y la mayoría del otro; y, la sanidad de una mujer que se encontraba en las últimas etapas de cáncer de mama.

En 1984, prediqué sobre el poder del nombre de Jesús un domingo en la noche en Poplarville, Mississippi. Una mujer que estaba en una silla de ruedas se acercó para pedir oración. Ella había sufrido un derrame cerebral, y su doctor le dijo que ya nunca iba a poder caminar. Cuando estábamos orando, ella se levantó lentamente de su silla con la ayuda de alguien más y dio unos pasos vacilantes. Ella se alegró mucho, pero eso era solamente el comienzo. Cada día ella iba progresando de una mejor manera, hasta que eventualmente recuperó toda su habilidad para caminar. El doctor le dijo a su pastor, “Ella es un milagro.”

Mientras estaba predicando en Cseteny, Hungría, en 1987, alguien trajo a una señorita que sufría una discapacidad mental desde su nacimiento. Al orar por ella, sentimos el poder de Dios, pero no hubo un cambio visible en su condición. Cuando regresé en 1988, su progreso había sido tan dramático que su familia, quienes habían sido incrédulos, confesó que lo que había sucedido era un milagro y se volvieron cristianos.

Su familia, quienes habían sido incrédulos, confesó que lo que había sucedido era un milagro y se volvieron cristianos.

En un seminario y servicio de avivamiento que se realizó un fin de semana en Petrovac, Yugoslavia, en 1988, oramos por una mujer que se encontraba en el hospital. Ella se recuperó milagrosamente, fue a

la iglesia, y recibió el Espíritu Santo en el momento que pusimos las manos sobre ella.

En una reunión de oración que se llevó a cabo en nuestra iglesia en Austin, Texas, en octubre de 1995, Dios nos habló por medio de lenguas e interpretación y nos prometió sanidad. Esa noche, mi suegra recibió esa promesa y fue sanada instantáneamente de una grave lesión en la espalda que había sufrido en un accidente automovilístico hacía dos años.

Un misionero de Asia contrajo una forma incurable y mortal de hepatitis, por lo cual se vio obligado a regresar a casa. Sus doctores le dijeron que él ya no podría viajar o vivir en Asia. Varios meses después, mientras él asistía a nuestra iglesia, nosotros y muchas personas más oramos por su sanidad. Milagrosamente, él comenzó a mejorar, su salud fue restaurada por completo, y unos meses más tarde recibió la confirmación de sus doctores para poder reanudar su trabajo misionero.

En 1997, una mujer que sufría de una depresión severa llegó a nuestra iglesia en Austin, ella estaba contemplando seriamente el suicidio y había tomado algunas medidas para cumplir ese propósito. Dios la llenó con Su Espíritu Santo, Él la sanó de su depresión, y la liberó de los pensamientos suicidas.

SANIDAD EN LA EXPIACIÓN

La sanidad es el don más prominente en las Escrituras, y esto probablemente se da por varias razones: es más visible, suple de una manera más directa las necesidades humanas urgentes, y es particularmente efectiva en el evangelismo. La sanidad está íntimamente relacionada con el plan de salvación de Dios, el cual Él diseñó para revertir todas las consecuencias del pecado. Él nos creó tanto como seres físicos como espirituales, y Su objetivo final es redimirnos física y espiritualmente.

De hecho, la Biblia declara que Jesucristo compró nuestra

sanidad como parte de la Expiación: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4-5).

Muchas personas argumentan que esta sanidad es exclusivamente espiritual, pero la salvación de Dios es para toda la persona. Mateo 8:16-17 explica que la sanidad física es el cumplimiento de Isaías 53:5: “Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.”

Lo que Jesús hizo por la iglesia primitiva, lo hará por la iglesia de hoy.

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Lo que Él hizo por la iglesia primitiva, lo hará por la iglesia de hoy. Él prometió, “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:12-14).

Cuando decimos que la sanidad es parte de la Expiación, queremos decir que la muerte de Cristo, Su sepultura y Su resurrección son la base de nuestra sanidad, así como de nuestra salvación. Esto no quiere decir que si tenemos fe para ser salvos, entonces, automáticamente seremos sanados, o que si alguien no es sanado significa que no es salvo. Debemos darnos cuenta de que algunos de los beneficios de la Expiación son inmediatos, mientras que otros son futuros.

Hoy es el día de salvación, en el sentido de recibir perdón de pecados y el nuevo nacimiento, y todos pueden disfrutar de estos beneficios de forma inmediata. Pero otros aspectos de nuestra salvación todavía están por venir.

Aún estamos esperando la redención del cuerpo en el sentido último de la glorificación. (Ver Romanos 8:23; Filipenses 3:20-21.) Mientras que parte de la sanidad está disponible en esta vida, la sanidad completa vendrá con la resurrección. Lo que no recibimos en este momento, lo recibiremos después. Pero el sacrificio de Cristo es la base para todas las cosas que recibimos, tanto ahora como por la eternidad.

Cuando comprendemos que la sanidad no viene solo por un capricho, sino porque Cristo la ha comprado por nosotros, podemos orar con gran confianza para recibirla. Vamos a discutir las razones por las que no siempre recibimos sanidad instantánea, pero estas razones no nos deben impedir el hecho de demandar las promesas de Dios. Debemos esperar la sanidad como la voluntad general de Dios, y no debemos perder la fe en caso de que no venga en el tiempo o la forma que nosotros esperamos. Incluso si nos morimos mientras estamos esperando la sanidad, no hemos sido derrotados, ya que recibiremos un cuerpo glorificado e inmortal en la resurrección.

LA SANIDAD PROGRESIVA

Algunas veces la sanidad viene instantáneamente; otras veces viene de manera gradual o progresiva. El cuerpo humano tiene un mecanismo de sanidad incorporado. Cuando nos cortamos un dedo, lo habitual es que sane por sí solo, si lo mantenemos limpio y libre de infección. Dado a que Dios diseñó nuestros cuerpos con su maravillosa habilidad de recuperarse, podemos decir en un sentido general que toda la sanidad es de Dios. En realidad, un cirujano no sana el cuerpo, sino que corrige un problema para que el cuerpo se pueda sanar por sí mismo. Del mismo modo, Dios puede remover sencillamente lo que está impidiendo que el cuerpo se cure a sí mismo y, después, Él permite que el mismo vuelva a funcionar normalmente. En tal caso, la sanidad será gradual, pero sigue siendo de Dios.

Incluso en la Biblia, algunas de las sanidades eran graduales.

La mayoría de relatos de sanidad que se encuentran en las Escrituras describen una sanidad instantánea. Estos casos son los más notables y nosotros los debemos esperar con toda seguridad. No obstante, incluso en la Biblia, algunas de las sanidades eran graduales. Cuando los diez leprosos le pidieron a Jesús que tuviera misericordia, Él les dijo que se presentaran a los sacerdotes, y mientras iban, fueron sanados (Lucas 17:12-14). Aunque su sanidad ocurrió rápidamente, esta no era evidente cuando ellos la pidieron o cuando estaban con Jesús, sino que se notó más adelante.

Una vez, cuando Jesús sanó al hombre ciego, Él tuvo que volver a tocarlo (Marcos 8:22-25). Después de la primera vez que el Señor lo tocó, el hombre podía ver a los hombres como árboles caminando, pero después del segundo toque, él podía ver todas las cosas claramente. Quizás ese proceso era necesario para incrementar la fe del hombre. En todo caso, este relato revela que alguien puede recibir una sanidad parcial, por ello necesita de una fe continua y paciencia para recibir la sanidad total.

Además, la Biblia revela que algunos de los cristianos del Nuevo Testamento sufrieron enfermedades por un tiempo y no recibieron la sanidad inmediata. Pablo escribió acerca de un predicador del Evangelio que había estado gravemente enfermo durante mucho tiempo: “Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades; porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado. Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza” (Filipenses 2:25-27). Pablo también mencionó a otro predicador que se encontraba enfermo: “Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo dejé en Mileto

enfermo” (II Timoteo 4:20).

*Alguien puede recibir una sanidad parcial,
y por ello necesita de una fe continua y paciencia para recibir la
sanidad total*

Finalmente, otro ministro, Timoteo, tenía una enfermedad crónica debido a una constitución débil. Pablo le aconsejó, “Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Timoteo 5:23). Aparentemente, Pablo le recomendó que bebiera una nutritiva bebida hecha de jugo de uva en vez de agua, la cual podría ser insalubre. En todo caso, él demostró que aunque los cristianos siempre confían en Dios para recibir sanidad y fortalecimiento, ellos deben seguir principios de buena nutrición y salud.

Estos pasajes no culpan a los creyentes que se encuentran enfermos por sus enfermedades, sino que demuestran que no es inusual que un cristiano se enferme. Nosotros todavía tenemos un cuerpo mortal y vivimos en un mundo caído, por lo cual no somos inmunes a las enfermedades, pruebas y tribulaciones de la vida cotidiana. No debemos ver la enfermedad como una derrota, sino como una oportunidad para recibir la sanidad. Ya sea que recibamos una sanidad instantánea o una sanidad gradual, debemos dar la gloria a Dios. Si sufrimos por un tiempo antes de la recuperación, entonces aprendemos paciencia, confianza y otras lecciones de Dios. Si morimos en fe, como todos lo haremos algún día (a menos de que ocurra el Rapto), todavía tendremos nuestra recompensa eterna.

EL PAPEL DE LOS DOCTORES Y LA MEDICINA

Ya sea en la salud o en la enfermedad, debemos poner nuestra confianza en Dios. Cuando nos enfermamos, debemos buscar primeramente, ante todo y siempre, a Dios para obtener sanidad y liberación. No debemos poner nuestra fe en los doctores o en la

medicina en vez de Dios, pero no es malo consultar a los médicos o tomar medicina. Pablo describió a Lucas, su compañero de trabajo, como “el médico amado” sin condenarlo por su profesión (Colosenses 4:14).

Los doctores realizan muchos servicios valiosos. Ellos nos educan en los principios de buena salud, tal como la dieta adecuada, el ejercicio, y la higiene para prevenir las enfermedades y las epidemias. Ellos nos alertan sobre los peligros y problemas, y cuando el cuerpo no funciona adecuadamente nos ayudan a ponerlo de nuevo en el curso que Dios dispuso. Su conocimiento y habilidad vienen de Dios, y los medicamentos que utilizan, tienen su origen en las hierbas, vitaminas, minerales y otras sustancias que Dios creó para nuestro uso. Usualmente, los medicamentos sencillamente sustituyen algo que el cuerpo proporciona de manera normal. En tiempos de enfermedad debemos orar por sanidad, pero si la sanidad total no viene inmediatamente, no hay nada de malo en usar distintos apoyos para ayudar al cuerpo, incluyendo a los doctores, los medicamentos, los yesos, las muletas y las sillas de ruedas.

Por supuesto, debemos evaluar todos los tratamientos médicos y debemos buscar la voluntad y sabiduría de Dios en todo lo que hacemos. Nuestra sociedad abusa de la medicina, pues se tiende a pensar que hay una pastilla para cada problema. Pero tenemos que estar alerta de las limitaciones, los efectos secundarios y los riesgos que presentan los distintos medicamentos y procedimientos. Además, algunos tratamientos pueden no ser apropiados para un hijo de Dios. Una vez, un doctor le recomendó a mi madre que se sometiera a una práctica de hipnotismo para aliviar el dolor, pero ella rechazó esa opción, ya que sintió que sería someter su mente a un grado injustificado de control.

Algunas veces las personas sienten que Dios las ha sanado y que ya no necesitan más el tratamiento médico. Si Dios les ha hablado, ellos deben confiar en Su promesa. Por otro lado, si Dios los ha

sanado, ellos podrán obtener la confirmación de los doctores. Ellos deben aceptar la sanidad de Dios, pero no deben interrumpir el tratamiento médico como un medio para probar su fe y, por lo mismo, “exigir” a Dios que los sane.

LA FE CUANDO LA LIBERACIÓN O LA SANIDAD NO LLEGAN

Nuestra fe debe descansar en Dios mismo y no en una teología de liberación o sanidad instantánea. Algunas veces Dios no responde nuestras oraciones de la forma que deseamos o esperamos; no obstante, debemos confiar en Él. Job declaró, “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré...” (Job 13:15). Dios no es el autor de la enfermedad o dificultad; estas cosas vinieron al mundo debido al pecado de la raza humana, pero Él no permite que las mismas se crucen en nuestro camino.

Nuestra fe debe descansar en Dios mismo.

No debemos desanimarnos cuando vienen las pruebas, pero debemos buscar la voluntad de Dios en ellas. Santiago 1:2-4 dice, “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.” Dios no impide las pruebas, pero Él siempre proporciona la gracia para sustentarnos y librarnos en el tiempo de la prueba: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (I Corintios 10:13).

Algunas veces Dios nos libera milagrosamente de una prueba, pero otras veces Él permite que nosotros pasemos por esa prueba. Por ejemplo, el rey Herodes arrestó a dos apóstoles, Pedro y Jacobo. Dios liberó a Pedro de la prisión en forma milagrosa, pero Él no

impidió que decapitaran a Jacobo. La misma iglesia oró por los dos hombres. No podemos culpar a la iglesia o a Jacobo por falta de fe, pero debemos reconocer que los dos vivieron y murieron en fe y en la voluntad de Dios.

Cuando Pablo fue arrestado en Jerusalén, él no fue liberado milagrosamente como Pedro, de modo que se valió de todas las protecciones legales y apelaciones. Él se pudo haber resentido porque Dios no lo liberó, o él pudo haber dejado de luchar para ser liberado porque se basaba en la teoría que no debía pelear contra la aparente voluntad de Dios. Sin embargo, ambas opciones habrían estado mal. La voluntad de Dios era que él resistiera con paciencia, continuara orando, trabajara para ser liberado e hiciera todo lo posible para impulsar el Evangelio. Al final, Pablo fue ejecutado, pero mientras tanto fue capaz de dar testimonio a varios líderes gubernamentales, incluyendo al emperador romano, y también pudo escribir cartas que ahora son parte del Nuevo Testamento. Dios tenía un propósito en las pruebas de Pablo, el cual era más grande de lo que Pablo podía percibir en ese momento; él solamente tenía que vivir por fe.

Algunas veces Dios nos libera milagrosamente de una prueba, pero otras veces Él permite que nosotros pasemos por esa prueba.

Pablo también luchó con un “aguijón en la carne”, el cual era “un mensajero de Satanás” que lo abofeteaba. El aguijón era la oposición satánica que encontraba en cualquier parte que iba a predicar el Evangelio. Algunos piensan que era un problema físico; cualquiera que fuera el caso, el aguijón no era de Dios. Pablo oró tres veces para que el Señor le quitara el aguijón, pero Dios no respondió a su oración de la manera que él deseaba. En cambio, Dios le dijo, “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (Ver II Corintios 12:7-9.)

Los principios que hemos discutido son válidos para las enfermedades físicas. Romanos 8:28 nos dice, “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” Puede que no seamos capaces de identificar un bien particular que resulta de cada evento negativo, pero cuando consideramos nuestra vida como un todo, podremos ver que Dios ha hecho que todas las cosas, tanto positivas como negativas, funcionen para bien. Por tanto, en la enfermedad debemos continuar amando a Dios, haciendo Su voluntad y confiando en Él. Si algo en nuestra vida no es agradable a Él, debemos arrepentirnos y corregir nuestros caminos. Debemos orar y creer en la sanidad divina, pero si estamos enfermos por un tiempo, debemos usar todos los medios que Él ha puesto a nuestra disposición para mitigar el sufrimiento y auxiliar el proceso hacia la recuperación.

Una de mis tías fue diagnosticada con cáncer cuando tenía alrededor de cuarenta años. Ella tenía mucha fe en Dios, y muchas veces en la oración ella creía que Dios la había sanado milagrosamente. Todo indicaba que si había alguien que tenía fe era ella, y aquellas personas que eran cercanas a ella daban testimonio de su gran fe. Durante su prueba, Dios le habló en lenguas e interpretación y le prometió que ella iba a vivir hasta ver la tercera generación de su familia. En aquel entonces, dos de sus cuatro hijos estaban casados, pero aún no tenía nietos. La familia tomó esta promesa en el sentido que ella sería sanada, pero no sucedió así. Poco tiempo después de la palabra profética, tanto su hija como su nuera descubrieron que estaban esperando un bebé. Mi tía murió unos meses después de que nacieron sus dos nietos. Mi familia no podía explicar por qué Dios permitió que esto sucediera, pero ellos continuaron confiando en Dios. Algo positivo que surgió de esta prueba fue que otra de mis tías se inspiró tanto por su ejemplo de fidelidad hasta la muerte que renovó su propio caminar con Dios.

La fe no solo se manifiesta en la liberación milagrosa.

La fe no solo se manifiesta en la liberación milagrosa; la fe puede verse igualmente en la paciencia que se adquiere durante las pruebas. Hebreos 11 enlista a muchos héroes de fe: algunos recibieron milagros a través de la fe, mientras que otros murieron en fe sin recibir un milagro. Todos recibieron méritos de Dios y sirven como modelos para nuestras vidas. Tres jóvenes hebreos en Babilonia esperaban una liberación milagrosa, pero si Dios no los liberaba, ellos seguían comprometidos a servir al Señor. Ellos le dijeron a Nabucodonosor, “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:17-18). Algunas personas enseñan erróneamente que la sanidad divina vendrá si las personas tienen la fe suficiente, hacen la confesión correcta, o siguen un determinado procedimiento. Pero Dios es soberano; nosotros no podemos comprenderlo, mucho menos manipularlo o dictarle algo. Por definición, la fe siempre conserva un elemento de misterio, de lo desconocido, de confianza a pesar de la falta de comprensión. Nunca la podemos reducir a una fórmula simplista y férrea.

Uno de mis antiguos estudiantes entró en contacto con una iglesia carismática en Texas que enseñaba firmemente la doctrina de la confesión positiva: si una persona confiesa su sanidad con fe, será sanada de manera inevitable. A un miembro de la junta de la iglesia se le diagnosticó un cáncer incurable. La iglesia oró, confesó, se unió, nombró y declaró la victoria. El hombre no recibió la sanidad y continuó empeorando. Finalmente, los líderes de la iglesia le informaron que algo andaba mal con su fe; la razón por la cual él no sanaba era por su falta de fe. Él rechazó esta conclusión y fue forzado a abandonar la iglesia. Cuando él más necesitó del apoyo de

los demás, se utilizó esta doctrina para atacarlo. Sin embargo, después de que abandonó la iglesia, él recibió una sanidad milagrosa.

POR QUÉ ALGUNAS VECES NO LLEGA LA SANIDAD

¿Por qué algunas personas no reciben la sanidad? Podemos identificar varias razones posibles.

1. *Falta de fe.* Como hemos discutido, muchas personas que no tienen fe no son sanadas. No obstante, como veremos en el capítulo 10, la fe es la llave para recibir la sanidad de Dios. Cuando buscamos la sanidad, debemos enfocar nuestra fe en el Señor y Sus promesas. Probablemente, la mayor razón por la que no vemos más sanidades milagrosas de parte de Dios en nuestro mundo es la falta de fe. Aunque Jesús era un gran sanador y obrador de milagros, cuando Él regresó a visitar Nazaret la mayoría de personas no aceptó Su ministerio porque pensaban que lo conocían muy bien a Él y a Su familia. Por consiguiente, “no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58).

2. *Nuestras propias acciones.* Cuando la sanidad no llega, no solo debemos examinar nuestra fe, sino también debemos revisar nuestro estilo de vida, acciones y entorno. Muchas veces, la enfermedad es el resultado de nuestras propias acciones involuntarias o deliberadas.

Algunas veces, pero no siempre, la enfermedad es el resultado del pecado. Después de sanar a un hombre paralítico en el estanque de Betesda, Jesús le dijo, “...Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (Juan 5:14). Pablo explicó que la irreverencia en la Cena del Señor podría tener graves consecuencias físicas: “Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (I Corintios 11:29-30). Dios puede permitir que el castigo venga a nosotros en forma de enfermedad a causa de un mal que hayamos cometido contra otra persona, y en tales casos debemos arrepentirnos y confesar el mal que hicimos para poder ser sanados.

(Ver Santiago 5:16.)

Hay muchos ejemplos en los que una violación de la voluntad de Dios resulta en una enfermedad o padecimiento específico. Tomar bebidas alcohólicas puede causar cirrosis en el hígado; fumar puede causar enfisema o cáncer pulmonar; la fornicación y el adulterio puede resultar en enfermedades venéreas y SIDA; y, albergar odio y amargura puede contribuir a una variedad de enfermedades relacionadas con el estrés. La rebelión persistente contra Dios puede conllevar a una descomposición mental y emocional.

Sin embargo, la mayoría de enfermedades y discapacidades no son el resultado directo del pecado de una persona. Cuando los discípulos vieron a un hombre ciego, ellos asumieron que su condición se debía al pecado de alguien, pero Jesús los corrigió. “Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:2-3). Los amigos de Job dieron a entender que su condición se debía a causa del pecado en su vida, pero Job rechazó esa conclusión, y Dios finalmente lo reivindicó.

No debemos juzgar a las personas que están enfermas.

La enfermedad también puede deberse a causa de una dieta poco saludable, la falta de higiene, la falta de ejercicio, el estrés, la falta de descanso y las causas ambientales. Aunque podemos buscar la ayuda de Dios en estas situaciones, sería presuntuoso orar por la sanidad divina sin tratar de corregir los factores que se encuentran dentro de nuestro control. No podemos culpar a Dios si nos enfermamos a causa de nuestras propias acciones ni podemos decir que Dios ha fallado si Él no nos sana instantáneamente.

No debemos juzgar a las personas que se encuentran enfermas, sino que debemos examinarnos a nosotros mismos para ver si Dios

nos está tratando de corregir o enseñar a través de una enfermedad. La violación de una ley física o espiritual puede ser la causa de la enfermedad, y si esto es así nosotros debemos corregir nuestros caminos. Si, después de examinarnos a nosotros mismos por medio de la oración, no vemos tal causa, no debemos vivir sintiendo culpa ni condenándonos, sino que debemos continuar caminando por fe.

3. *La voluntad general frente a la voluntad específica de Dios.* Aunque la Biblia da una promesa general de sanidad a la iglesia, puede que no sea la voluntad de Dios otorgar la sanidad instantánea en un caso específico. Todas las oraciones deben estar sujetas a la voluntad de Dios. Jesús nos enseñó a orar, “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Él mismo oró en el Jardín de Getsemaní, “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Dios promete oír y darnos “cualquier cosa que pidamos”, pero esta promesa se basa en nuestra petición “conforme a su voluntad” (I Juan 5:14-15).

Santiago 5:14-16 nos instruye a orar por los enfermos; por tanto, la voluntad de Dios es que siempre lo hagamos. Debemos orar para que una persona que se encuentra enferma reciba la sanidad, y nosotros tenemos la seguridad que Dios escuchará y contestará esta oración, pero Él lo hará a Su manera y en Su tiempo, no necesariamente en el nuestro. Él puede sanar instantáneamente, Él puede comenzar un proceso gradual de sanidad, Él puede usar lo que nosotros consideramos medios “naturales”, Él puede sanar después, Él puede conceder gracia por medio de un tiempo de enfermedad, o Él puede permitir que una persona muera en fe y reciba la respuesta en la resurrección.

Pueden existir muchas razones por las cuales Dios no sana instantáneamente; algunas las podemos discernir, mientras que otras solamente la mente soberana de Dios las puede conocer. Por ejemplo, en vez de aliviar nuestros síntomas temporales por medio de una sanidad milagrosa, el Señor puede permitir que nos quedemos

enfermos por un tiempo para que corriamos las causas fundamentales de nuestra enfermedad.

El dolor es importante en este sentido. Aunque a ninguno de nosotros le gusta el dolor, es importante escuchar a nuestros cuerpos cuando tenemos dolor. En lugar de ignorar un dolor crónico, debemos tratar de entender la causa. Las personas que padecen de lepra pierden gradualmente la sensibilidad en sus extremidades. Por ejemplo, ellos no sienten dolor cuando se lastiman un pie o un dedo, y pueden pasar horas o días sin corregir un problema serio. Por consiguiente, sus cuerpos pueden sufrir de forma gradual un daño irreparable. Por lo tanto, puede ser una bendición que Dios no nos quite el dolor inmediatamente, y recibimos ayuda cuando Él permite que sintamos el mismo.

Algunas veces Dios puede usar una enfermedad para lograr un propósito específico en nuestras vidas.

Algunas veces Dios puede usar una enfermedad para lograr un propósito específico en nuestras vidas o en las vidas de los demás. El hombre ciego de Juan 9 vivió con esa condición por muchos años hasta que llegó el tiempo de Dios para que ocurriera un milagro, y Jesús explicó que el propósito de Dios era revelar Sus obras a través de ese hombre. Jesús debió haber pasado muchas veces por el Templo en donde se sentó el hombre cojo por muchos años, pero él no fue sanado hasta que Pedro y Juan oraron por él en Hechos 3.

Después que mi familia sufrió un terrible choque en 1963, mis padres se tuvieron que quedar en un hospital por muchas semanas. Mi madre estuvo a un pelo de la muerte, ya que se quebró el cuello y sufrió una conmoción cerebral. Mi padre se quebró la nariz y los dos brazos. El accidente retrasó nuestra ida a Corea por un año. Desde nuestra perspectiva, el sufrimiento y la pérdida de tiempo no parecía comprensible, pero por lo menos una cosa buena salió de esta prueba. Mi padre tuvo la oportunidad de dar testimonio a una

enfermera acerca de la salvación. Ella se arrepintió en el cuarto del hospital en donde él se encontraba incapacitado. Posteriormente, ella fue a la iglesia, fue bautizada en el nombre de Jesús, recibió el Espíritu Santo, y continúa viviendo para Dios después de muchos años.

Finalmente, Eclesiastés 3:2 nos dice que hay “tiempo de morir”. En algún momento, Dios no nos sanará milagrosamente, sino que permitirá que nosotros pasemos de esta vida a la siguiente. Incluso en los casos que parece que la vida se interrumpió de una manera injusta, debemos confiar en el juicio de Dios. Solamente Él sabe lo que podría haber ocurrido si la persona hubiera vivido más tiempo, y solo Él sabe lo que pasará como resultado de la muerte de la persona.

Desde la perspectiva de la eternidad, vamos a ver todas las cosas con claridad. Los sufrimientos de esta vida parecerán ligeros, y todas las vidas terrenales parecerán que existieron solo un momento.

En conclusión, debemos orar por sanidad a menos que Dios nos indique lo contrario. No debemos usar ninguno de los factores que acabamos de discutir como una excusa para no creer en las promesas de sanidad de Dios. Debemos orar con fe y vivir en fe. Cuando lo hagamos, vamos a observar y a experimentar el milagroso poder de sanidad de Dios en forma regular. Sobre todo, nos daremos cuenta de que Dios no siempre actúa como nosotros deseamos o esperamos, sino que Él obra de una manera para que todas las cosas nos ayuden para bien.

CAPÍTULO DIEZ

FE PARA SANAR

La sanidad divina es una señal que sigue a los creyentes. Jesús prometió, “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:17-18). Todos los creyentes, no solo los apóstoles, profetas o predicadores, pueden superar el poder de Satanás, hablar en lenguas, disfrutar de la protección divina, y orar exitosamente para que una persona que se encuentra enferma reciba la sanidad.

Actualmente, algunas personas que no creen en los milagros tratan de desacreditar la enseñanza de Marcos 16:17-18, ellos desafían a los creyentes a recoger serpientes venenosas o a beber veneno. Sin embargo, este pasaje no apoya este tipo de prácticas. No nos instruye a tentar a Dios, sino que afirma que podemos tener fe para recibir la protección divina en una situación de peligro. Cuando el diablo tentó a Jesús, él citó la promesa de protección divina que se encuentra en Salmos y desafió a Jesús para que saltara del pináculo del Templo. Jesús respondió, citando un pasaje de

Deuteronomio, “No tentarás al Señor tu Dios” (Lucas 4:12). Si nos ponemos deliberadamente en una situación de peligro para probar a Dios o para exaltarnos a nosotros mismos, entonces no podemos descansar en la promesa de protección de Dios.

Ya que I Corintios 12 enlista a la sanidad entre los dones sobrenaturales del Espíritu que Dios da en distintas ocasiones a diferentes personas, no a todas, podemos concluir que no todos recibirán la sanidad cada vez que oramos. Aun así, Marcos 16:17-18 nos dice que todos los creyentes deben esperar ver sanidades en respuesta a sus oraciones.

Debemos orar por todos los creyentes que están enfermos, ya que la voluntad general de Dios es sanarlos.

Asimismo, Santiago 5:14-15 nos dice que debemos orar por todos los creyentes que están enfermos, ya que la voluntad general de Dios es sanarlos: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.” La palabra “enfermo” se deriva de la palabra griega *astheneo*, la cual aparece muchas veces en los Evangelios, pues hace referencia a aquellos que están físicamente enfermos. La versión Reina Valera 1960 la traduce como “mórbido, impotente, indispuerto, débil”. El Señor es quien levanta al enfermo, y Él responde a “la oración de fe”. Tanto Marcos 16:17-18 como Santiago 5:14-15 nos instruye que, como principio general, debemos esperar que las personas enfermas sean sanadas cuando oramos, y ambas citas enfatizan la importancia de la fe para recibir sanidad. Ahondemos más en el papel de la fe.

EL PAPEL ESENCIAL DE LA FE

Hay numerosos relatos de sanidad en los Evangelios y en Hechos,

y en la mayoría de ellos la fe es prominente. Aunque Dios es soberano y puede realizar un milagro en cualquier momento que Él decida, es obvio que Él responde a la fe. La persona que necesita sanidad debe tener fe; si no la tiene, los demás pueden tener fe en su nombre. Aquí hay algunos ejemplos bíblicos que demuestran la necesidad de la fe para recibir sanidad:

- “Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29).

- “Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58).

- “Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al parálítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2:5). Este hombre no podía llegar a Jesús por su propio poder, pero sus amigos lo bajaron por el techo de la casa donde Jesús estaba enseñando a la multitud. Como resultado de su fe, él pudo conocer al Señor, quien le otorgo tanto el perdón (el cual requería arrepentimiento y fe por parte del parálítico) como la sanidad. El hombre y sus amigos tenían fe.

“Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (Mateo 15:28). Jesús la sanó porque su madre tenía fe.

- “Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote” (Marcos 5:34).

- “Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente” (Marcos 5:36).

- “Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:23-24). Este hombre creyó, pero él reconoció que las dudas lo estaban invadiendo, por ello pidió ayuda divina para superarlas. El Señor respondió a su oración a través de la sanidad de su hijo.

- “Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino” (Marcos 10:52).

- “Y cierto hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los

pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado. Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo.” (Hechos 14:8-10). No parece que los apóstoles oraron por cada persona enferma o discapacitada en todas las ciudades. Más bien, ellos buscaban a personas que tenían fe. En esta ocasión, Dios le mostró a Pablo que este hombre tenía fe para ser sano. Pablo habló con denuedo porque él percibió la fe del hombre, y el hombre recibió la sanidad. Jesús sanó a todos aquellos que vinieron a Él con fe; por ejemplo, en Mateo 8:16 Él “sanó a todos los enfermos”. Sin embargo, como hemos visto, Él no sanó a todas las personas enfermas que estaban a Su alcance, ya que Él no hizo muchos milagros en Nazaret debido a la incredulidad de la gente. Su ejemplo indica que no debemos ir a todos los asilos y hospitales para orar en forma indiscriminada por todas las personas, pero debemos proclamar el mensaje de sanidad y orar por aquellos que responden con fe.

Jesús sanó a todos los que vinieron a Él con fe.

Los apóstoles, testigos oculares del ministerio milagroso de Jesús, tenían mucha fe cuando se trataba de su propio ministerio. Por lo menos en algunas ocasiones, todas las personas por las que oraban también eran sanadas. Hechos 5:14-16 registra, “Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres; tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados.” La sombra de Pedro no tenía un poder mágico, pero la fe de las personas se incrementaba con su presencia debido a la obvia relación que él tenía con Dios, y Dios les respondía a su fe. No obstante, como vemos en el capítulo 9, no

todas las personas de la iglesia primitiva recibieron una sanidad instantánea.

Debemos orar y creer que tendremos un ministerio de sanidad como el de los apóstoles, y, por tanto, debemos esperar muchas sanidades, a veces la sanidad de una multitud a la vez. Si lo hacemos, la iglesia verá más sanidades en la actualidad que en los tres años del ministerio terrenal de Cristo, ya que Él cumplirá Su promesa de obras “aun mayores” (Juan 14:12). Al mismo tiempo, debemos reconocer la singularidad del ministerio de Jesús: Él conocía perfectamente la fe de las personas y la voluntad de Dios para ellos, Él tenía todo el poder y la autoridad porque era Dios manifestado en carne, y Él usó la sanidad como un medio para establecer Su identidad mesiánica. (Ver Mateo 8:16-17; 28:18; Juan 2:24-25.) Por tanto, solo Su ministerio constituye un ejemplo de perfección.

INVOCANDO EL NOMBRE DE JESÚS

Nosotros no solo debemos tener fe, sino también es necesario tener fe en Jesucristo, quien compró nuestra sanidad con los azotes de Su espalda en la Expiación. El poder de la fe no descansa en nuestra creencia mental o confesión verbal, sino en el objeto de nuestra fe. Solamente recibiremos la sanidad si se invoca al que tiene el poder para sanar, y Jesús es Aquel que tiene todo el poder.

Por esta razón, la Biblia nos instruye a orar por sanidad en el nombre de Jesús. Su nombre no es una fórmula mágica, sino que cuando nosotros invocamos Su nombre con fe ponemos nuestra fe en la persona y obra de Jesucristo, y demostramos esa fe al obedecer Su Palabra. Aquí hay algunas declaraciones bíblicas de la importancia de orar en el nombre de Jesús:

La Biblia nos instruye a orar por sanidad en el nombre de Jesús.

- “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:17-18). Todas estas obras ocurren en el nombre de Jesús.

- Jesús dijo, “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:14).

- “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor” (Santiago 5:14).

- “Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hechos 3:6). Este versículo registra lo que Pedro dijo cuando el paralítico que estaba en el Templo fue sanado.

- “Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre...” (Hechos 3:16). Aquí Pedro explicó a la multitud la forma en que el paralítico fue sanado.

“y poniéndoles en medio, les preguntaron: ¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?...sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano...Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:7, 10, 12). Aquí Pedro explicó a los líderes religiosos judíos cómo fue sanado el paralítico.

- “Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida. Y halló allí a uno que se llamaba Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, pues era paralítico. Y le dijo Pedro: Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama. Y en seguida se levantó. Y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor” (Hechos 9:32-35).

- “Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (Hechos 16:18).

FE CENTRADA

Generalmente, no es suficiente creer que Dios puede sanar o incluso que Él sanará de forma eventual. La fe debe actuar en el presente para decir, “¡Estoy recibiendo mi sanidad en este momento!” Jesús y los apóstoles usualmente usaban hechos simbólicos para ayudar a las personas a centrar su fe para recibir la sanidad en un momento específico. Aquí hay algunos ejemplos:

- “Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien” (Marcos 7:32-35).

Jesús y los apóstoles usualmente usaban hechos simbólicos para ayudar a las personas a centrar su fe.

- “Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé...Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo” (Juan 9:6-7).

- “Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían” (Hechos 19:11-12).

En estos casos, no debemos de suponer que la saliva, el lodo o los paños eran necesarios para la sanidad. Cuando Jesús tocó la lengua del hombre que tenía un impedimento del habla, el hombre se dio cuenta que algo le iba a suceder a su lengua en ese momento. Cuando el hombre ciego se lavó el lodo de los ojos, obedeciendo así

el mandato de Jesús, él esperaba que algo sucediera en ese instante. Cuando los paños de oración eran puestos sobre las personas enfermas, ellos sabían que un hombre de fe había orado por ellos, y se unían a su fe. Este procedimiento, aunque no es obligatorio, es útil cuando a una persona enferma le es difícil reunirse con los ancianos de la iglesia para orar. Ellos pueden orar sobre el paño y lo pueden enviar a la persona que se encuentra enferma. Entonces, tanto el enfermo como su familia pueden unir sus oraciones con las personas de la iglesia y creer que se recibirá la sanidad.

En ningún caso debemos pensar que el paño es mágico o indispensable, ni tampoco debemos poner nuestra fe en la persona que ha orado sobre el paño. En vez, debemos darnos cuenta que la clave es la fe, y la fe debe estar en Jesucristo.

Hay dos acciones simbólicas que la Biblia recomienda cuando se ora por un enfermo: la unción con aceite y la imposición de manos. El propósito principal de ambas acciones es enfocar la fe en un momento determinado. A continuación vamos a discutir la unción con aceite y en el capítulo 11 hablaremos sobre la imposición de manos

LA UNCIÓN CON ACEITE

Santiago 5:14 enseña, “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.” Los ancianos (ministros, equipo pastoral) deben ungir al enfermo con aceite.

Algunos comentaristas modernos dicen que este versículo habla de un tratamiento médico. En la antigüedad, las técnicas médicas eran limitadas, y algunas personas derramaban aceite sobre las llagas o heridas. Pero si este es el significado de Santiago 5, ¿por qué los ancianos deben actuar como médicos, y por qué usan el aceite para todas las enfermedades, comenzando desde el dolor de cabeza hasta llegar al cáncer? A lo largo de las Escrituras, los hombres de Dios usaban el aceite como una unción simbólica, y este es el significado más obvio aquí.

En Marcos 6 encontramos un buen ejemplo. Aquí, Jesús envió a doce discípulos a predicar el Evangelio. Él no los envió como médicos, sino que Él les dio el poder para reprender demonios y sanar a los enfermos. Marcos 6:13 registra, “Y echaban fuera muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.”

La unción con aceite hace que todos recuerden que la sanidad viene del poder del Espíritu Santo.

En varias ocasiones, a lo largo de las Sagradas Escrituras, el aceite es un símbolo del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, los profetas, sacerdotes y reyes eran ungidos con aceite para indicar la unción de Dios sobre ellos en el llamado que Él les había hecho.

El Nuevo Testamento se refiere a este simbolismo: “Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas...Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él” (I Juan 2:20, 27).

Nosotros tenemos una “unción” (RVR 1960) o una “consagración” (DHH) en nuestras vidas. La palabra “ungir” literalmente se refiere al aceite que se derrama sobre alguien, pero aquí habla del Espíritu Santo que se derrama sobre nosotros.

La unción con aceite no es estrictamente necesaria para la sanidad; de hecho, la gran mayoría de relatos bíblicos de sanidad no hacen ninguna mención sobre el ungimiento con aceite. No obstante, cuando los ancianos se reunían a orar por un creyente que se encontraba enfermo, se recomendaba ungirlo con aceite. Esto hace que todos recuerden que la sanidad no viene de los ancianos, sino por el poder del Espíritu Santo. La unción también sirve para enfocar la fe del receptor. El toque del aceite le recuerda la promesa de Dios y le da un momento específico para creer en el toque de Dios.

PARA TODOS LOS CREYENTES

Algunos teólogos modernos argumentan que el día de los milagros ha terminado, en particular, que la sanidad divina solo era para que los apóstoles la administraran. Cuando son confrontados con ejemplos bíblicos que prueban lo contrario, ellos algunas veces modifican su teoría para decir que solo los apóstoles o aquellos que eran ordenados por los mismos podían orar por sanidad divina. Pero los pasajes bíblicos que hemos discutido en el capítulo 9 y en este capítulo no expresan tales limitaciones; en vez, proclaman la promesa de sanidad para todos los creyentes. Tengamos en cuenta algunos casos específicos en el libro de Hechos, donde las personas que no eran apóstoles o profetas eran usadas por Dios poderosamente en varios milagros.

- “Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo” (Hechos 6:8). Esteban no fue uno de los doce apóstoles, pero era uno de los siete hombres que fueron elegidos para servir en las mesas, quienes usualmente eran considerados diáconos.

- “Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados” (Hechos 8:6-7). Este hombre no era el apóstol Felipe, sino como Esteban, era uno de los siete diáconos. Más adelante, la Biblia habla de él como un evangelista (Hechos 21:8).

“Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado” (Hechos 9:17-18). Ananías era un creyente, tal vez era un anciano, en Damasco. Él no era un apóstol, y no hay evidencia de que alguna vez fue ordenado por un apóstol.

Estos ejemplos nos motivan a creer que Dios hará las mismas manifestaciones en la actualidad. La llave para recibir la sanidad divina no es la identidad de la persona que ora, sino la fe en Jesucristo.

CAPÍTULO ONCE

LA IMPOSICIÓN DE MANOS

Como notamos en el capítulo 10, la Biblia describe dos acciones importantes que pueden ayudar a enfocar la fe para recibir la sanidad en un momento específico: la unción con aceite y la imposición de manos. En este capítulo vamos a discutir el significado de la segunda acción.

Jesús prometió, “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre...sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:17-18). Claramente, es importante que nosotros comprendamos la imposición de manos, especialmente si queremos ver que la promesa de sanidad se cumpla en la iglesia hoy.

Hebreos 6:1-2 identifica esta práctica como una de las doctrinas fundamentales de la iglesia: “Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.” Aquí la

“imposición de manos” se refiere a algo más que un acto sencillo; representa una doctrina clave. Aparentemente, la imposición de manos representa la obra milagrosa del Espíritu Santo en la iglesia, incluyendo a los dones del Espíritu, ya que en el libro de Hechos el Espíritu Santo usualmente se recibía con la imposición de manos.

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Para entender este tema por completo, debemos comenzar por su significado en el Antiguo Testamento. Los patriarcas y los profetas emplearon la imposición de manos juntamente con las oraciones de bendición, consagración u ordenación. Cuando Jacob bendijo a Efraín y Manasés, él colocó sus manos sobre sus cabezas (Génesis 48:14). Cuando Moisés ordenó a Josué para que fuera su sucesor, él puso sus manos sobre él (Números 27:18-20; Deuteronomio 34:9).

En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote usaba dos machos cabríos para quitar los pecados de la nación. Él sacrificaba al primer macho cabrío. Luego, él ponía sus manos sobre el segundo macho cabrío, confesaba los pecados del pueblo, y lo dejaba escapar al desierto (Levítico 16:21). Este “macho cabrío expiatorio” llevaba simbólicamente sus pecados y nunca más era visto de nuevo. Del mismo modo, cuando una persona llevaba a un animal para sacrificarlo por su pecado personal, ponía sus manos en la cabeza del animal (Levítico 1:4; 4:4).

El hilo común en todos estos ejemplos es el *simbolismo de la transferencia espiritual*. Jacob transfirió las bendiciones a sus nietos, Moisés transfirió la autoridad y la unción a su sucesor, el sumo sacerdote transfería los pecados del pueblo al macho cabrío expiatorio, y el penitente transfería sus pecados al animal que iba a ser sacrificado. Estas cualidades no fluían de forma mágica o física a través de las manos, sino que la imposición de manos representaba lo que Dios haría espiritualmente, esto ayudaba a las personas a creer y a aceptar el acto invisible de Dios.

EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento, la imposición de manos cumplía los mismos propósitos de simbolizar una transferencia espiritual y de inspirar fe. Jesús, los apóstoles, y los creyentes de la iglesia primitiva imponían sus manos sobre las personas para que recibieran bendición, sanidad, el bautismo del Espíritu Santo, y para la consagración u ordenación al servicio.

Sin embargo, la imposición de manos no se hacía en todos los casos; por tanto, no es obligatoria. (Ver, por ejemplo, Mateo 8:5-13; Hechos 2:1-4; 10:44; 14:9-10.) Como se ha discutido en el capítulo 10, la llave para recibir estos beneficios es la fe, la cual no es un acto físico como tal; pero la imposición de manos es un acto divinamente señalado que ayuda al receptor a centrar su fe para recibir. Aquí hay algunos ejemplos del Nuevo Testamento:

Bendición

- “Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí” (Mateo 19:14-15).

Sanidad

- “Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos” (Marcos 6:5). Jesús no hizo muchos milagros en Nazaret debido a la incredulidad de las personas, pero cuando encontraba a algunos que creían, Él ponía sus manos sobre ellos y los sanaba. Claramente, la imposición de manos no es efectiva sin la fe, pero su valor radica en motivar a las personas a creer.

- “Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba” (Lucas 4:40).

- “Y aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería; y entró Pablo a verle, y después de haber

orado, le impuso las manos, y le sanó” (Hechos 28:8).

Recibir el Espíritu Santo

- “Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo” (Hechos 8:17).
- “Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban” (Hechos 19:6).

Consagración u Ordenación para el Servicio

• “A los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos” (Hechos 6:6). Los apóstoles consagraron a los siete hombres que fueron elegidos para que ayudaran en la distribución de los alimentos a los santos necesitados; aparentemente, estos hombres fueron los primeros diáconos.

• “Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hechos 13:3). Los ancianos de Antioquía comisionaron a Pablo y Bernabé como misioneros para los gentiles. Dios los llamó, pero la iglesia reconoció su llamado y aprobó su salida en ese momento.

• “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio” (I Timoteo 4:14). “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (II Timoteo 1:6). Pablo le recordó a Timoteo el don que había recibido por la imposición de las manos de los ancianos (“presbiterio” en la RVR 1960), incluyéndose a sí mismo. Aparentemente, estos dos pasajes se refieren a la ordenación de Timoteo al ministerio, en donde también recibió una profecía. Aquí, el don probablemente es una unción especial para el ministerio que él recibió de Dios en su ordenación.

Basándose en estas dos referencias, algunos han supuesto que, a su discreción, podrían otorgar dones espirituales a los demás a través de la imposición de las manos o profecía. Pero como ya hemos visto, I Corintios 12 claramente declara que Dios es quien concede los

dones. Usualmente, Dios obra por medio de las oraciones de los demás, pero Él concede los dones del Espíritu de acuerdo con Su iniciativa y elección, y no la de ellos. Un ministro que ha sido llamado por Dios y cuyo llamado y aptitudes han sido examinadas por la iglesia, debe esperar una unción y bendición especial cuando los ancianos lo ordenen por medio de la imposición de manos.

- “No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro” (I Timoteo 5:22). Timoteo tenía la responsabilidad de la organización de las iglesias y del nombramiento de ancianos a las mismas. Pablo lo amonestó a no ordenar personas al ministerio demasiado rápido, ya que si no estaban calificadas, el que los había ordenado tendría que asumir cierta responsabilidad por sus fracasos.

PROPÓSITO Y SIGNIFICADO

De estos ejemplos del Nuevo Testamento, podemos identificar varios propósitos importantes de la imposición de manos. *En primer lugar*, la imposición de manos *simboliza la transferencia de las bendiciones de Dios a nosotros*. Esta práctica es particularmente útil cuando se ora por (1) bendición, (2) sanidad, (3) recepción del Espíritu Santo, y (4) ordenación y unción para servir.

En segundo lugar, la práctica *significa el trabajo conjunto del Espíritu de Dios y de la iglesia de Dios* para traer estas bendiciones a las personas. Aunque Dios es soberano y puede hacer estas obras sin la ayuda de las manos humanas, Él quiere moverse a través de Su iglesia. A pesar de que las bendiciones vienen de Dios, es la iglesia quien las proclama e inspira a las personas a tener fe para recibirlas.

En tercer lugar, la imposición de manos *representa la sumisión a Dios y a Su iglesia*. En la vida cotidiana, tocar la cabeza de alguien más expresa intimidad o autoridad. Un ejemplo típico es cuando un adulto acaricia a un niño en la cabeza. Es poco común que un adulto toque la cabeza de otro adulto en público. Cuando permitimos que los

ancianos pongan sus manos sobre nuestra cabeza en la oración, nosotros demostramos nuestra sumisión a Dios y a los líderes piadosos. La oración en sí admite nuestra necesidad de Dios, pero la oración con la imposición de manos reconoce nuestra necesidad tanto de Dios como de la iglesia. Por otra parte, ya que la Biblia enseña la imposición de las manos, la aceptación de la misma es un acto de fe y obediencia.

En cuarto lugar, esta práctica representa la consagración a Dios. La sumisión humilde conlleva, con el tiempo, a un servicio consagrado. Cuando los que buscan el Espíritu Santo reciben la imposición de manos, expresan no solo su deseo de recibir el Espíritu, sino también su nueva dedicación a Dios. En un servicio de ordenación, los receptores no solamente buscan la bendición y unción de Dios sobre sus vidas, sino también denotan la consagración a Él y a Su iglesia.

La imposición de manos centra la fe de las personas para recibir una promesa de Dios en un momento determinado.

En quinto lugar, la imposición de manos es una herramienta poderosa que centra la fe de las personas para recibir una promesa de Dios en un momento determinado. En Corea, vi que la imposición de manos se utilizaba con bastante eficacia en las cinco noches de avivamiento y en las reuniones campestres. Usualmente, en las primeras dos o tres noches el evangelista hace énfasis en el arrepentimiento y el sometimiento a Dios. En las últimas dos o tres noches, él edifica la fe para recibir. Él instruye a la gente, y si ellos han preparado sus corazones, cuando sientan las manos del ministro sobre sus cabezas deben esperar la llenura del Espíritu Santo, la renovación, la sanidad, o lo que ellos necesitan de Dios. Después de unos minutos de oración, las personas reciben sus respuestas. Muchos son bautizados con el Espíritu Santo en los servicios de

avivamiento en las iglesias locales, y cientos son llenos del Espíritu Santo en las reuniones campestres.

Cuando yo era un adolescente en Corea, un soldado estadounidense visitó una de nuestras reuniones campestres. Esa era su primera vez en un servicio pentecostal, y él quería recibir lo que nosotros teníamos, así que le expliqué el arrepentimiento. Luego, lo instruí, “Cuando se haya arrepentido completamente y haya entregado todo a Dios, abra su corazón con fe. Usted sentirá una sensación de alivio por la confesión de sus pecados. En ese momento, comience a agradecer y alabar a Dios. Levante sus manos en adoración como señal de que ha llegado a este punto. Cuando vea que usted está alabando a Dios, le voy a pedir a un ministro coreano que ponga sus manos sobre usted como lo hacían en el libro de Hechos, y por fe usted recibirá el Espíritu Santo.” Efectivamente, cuando pusimos las manos sobre él y oramos, él comenzó inmediatamente a hablar en lenguas.

Para que la imposición de manos alcance un efecto máximo en la edificación de la fe, no la debemos practicar de manera indiscriminada o casualmente. Es más eficaz cuando las personas comprenden su significado y cuando están listas para recibir algo específico de Dios. Cuando oro por las personas para que reciban el Espíritu Santo, no pongo mis manos sobre ellas hasta que parece que se han arrepentido. Si ellos no están familiarizados con esta práctica bíblica, se las explico, algunas veces lo hago brevemente cuando ellos todavía están orando, y los insto a que crean en el momento en que sienten las manos.

Debido a que la imposición de manos sobre las cabezas de las personas simboliza autoridad, en los lugares públicos usualmente es mejor reservar esta práctica para las personas que se encuentran en el liderazgo espiritual, es decir, los ancianos (ministros) o personas que ellos designen. En los relatos bíblicos, los líderes espirituales eran los que siempre ponían las manos sobre los demás. El receptor puede tener confianza y fe con más facilidad si sabe que la persona

que pone sus manos sobre él es un líder reconocido y acreditado. No obstante, si no hay un líder disponible, otros creyentes también pueden poner las manos sobre las personas que necesitan una respuesta de Dios. (Ver Marcos 16:17-18.) Una opción que ayuda a comunicar el apoyo y la fe de una manera no autoritaria es cuando un creyente pone su mano sobre el hombro o brazo de la persona que busca a Dios.

La imposición de manos ocupó un lugar destacado en la conversión de la primera persona en ser bautizada en el nombre de Jesús y en ser llena con el Espíritu Santo en nuestra iglesia de misiones nacionales en Austin (1992). Le impartimos un estudio bíblico en casa; después ella visitó un servicio dominical y se conmovió profundamente. El lunes se quedó en su casa arrepintiéndose por las cosas que había hecho, y esa noche llegó a nuestra casa para discutir algunas decisiones que ella tenía que hacer para vivir para Dios. Le enseñé más sobre el arrepentimiento y el nuevo nacimiento, y comenzamos a orar por ella. Ella se arrepintió, el Espíritu de Dios empezó a moverse en ella, y después de un rato dijo, “Estoy lista para ser bautizada”. La llevamos a una piscina privada, donde le expliqué, “Cuando usted salga del agua, comience a alabar a Dios por haberla limpiado de todos sus pecados. Yo voy a poner mis manos sobre usted, y en ese momento espere recibir el Espíritu Santo”. Cuando ella salió del agua, puse mis manos sobre ella y el Espíritu se derramó. Inmediatamente, ella comenzó a hablar en lenguas a medida que el Espíritu le daba que hablase.

En 1995, un hombre con un desorden bipolar (maniaco-depresivo) llegó a nuestra iglesia. A menudo tenía tendencias suicidas y había entrado y salido de hospitales psiquiátricos por años. Después de que se arrepintió sinceramente, lo preparé para el bautismo. Le indiqué que cuando pusiera mis manos sobre él después del bautismo, él debía esperar recibir el Espíritu Santo con la señal de hablar en lenguas. Él contestó, “¡Eso me da miedo!” Yo le dije que no se preocupara, sino que creyera y obedeciera, y Dios se encargaría

de hacer el trabajo. Él aceptó de una manera muy natural. Debido a su respuesta y comportamiento, me pregunté si sucedería algo, pero tan pronto como salió del agua puse las manos sobre él, y él empezó a hablar en lenguas a medida que el Espíritu le daba que hablase. Más tarde, su salud mental mejoró dramáticamente, él fue liberado de los pensamientos suicidas y pudo conseguir su propio departamento. Cuando enseñemos el significado de la imposición de manos y preparemos a las personas para recibir algo de Dios, entonces veremos muchas sanidades maravillosas y efusiones del Espíritu. Cuando obedecemos las instrucciones de la Palabra de Dios y centramos nuestra fe respectivamente, tenemos la certeza de que Dios derramará Sus bendiciones abundantes.

CAPÍTULO DOCE

LENGUAS E INTERPRETACIÓN

Los tres *dones de palabra* son “profecía...diversos géneros de lenguas,...[e] interpretación de lenguas” (I Corintios 12:10). Por medio de estos dones, Dios unge a las personas para comunicar los pensamientos de Su mente a la iglesia. Los oradores proclaman palabras de “edificación, exhortación y consolación” para los hombres (I Corintios 14:3).

LENGUAS

La palabra griega para “lengua” en I Corintios 12-14 es *glossa*. Así como la palabra en español, ésta se refiere al órgano del cuerpo y luego, por extensión, a un lenguaje hablado. Este pasaje claramente usa la palabra en el sentido de un lenguaje hablado, así como podemos ver en los siguientes ejemplos: “Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios...El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica...” (I Corintios 14:2, 4). El orador desconoce esta lengua: “Porque si yo oro en lengua desconocida, mi

espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto” (I Corintios 14:14). Aquellas personas que escuchan al orador tampoco entienden la lengua (a menos que un extranjero o una persona bilingüe esté presente): “...pues nadie le entiende...” (I Corintios 14:2).

Debemos notar que hay “diferentes géneros de lenguas” (I Corintios 12:10). Una persona puede hablar en una lengua, mientras que otra puede hablar en una lengua distinta. La misma persona también puede hablar en más de una lengua. La lengua puede ser una que se usa en el mundo hoy o una que está extinta. Probablemente, también puede ser una lengua creada especialmente por Dios para un individuo. I Corintios 13:1 se refiere a “lenguas humanas y angélicas”, lo cual implica que alguien puede hablar en una lengua angélica. Los ángeles son seres espirituales, y nosotros desconocemos cómo se comunican entre sí, pero quizás hay una lengua celestial que nosotros podemos imitar o que se aproxima al discurso humano.

Yo he observado a personas hablando en lenguas en todo el mundo, en África, Asia, Australia, Europa, y Latino América, así como en los Estados Unidos, y en todos los grupos de lenguas y culturas el fenómeno es el mismo. He escuchado cantar en lenguas, lo cual es invariablemente hermoso. Algunas veces se presta una melodía ya existente; a veces se crea una nueva melodía. Quizás las lenguas más inusuales que he escuchado fueron: una lengua melodiosa, tonal, que sonaba como oriental, hablada por un hombre en Jackson, Mississippi, y una lengua sibilante, gutural, que sonaba como una lengua india norteamericana, hablada por un hombre en Houston, Texas.

En un campamento de oración cerca de Inchon, Corea, en 1972, escuché a un ministro metodista coreano, quien estaba sentado junto a mí, hablar en lenguas mientras recibía el Espíritu Santo. Él repetía rápidamente en inglés, con una dicción perfecta y sin acento discernible, “Jesús viene muy pronto. Jesús viene muy pronto”. Más

tarde, le pregunté si él sabía algo de inglés, pero no sabía. Él no había entendido nada de lo que dijo; él estaba hablando en lenguas en inglés.

El don de lenguas es el don de expresión sobrenatural en una o más lenguas que el orador desconoce.

Podemos definir el don de lenguas como *el don de expresión sobrenatural en una o más lenguas que el orador desconoce*. Podemos identificar tres usos de las lenguas en la iglesia del Nuevo Testamento: como señal inicial del bautismo del Espíritu Santo, en devociones personales, y como una expresión pública que se tiene que interpretar. El proceso físico y espiritual es el mismo en cada caso, pero el propósito y el efecto son diferentes, así como la siguiente discusión bíblica lo mostrará.

LA SEÑAL INICIAL DEL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

En primer lugar, el hablar en lenguas es *la señal inicial que acompaña el bautismo del Espíritu Santo*. Los ejemplos clásicos son los creyentes judíos en el Día de Pentecostés, la familia gentil de Cornelio, y los discípulos de Juan en Éfeso. (Ver Hechos 2:1-4; 10:44-48; 19:1-6.)

El Día de Pentecostés ilustra que, mientras que el hablar en lenguas es siempre desconocido para los oradores, es posible que un espectador tenga conocimiento humano natural de la lengua y así puede entender lo que se dice. (Ver Hechos 2:5-11.) Para una mayor discusión de este primer uso de las lenguas, así como de la naturaleza de las lenguas en general, vea el capítulo 9 del *Nuevo Nacimiento* escrito por David K. Bernard.

Estrictamente hablando, no debemos emplear el término “don de lenguas” para este primer uso; es más bien una señal que acompaña el “don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). El don del Espíritu Santo es

para todos los creyentes (Juan 7:38-39; Hechos 2:38-39; 11:15-17). Por el contrario, no todas las personas van a ejercitar el don de lenguas para la edificación del cuerpo (I Corintios 12:4-10,30).

*El hablar en lenguas es para
todos los creyentes.*

Así como Dios concede a todos los creyentes sabiduría, ciencia, y fe, así el hablar en lenguas es para todos los creyentes. (Ver Marcos 16:17). Sin embargo, en cada caso hay un don espiritual que va más allá de la experiencia cotidiana de todos los cristianos y que se usa para momentos especiales de necesidad o beneficio: la palabra de sabiduría, la palabra de ciencia, el don de fe y el don de lenguas.

Algunas personas no solo niegan el papel probatorio de las lenguas, sino también niegan que todos deben buscar en el bautismo del Espíritu Santo esta señal que lo acompaña. Usualmente, ellos citan declaraciones que se encuentran en I Corintios 12-14, las cuales indican que no todos hablarán en lenguas o que cuando se habla en lenguas se debe regular de ciertas maneras. Sin embargo, una comparación de Hechos y I Corintios revela rápidamente que ellos están confundiendo los usos de las lenguas.

I Corintios fue escrito para los creyentes que estaban llenos del Espíritu; todos habían sido bautizados con el Espíritu Santo y todos habían hablado en lenguas al menos una vez. (Ver I Corintios 6:11, 19; 12:13). Obviamente, ellos comprendieron la carta de Pablo desde esa perspectiva. Él no les enseñó que algunos de ellos nunca iban a hablar en lenguas, sino que él les explicó que no todos ejercitarían el don público de lenguas en la vida de la congregación, y cuando algunos lo hicieran, ellos debían seguir ciertos lineamientos.

En el Día de Pentecostés, 120 creyentes hablaron en lenguas al mismo tiempo cuando recibieron el Espíritu Santo. (Ver Hechos 1:15; 2:1-4.) Del mismo modo, en Hechos 10 toda la familia de Cornelio habló conjuntamente en lenguas. No obstante, I Corintios 14:27

dice que en un servicio de adoración pública los creyentes deben turnarse para hablar en lenguas a la congregación, y solo dos o tres personas deben dar esos mensajes. En los relatos de Hechos nadie interpretó las lenguas o trató de hacerlo. Pero de acuerdo con I Corintios si alguien habla en lenguas en un servicio debe orar para que haya una interpretación y si no hay alguien que lo haga debe permanecer callado (I Corintios 14:13, 28).

Este contraste nos impulsa a una de estas dos conclusiones: O bien la iglesia apostólica no siguió las instrucciones inspiradas del apóstol Pablo con respecto a las lenguas, o el uso de las lenguas en Hechos es distinto al uso de las lenguas en I Corintios. La primera alternativa es insostenible, ya que menoscabaría la unidad de la iglesia y la inspiración y la autoridad de las Escrituras. Claramente, entonces, Hechos y I Corintios tratan con dos situaciones distintas. Hechos registra el papel de las lenguas en la conversión de las personas, mientras que I Corintios proporciona los lineamientos para el uso continuo de las lenguas en las reuniones públicas.

DEVOCIÓN PERSONAL

El segundo uso de las lenguas es *en la devoción personal para la edificación privada*. I Corintios 14 se refiere varias veces a este uso de las lenguas y motiva el empleo de las mismas:

- “El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica...Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas...” (I Corintios 14:4-5). La Biblia exhorta a todos los creyentes a hablar en lenguas, y señala que esta práctica beneficia y bendice a la persona.

- “Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento” (I Corintios 14:14-15). Es útil orar y cantar en lenguas, y también es provechoso orar y cantar en la lengua propia de cada uno.

- “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros” (I Corintios 14:18). Pablo estimaba el uso devocional de las lenguas, pues para él eran de gran valor. Al inspirar esta evaluación como parte de las Escrituras, Dios ha instado a todos los cristianos a hablar en lenguas en sus oraciones.

*Es conveniente que todos los que han
recibido el Espíritu Santo continúen
hablando en lenguas a lo largo de sus vidas.*

Estas referencias indican que es conveniente que todos los que han recibido el Espíritu Santo continúen hablando en lenguas a lo largo de sus vidas. La implicación de 1 Corintios 12:30, la cual señala que no todos hablarán en lenguas, parece que se dirige hacia el tercer uso que vamos a discutir después, es decir, declaraciones públicas que deben ser interpretadas. En la práctica, casi todas las personas que han recibido el Espíritu Santo con la señal inicial de hablar en otras lenguas, continúan hablando en lenguas. Algunos hablan en lenguas frecuentemente como parte de su oración regular, mientras que otros lo hacen solamente en tiempos especiales de renovación y gran unción.

Unos pocos no continúan hablando en lenguas a pesar de que siguen sirviendo a Dios. En muchos casos, ellos recibieron el Espíritu Santo cuando eran unos niños pequeños, y aunque vivir en el Espíritu es una realidad cotidiana para ellos, la experiencia real de hablar en lenguas se ha vuelto remota. Generalmente, si a una persona llena del Espíritu se le insta a proseguir las lenguas para la devoción privada y a creer en esta experiencia continua, hablará en lenguas nuevamente.

Yo recibí el Espíritu Santo cuando tenía siete años, pero no volví a hablar en lenguas hasta que me convertí en un joven. Como estudiante universitario, examiné mis creencias personales y mi experiencia con Dios, y comencé a buscar la voluntad de Dios en este

asunto. A menudo, oraba para que Dios me concediera la libertad de hablar en lenguas durante la devoción privada, ya que infería que la voluntad de Dios era que todos los creyentes tuvieran esta bendición. Gradualmente, empecé a romper las reservas y las dudas para desarrollar una mayor voluntad y fe, y para someterme más completamente al Espíritu.

*No podemos juzgar nuestra salvación o
espiritualidad por el número
de veces que hablamos en lenguas.*

Un domingo en la noche, mientras oraba por varias personas en el altar, comencé a interceder por ellas con una gran carga. De repente, sin premeditación o deseo consciente, empecé a hablar en lenguas. Durante las siguientes semanas, hablé en diferentes idiomas en distintos momentos de la oración de intercesión. Actualmente, no hablo en lenguas cada vez que oro, y no es que lo trate de hacer, pero hablo en lenguas con frecuencia, usualmente cuando estoy orando por alguien más o cuando me encuentro en medio de un espíritu de adoración.

Aunque el hablar en lenguas es algo valioso en la devoción privada, no podemos juzgar nuestra salvación o espiritualidad por el número de veces que hablamos en lenguas. No hay un requisito bíblico que debemos cumplir para continuar hablando en lenguas después de recibir el Espíritu Santo, y la Biblia tampoco nos dice con qué frecuencia debemos hablar en lenguas. Si alguien no habla en lenguas a menudo, no debe sentirse culpable o dudar de su salvación.

Si antes una persona hablaba en lenguas más a menudo, o si siente que debe hablar en lenguas con más frecuencia, debe examinarse a sí misma. Si no se habla en lenguas debido a la falta de dedicación u oración ferviente, entonces, se debe renovar el caminar con Dios, y esto se debe hacer no solo para alcanzar la meta de hablar en lenguas, sino también para acercarse a Dios. Si la persona

se ha alejado de Dios y vive un estilo de vida pecaminoso, debe arrepentirse y ser renovada en el Espíritu. En este caso, es muy recomendable que se hable en lenguas como una confirmación de su fe renovada y de su sometimiento al Espíritu de Dios como en los tiempos pasados.

Al igual que con otros dones espirituales, bendiciones y manifestaciones, el hablar en lenguas no prueba que nuestra doctrina, estilo de vida, o relación con Dios es correcto. Sencillamente, demuestra que en un momento recibimos el Espíritu Santo y que en la actualidad hemos creído y nos hemos sometido a Dios para el ejercicio de esta manifestación particular. En vez de solo tratar de hablar en lenguas, debemos enfatizar la oración ferviente, vivir por fe, obedecer la Palabra de Dios, y buscar la santidad. Cuando lo hacemos, el hablar en lenguas tomará su lugar en nuestras vidas como un medio de edificación personal, pero no se convertirá en una preocupación o en un remedio.

En 1987, enseñé en un seminario en Hungría, el primero que la Iglesia Pentecostal Unida realizó en ese país no mucho antes de la caída del comunismo. Uno de los temas fue los dones del Espíritu, y estuvieron presentes dos jóvenes gitanos a quienes debía ordenar para el ministerio. Durante mi enseñanza, uno de los hombres declaró que él no había hablado en lenguas desde la primera vez que recibió el Espíritu Santo y confesó que eso lo tenía muy atribulado. Le dije que no tenía que cuestionar su salvación o experiencia, sin embargo, el hablar en lenguas sería de mucho valor para su vida espiritual y ministerio, y Dios le quería otorgar esa libertad. Cuando llegó el momento de orar, lo insté a tener fe, y pusimos las manos sobre él para cumplir este propósito. Pronto comenzó a hablar en lenguas por medio del poder de Dios.

Tan pronto como se despidió el servicio, el otro joven reconoció que él tenía el mismo problema. Le recordé la experiencia del primer joven y después las personas se reunieron alrededor de él. Cuando oramos por él con la imposición de manos, él también comenzó

hablar en lenguas.

DECLARACIÓN PÚBLICA QUE DEBER SER INTERPRETADA

El tercer uso de las lenguas es como *una declaración pública que debe ser interpretada para la edificación en general*. Algunas veces Dios habla a la iglesia a través de la combinación de los dones de lenguas e interpretación. El primer don, las lenguas, captura la atención y revela que Dios está tratando de comunicarse con la audiencia. Debido a que esto es tan milagroso y espectacular, a menudo es muy eficaz para alcanzar a los incrédulos que se encuentran presentes. El segundo don, la interpretación, da a conocer el mensaje real que Dios quiere transmitir. Aquí hay dos referencias bíblicas del uso de las lenguas:

- “Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia. Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla” (I Corintios 14:12-13). El propósito es bendecir a toda la congregación.

“Si habla alguno en lengua extraña,
sea esto por dos, o a lo más tres...”

- “Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios” (I Corintios 14:27-28). Estos lineamientos se aplican cuando alguien habla a la iglesia en lenguas. Si nadie interpreta las palabras, el orador no debe continuar. En vez, debe hablar para sí mismo y para Dios. Puede ser que las lenguas sean solamente para su beneficio, o bien que la persona a quien Dios quiere utilizar para la interpretación no se ha rendido totalmente a Él. En cualquiera de los casos, el hecho de continuar hablando en lenguas en público no va a alcanzar la finalidad prevista de Dios. En resumen, cuando un hablante tiene la atención de la iglesia debe hablar en lenguas solamente cuando hay una

interpretación.

Algunos argumentan que nadie debe hablar en lenguas durante un servicio si no hay una interpretación, incluso cuando todos están alabando a Dios u orando conjuntamente. Pero en esos momentos, todos hablan para su propio beneficio personal, como si estuvieran solos. Nadie trata de llamar la atención de toda la congregación, sino que todos buscan la edificación personal, por tanto, es apropiado hablar en lenguas sin una interpretación en este caso. El versículo 28 lo pone de manifiesto: incluso en la congregación es apropiado hablar en lenguas sin interpretación, ya que es un medio de comunicación individual con Dios.

Cuando no hay una interpretación, podemos pensar que la iglesia ha fallado, pero tal vez Dios ha logrado un propósito al hablarle a una persona o al ayudar a alguien a desarrollar una mejor sensibilidad hacia Él. En una ocasión inusual en Baton Rouge, Louisiana, fui testigo de una poderosa declaración en lenguas, pero no hubo una interpretación. Sin embargo, ese mensaje tocó a dos personas de una manera muy eficaz.

Primeramente, una de mis tías que se encontraba en el servicio había escuchado sobre la experiencia pentecostal, pero nunca había oído a alguien hablar en lenguas. Usualmente, se preguntaba si el hablar en lenguas era real. Esa noche se convenció que sí era real, y declaró que Dios había realizado ese milagro para su beneficio.

En segundo lugar, un estudiante libanés de la Universidad Estatal de Louisiana expresó que el mensaje se había dicho en su idioma nativo, en árabe. Inicialmente, él se molestó con la persona que lo había invitado a la iglesia, y le preguntó, “¿Por qué hiciste que alguien me hablara en público y me reprendiera por mis pecados?” Por supuesto, ni la persona que lo llevó ni la persona que dio el mensaje podían hablar árabe o tenían alguna idea del significado de la declaración que se había hecho. Dios usó este milagro para hablarle personalmente al joven.

En el transcurso de un servicio, la iglesia a menudo puede sentir cuando Dios se está preparando para hablar por medio del don de lenguas. Usualmente, se hace una pausa notable, un silencio santo. El líder del servicio con frecuencia se dará cuenta de lo que está a punto de suceder. En un servicio dominical en Austin, llegó el tiempo para la predicación, no obstante, sentí que Dios estaba a punto de hablar a través de las lenguas y la interpretación, así que continúe dirigiendo a la audiencia en adoración. En breve, mi esposa dio una declaración pública en lenguas, y alguien más dio la interpretación. En Austin, antes de un servicio del día domingo por la noche, cuando estaba orando en la sala de oración, sentí que el Señor hablaría a la congregación por medio de los dones del Espíritu. Casi al final de ese servicio, tuvimos lenguas, interpretación y profecía. Cuando Dios se mueve en alguien para hablar en lenguas con la iglesia, la persona siente una fuerte unción que puede distinguir fácilmente de las lenguas devocionales. La persona puede hablar con certeza y autoridad. Del mismo modo, la iglesia reconoce la declaración como un mensaje público y no solamente como lenguas devocionales.

LA INTERPRETACIÓN DE LENGUAS

La traducción de la palabra griega “interpretación” es *hermenia*, de la cual se deriva la palabra *hermenéutica*, la cual significa “principios de interpretación”. Interpretar significa “explicar el significado de algo” o “traducir oralmente”. Esto significa darle sentido a algo, pero no representa necesariamente traducir palabra por palabra.

La interpretación de lenguas es el don de la habilidad sobrenatural para traducir o explicar el significado de una declaración pública que se ha hecho en lenguas.

Cuando alguien habla a la congregación en lenguas, el don de la interpretación de lenguas permite que esa persona o que alguien más proclame el significado de la declaración. “Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla... Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete” (I Corintios 14:13, 27). Podemos definir la interpretación de lenguas como *el don de la habilidad sobrenatural para traducir o explicar el significado de una declaración pública que se ha hecho en lenguas*.

En muchos casos, es imposible traducir una palabra a otro idioma, especialmente si las lenguas no están estrechamente relacionadas. Para algunas palabras no existe un equivalente exacto, y algunas palabras tienen matices o connotaciones que requieren una explicación en otro idioma.

Por ejemplo, el griego tiene muchas palabras para referirse al amor: *agape* (amor desinteresado), *filos* (amor fraternal), y *eros* (amor erótico). La palabra coreana *kibun* se refiere a las actitudes propias, sentimientos, e imagen (en el sentido de guardar las apariencias); pero no existe una palabra en el idioma inglés para traducirla. Para describir a una mujer hermosa en el idioma español se usan las palabras “linda, tierna, hermosa, primorosa, atractiva, encantadora, bella, despampanante”, entre otras, y todas tienen distintos matices de significado, pero en el coreano generalmente solo se usa una palabra, *yehpun* o *ipun*. En cada caso, para hacer una justicia total en el idioma original, se pueden requerir varias palabras o incluso oraciones en el segundo idioma.

Debido a estas diferencias, un breve mensaje puede tener una interpretación larga, o viceversa. La traducción literal de “¡Alabado sea Dios!” en el coreano es *hananim-keh chanyang-ul turimnida!* Una razón por la cual la frase coreana es más larga es porque todas las oraciones coreanas tienen un final que no se puede traducir, lo cual es equivalente a un punto o signo de interrogación que indica la posición relativa del locutor y el oyente. La sencilla invitación “Ven” se

traduce al coreano de varias maneras, dependiendo si el locutor se está dirigiendo a un animal, niño o amigo cercano (*wa*); a una igualdad social (*osehyo*); a un invitado o superior (*oshipsheo*); o a un rey o a Dios (*osheopsuhso*). En los dos últimos casos “Venga, por favor” es *oshegerul paramnida* y *oshegerul paramnahida*.

Además, una interpretación con frecuencia consiste de una exposición o amplificación del mensaje original. Por ejemplo, Daniel le dio a Belsasar la interpretación de las palabras que Dios escribió en la pared. Las palabras eran “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN.” La traducción literal es “contó, contó, pesó, roto”. Pero Daniel dio la siguiente interpretación: “Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas” (Daniel 5:26-28).

*Dios da las interpretaciones de acuerdo
a la capacidad mental, el entendimiento
y la expectativa del orador.*

Dios da las interpretaciones de acuerdo a la capacidad mental, el entendimiento y la expectativa del orador. Él usará el vocabulario, acento y gramática de la persona para transmitir Su mensaje. Si a la persona se le enseñó la versión Reina Valera de la Biblia y está propensa a pensar que las palabras de Dios fueron dichas en el lenguaje antiguo de esa versión, puede usar palabras como *os* y *–éis*. Si el orador no fue condicionado de esta manera, probablemente hablará en español moderno.

No debemos descartar un mensaje por el acento de un país, una gramática deficiente, una palabra mal pronunciada o una expresión arcaica, sino que debemos reconocer que Dios ha dicho Su mensaje a través de una vasija humana. Como analogía, Dios ha inspirado todos los libros de la Biblia y cada palabra refleja precisamente Su mensaje, sin embargo, el estilo, el vocabulario y la gramática de los

libros reflejan las personalidades, contextos y culturas de los distintos autores.

Distintas personas reciben una interpretación de diferentes maneras. Algunas inicialmente reciben una idea, palabra, frase, o incluso una imagen. A medida que ellos comienzan a hablar en fe, Dios continúa impartiendo Su mensaje y las palabras fluyen. Otras personas explican que la interpretación viene de una forma muy parecida al hablar en lenguas, es decir, con la cooperación de su lengua, pero sin entendimiento avanzado de su mente. Ellos escuchan y comprenden el mensaje junto con todos los demás.

Distintas personas reciben una interpretación de diferentes maneras.

I Corintios 14 proporciona los lineamientos para el uso apropiado de los dones de lenguas, interpretación y profecía en la adoración pública. (Ver el capítulo 14 de este libro). Aunque el ejercicio verdadero de estos dones viene de Dios, no debemos afirmar la infalibilidad de los mismos. Cada oyente debe juzgar si un mensaje, en parte o en su totalidad, es en realidad de Dios, y cómo se puede aplicar a él personalmente. (Ver I Corintios 14:29 y nuestra discusión del capítulo 13 de este libro). Es posible que el mensaje central sea de Dios, pero el mensajero humano le puede añadir sus propios pensamientos falibles debido a la ignorancia, el celo excesivo, o el orgullo. Algunas personas se vuelven tan orgullosas por una declaración vocal que asumen que todos los pensamientos y sentimientos que tienen en ese momento son del Señor. Además, es posible que una declaración sea completamente carnal o incluso demoniaca.

Al igual que con las lenguas, he observado muchos ejemplos de interpretación de lenguas alrededor del mundo. Es particularmente interesante ver cuando las lenguas y la interpretación están obrando en un idioma distinto al propio. En Corea, escuché lenguas públicas,

las cuales fueron seguidas por una interpretación en coreano que yo comprendí. En Italia, oí una lengua pública, la cual fue seguida por una interpretación en italiano que no entendí; un hombre que sabía tanto italiano como inglés me interpretó el mensaje.

Cuando sentí que era el momento de dejar Jackson, Mississippi, en 1986, una de mis mayores preocupaciones era la forma en que mi esposa iba a responder. Ella estaba muy involucrada en la iglesia y la universidad, tenía muchos amigos y estaba muy feliz. Yo quería que ella sintiera la misma dirección que yo sentía. Oramos juntos para hacer la voluntad de Dios.

Un día, ella habló por teléfono con una dama de la iglesia, y ellas comenzaron a orar. Esta dama no sabía lo que mi esposa y yo estábamos considerando, pero ella le habló a mi esposa en lenguas y le dio la interpretación. En esencia ella le dijo, "Dios está a punto de cambiar el rumbo de su vida. Usted no comprende ahora, pero no se preocupe. Todo va a estar bien."

Para mi asombro, mi esposa se puso tan ansiosa por marcharse como yo, a pesar de que no sabíamos a dónde íbamos. El Señor realizó una obra de manera simultánea en nuestros corazones y Él usó la profecía para darle una confirmación a mi esposa. En una conferencia de mujeres, mi esposa sintió la gran carga de orar por una conocida. Mientras lo hacía, Dios habló por medio de ella en lenguas e interpretación, dando un mensaje de motivación en un tiempo de prueba. Aunque mi esposa desconocía las circunstancias, la mujer más tarde le confirmó que las palabras habían suplido sus necesidades y le habían dado fortaleza en un momento crucial.

En el otoño de 1995, nuestra joven iglesia en Austin se enfrentó a una situación apremiante. Ya no cabíamos en el edificio que estábamos alquilando y teníamos que construir nuestras propias instalaciones si queríamos crecer. En el transcurso de dos años, habíamos comprado la propiedad, desarrollado los planos arquitectónicos, obtenido la licencia de construcción, y conseguido la financiación. Sin embargo, cuando nos preparamos para construir, nos dimos cuenta que

necesitábamos cien mil dólares más debido a ciertos requisitos especiales y al auge de construcción que había en ese momento. Parecía que no había remedio para la situación.

*Al instante sentimos el fuerte
testimonio del Espíritu.*

El jueves, 19 de octubre, tuvimos una reunión de oración en la iglesia. Mientras me preparaba para terminar el servicio, un joven de repente prorrumpió en lenguas e interpretación. El Señor nos dijo: “Ustedes no pueden ver la sanidad, pero Yo veo la sanidad. Ustedes no pueden ver un milagro, pero Yo veo un milagro. Ustedes no pueden ver un nuevo edificio, pero Yo veo un nuevo edificio.”

Al instante sentimos el fuerte testimonio del Espíritu. Mi suegra fue sanada esa noche de una lesión en la espalda. El siguiente martes por la noche el abuelo de mi esposa fue traído de vuelta a la vida después de haber sufrido un aparente derrame cerebral durante nuestro servicio entre semana. El siguiente jueves, un banco importante en Austin nos aprobó un préstamo de construcción de quince años por el valor integral que necesitábamos y nos dio una tasa de interés más baja, lo cual dejó el pago de la hipoteca en la misma cantidad que previamente habíamos presupuestado. Por tanto, dentro del lapso de una semana, después de la Palabra inicial del Señor, vimos una sanidad, un milagro, y la aprobación de nuestro nuevo edificio.

CAPÍTULO TRECE

PROFECÍA

El último don vocal que vamos a discutir es la profecía. El significado básico del verbo griego *propheteuo* es “hablar bajo inspiración” (Concordancia *Strong*). Debido a que Dios usualmente revelaba el futuro por medio de los profetas de la Biblia, el verbo adquirió el segundo significado, el cual es “predecir eventos”. Por tanto, el verbo *profetizar*, el cual se deriva del griego, tiene dos significados correspondientes: “revelar por inspiración divina” y “predecir con certeza, como si fuera inspiración divina”. Del mismo modo, el sustantivo *profecía* significa “una declaración inspirada” o “una predicción del futuro, la cual se hace bajo inspiración divina”. En otras palabras, la profecía puede ser “un anuncio o una predicción”.

En un sentido general, todo discurso ungido por Dios es profecía. (Ver, por ejemplo, Ezequiel 37:4,9.) La profecía abarca la predicación, la alabanza y el testimonio. La predicción del futuro no es un requisito. El ángel le dijo a Juan en Apocalipsis, “...yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apocalipsis 19:10). En este sentido, todos los creyentes del Nuevo Testamento pueden profetizar (Joel 2:28; Hechos 2:17), y la profecía

es uno de los dones de servicio (Romanos 12:6).

No obstante, I Corintios 12:10 habla de la profecía en un sentido más restringido. Cada creyente debe tener un testimonio con unción (Hechos 1:8). Todo predicador debe predicar el Evangelio con la unción del Espíritu (I Corintios 2:1-4). Pero de acuerdo con I Corintios 12:4-11, hay un don de profecía específico que no todos ejercitan.

La profecía es el don de dar una declaración sobrenatural, la cual viene directamente de Dios, en el idioma del hablante y de los oyentes.

Este don es equivalente a las lenguas que son seguidas por la interpretación. “El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación” (I Corintios 14:4-5). Por tanto, el don de profecía es una declaración sobrenatural y específica de Dios, al igual que las lenguas y la interpretación. Podemos definir la profecía como *el don de dar una declaración sobrenatural, la cual viene directamente de Dios, en el idioma del hablante y de los oyentes.*

I Corintios 14 llama “profeta” a la persona que da dicha declaración. Nuevamente, esto es un uso especializado y restringido que corresponde exclusivamente a la ocasión. Alguien que da una profecía no es necesariamente un profeta permanente en términos de los cinco ministerios de Efesios 4:11-16. Como vimos en el capítulo 1, ese pasaje se refiere al oficio de un profeta. Por supuesto, por definición esperamos que alguien que tiene el oficio de profeta ejercite ocasionalmente el don de la profecía.

El don de la profecía puede operar de varias maneras. Un predicador puede hablar proféticamente a la mitad de un sermón. Alguien en la congregación puede dirigirse a la congregación con una

declaración pública en la lengua conocida, algo muy parecido a la interpretación de lenguas. Algunas veces, Dios unguirá a una persona para que indique una profecía a otra persona.

En un sentido general, todo predicador con unción profetiza cuando predica, pero algunas veces, durante el curso de su mensaje, Dios le dará una palabra directa para la iglesia o para ciertos individuos. Algunas veces el predicador no puede percatarse completamente de lo que está sucediendo, pero otras veces él puede saber que lo que acaba de decir es una palabra específica para alguien. Puede ser que él desconozca a quién se dirige el mensaje, o Dios puede revelarle exactamente quién es el destinatario. Como muestra el ejemplo del sumo sacerdote, Caifás, es posible que Dios hable proféticamente a través de alguien sin que se de cuenta de este hecho o comprenda la profecía. (Ver Juan 11:49-52.)

EJEMPLOS BÍBLICOS

Hechos 11:27-28 proporciona un ejemplo de profecía pública: “En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio.” La iglesia en Antioquía respondió a esta profecía al enviar ayuda financiera a los creyentes de Judea, quienes eran relativamente pobres.

Las hijas de Felipe, el evangelista, eran muy conocidas por sus profecías. “Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban” (Hechos 21:9). Para merecer dicha mención especial, su ministerio tuvo que haber ido más allá de la norma; probablemente, ellas predicaban y ejercían el don de profecía.

Hechos 21:10-11 ofrece un ejemplo de profecía personal: “Y permaneciendo nosotros allí algunos días, descendió de Judea un profeta llamado Agabo, quien viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu

Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles.”

Previamente, algunos discípulos le habían dado un mensaje similar a Pablo en Tiro. “...ellos decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén” (Hechos 21:4). El libro de Hechos revela que Pablo sí fue a Jerusalén, en donde fue arrestado. De allí fue llevado a juicio, lo encarcelaron por varios meses, y eventualmente lo enviaron a Roma para una apelación. Al final del libro de Hechos, él se encontraba en arresto domiciliario.

Finalmente, la tradición nos dice que él fue ejecutado en Roma. Sin embargo, nada indica que él no siguió la voluntad de Dios en este asunto. De hecho, él estaba plenamente convencido de que Dios quería que él fuera a Jerusalén a pesar de las consecuencias, y sus compañeros finalmente aceptaron su decisión como la voluntad de Dios (Hechos 21:13).

APLICANDO UNA PROFECÍA

La historia anterior ilustra que, en el último análisis, solamente los destinatarios de un profecía pueden decidir lo que significa para ellos. Ellos deben discernir si la profecía es de Dios, y si lo es, cómo pueden aplicar esa profecía a sus vidas. “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen” (I Corintios 14:29).

Solamente los destinatarios de una profecía pueden decidir lo que significa para ellos.

En el caso de Pablo, la profecía en sí no era “No debes ir a Jerusalén”, sino “Si vas a Jerusalén, te vas a enfrentar a la persecución y la aprehensión”. Todos los demás asumieron que esta profecía era la forma en que Dios le decía a Pablo que no fuera, y ellos le rogaron que no lo hiciera, pero Pablo sabía lo que Dios ya le había indicado. Él concluyó correctamente que el propósito de esta profecía no era cambiar su forma de pensar, sino prepararlo y

exhortarlo para lo que se avecinaba, pues Dios seguiría teniendo el control a pesar de las circunstancias adversas. La advertencia real y la predicción de peligro vino “a través del Espíritu”, pero no concluía que Pablo no debía ir a Jerusalén.

Como discutimos en el capítulo 1, el propósito principal de los dones del Espíritu no es convertirse en una autoridad en la vida de alguien más o revelar la voluntad de Dios, la cual de otro modo seguiría siendo desconocida. En lugar, los dones espirituales son parte del proceso de edificación y confirmación. El que profetiza debe ser cuidadoso para no dejar que sus propias suposiciones distorsionen la profecía y para no llegar a conclusiones sobre el significado de la profecía para alguien más. El que recibe una profecía debe ser cuidadoso para que la misma no sustituya su propia relación con Dios ni su propio juicio espiritual.

Por ejemplo, si alguien le profetiza a una persona, “Dios lo está llamando para ser un misionero en Brasil”, el destinatario debe evaluar cuidadosamente lo que Dios está haciendo en su vida. Él no debe actuar en función de esa palabra, a menos que sea la culminación de un proceso en el cual Dios ya ha tratado ese asunto con él, o a menos que Dios lo confirme por medio de un proceso de oración y consejería piadosa. El ejercicio de un don espiritual puede plantar una semilla o servir como una confirmación, pero no sustituye la oración, el estudio de la Biblia o el consejo pastoral para encontrar la voluntad de Dios.

Las profecías no son infalibles como la Biblia.

Como pudimos notar en las interpretaciones, las profecías no son infalibles como la Biblia. Por supuesto, todo lo que viene de Dios es verdad, pero es posible que incluso una persona con buenas intenciones permita que parte de su propia forma de pensar se entrometa en una profecía. La persona puede profundizar un pensamiento que Dios le dio, o puede aplicarla de manera

inadecuada. Una vez, escuché a un predicador proclamar públicamente que Dios iba a sanar a una determinada persona que estaba muriendo por una enfermedad mortal. En mi corazón, yo esperaba y oraba para que esta palabra fuera verdad, pero no sentía la seguridad. Después que murió la persona que se encontraba enferma, un líder explicó el error del orador de una forma benevolente: “Escuchamos hablar a la voz de la esperanza”. El orador se había equivocado, no por motivos o malas influencias, sino por seguir las emociones y deseos humanos.

EJEMPLOS CONTEMPORÁNEOS

En muchas ocasiones, he escuchado profecías públicas del Señor. Usualmente, son mensajes de exhortación y motivación que suplen una necesidad especial o proporcionan una bendición especial en un servicio particular. Una profecía notable, la cual se dio en una conferencia general, advirtió que un misionero que recientemente había sido comisionado iba a enfrentar una gran prueba en el campo misionero, y la profecía sucedió tal como se afirmó.

Cuando estaba enseñando en *Jackson College of Ministries* [Universidad de Ministerios de Jackson], un ministro que estaba de visita oró por mí después de un servicio y me dio una profecía. La esencia era que Dios muy pronto abriría una nueva puerta para mí. Después, el ministro me preguntó, “¿Sabe de qué se trata esta profecía? ¿El Señor ha estado tratando algo con usted?” Él no supuso cómo se aplicaba la profecía, pero él me indicó que Dios me lo haría saber.

En ese tiempo, habían surgido algunas nuevas oportunidades, pero yo no vi una aplicación definitiva de la profecía. No obstante, algunos meses después, las circunstancias cambiaron de manera significativa, una nueva puerta se abrió, y yo sabía que era el tiempo para que hiciera una transición, aunque era de una manera distinta a lo que previamente había considerado. Esta profecía ayudó a sembrar una semilla en mi mente para que estuviera abierto a recibir

la nueva dirección cuando viniera. No mucho tiempo después, el Señor nos llevó a la siguiente fase del ministerio. Nos mudamos a St. Louis, donde me convertí en el editor asociado de la División Editorial de Iglesia Pentecostal Unida Internacional.

*“El Señor quiere llenar a alguien
con el Espíritu Santo hoy.”*

En junio de 1989, poco antes de la caída del comunismo, prediqué en una reunión de ministros apostólicos en Leningrado, Unión Soviética (ahora San Petersburgo, Rusia). Nuestro misionero del este de Europa recientemente había hecho el primer contacto cara a cara con los creyentes apostólicos de Rusia desde el ministerio de Andrew Urshan en 1916, antes de que los comunistas tomaran el control. Luego, nuestro misionero de Finlandia había realizado un segundo viaje para ayudar a establecer esta reunión. Ahora, yo había llegado con él para reunirnos con los representantes de toda la Unión Soviética. Yo tenía que predicar, enseñar, explicar nuestras creencias, responder preguntas, y explorar un terreno común con estos creyentes.

Cuando comencé a predicar el domingo en la mañana, dije, “El Señor quiere llenar a alguien con el Espíritu Santo hoy”. En ese momento, no consideré esa declaración como una profecía, sino simplemente como un sentimiento basado en la voluntad general de Dios. No obstante, yo desconocía que estas palabras presentaron todo un reto a la audiencia. Debido a años de confidencialidad, persecución y aislamiento, ellos habían desarrollado la costumbre de orar por el Espíritu Santo solamente en sus casa. Ellos realizaban sus reuniones públicas a través de una modalidad formal y tranquila, y cuando las personas querían recibir el Espíritu Santo, hacían una cita para reunirse con ellos después. Nadie recibía el Espíritu Santo en la iglesia.

Después de predicar, el Señor comenzó a moverse de una forma

poderosa. Las personas comenzaron a orar y llorar, pero el pastor trató de terminar el servicio. Él seleccionó a alguien para que diera la bendición, pero esa persona empezó a orar en el Espíritu, y después una segunda persona se unió a la oración de la misma manera ferviente. Sin embargo, el pastor terminó abruptamente el servicio.

Esa tarde, los hombres regresaron por la enseñanza, las preguntas y la discusión. Ellos preguntaron sobre el tema de la sanidad divina, y afirmé firmemente que todas las iglesias locales deben orar por sanidad. Al final, uno de mis interrogadores pasó al frente y pidió oración con la imposición de manos para recibir sanidad. Cuando él rompió la tradición de esta manera, otros hombres que se encontraban en el edificio también pasaron y pidieron que se orara por ellos. El Espíritu de Dios se movió en gran manera, y pronto un hombre recibió el Espíritu Santo. Él había venido desde Odessa, Ucrania, y había viajado cerca de mil kilómetros de distancia porque tenía la esperanza de recibir esta experiencia. Ante esto, el pastor anfitrión se levantó y dijo, con un cambio de actitud, “Nuestro visitante del oeste profetizó que alguien recibiría el Espíritu Santo hoy. Ahora, Dios ha cumplido Su palabra profética.”

Cuando mi esposa y yo estábamos en Nairobi, Kenia, en un viaje misionero en 1989, recibí una llamada de mi madre que se encontraba en los Estados Unidos. Mi hermana, Karen, se había despertado de un sueño vívido y sentía que era del Señor. En el sueño, yo estaba siendo atacado físicamente y me habían cortado mis brazos y piernas. Karen se encontraba muy perturbada por este sueño que se despertó llorando, y mi madre pensó que era importante por la posibilidad de un peligro inminente. Tal vez podemos considerar el sueño como una palabra de ciencia que le fue dada a mi hermana y el mensaje resultante era una profecía para mí.

Que yo sepa, no me encontré con ningún peligro en Kenia, pero poco después de mi regreso a los Estados Unidos me enfrenté con la oposición sorprendente de varias personas que habían leído mal o no estaban de acuerdo con un artículo de doctrina que yo había escrito.

Debido a que ya había sido advertido por esta profecía, me mantuve confiado de que Dios estaba en Profecía control.

Sentí que esta fuerte oposición era el cumplimiento del sueño de mi hermana, y debido a que ya había sido advertido por esta profecía, me mantuve confiado de que Dios estaba en control. Le expliqué mi posición a los que les interesaba, pero traté de dejar toda esta situación en las manos del Señor. Al final, la situación se resolvió de manera armoniosa y los que inicialmente se habían opuesto fueron los que tomaron la iniciativa.

En varias ocasiones, cuando he estado dirigiendo un servicio, predicando, orando o aconsejando, el Señor me ha llevado a decir palabras improvisadas, no planificadas, que se aplican a una situación determinada o a una persona. En algunos casos, no me daba cuenta en ese momento hasta qué punto Dios había hablado a través de mí. En otras ocasiones, sentía que las palabras estaban ungidas de una manera especial, y a menudo un individuo me confirmaba más tarde que las palabras habían sido para él. Mi esposa ha tenido experiencias similares cuando aconseja o motiva a las personas.

Un domingo en la noche en 1997, estaba predicando un mensaje sobre la gracia de Dios en Austin. Cerca del cierre, sentí de repente una poderosa unción para emitir una fuerte advertencia contra la auto-justificación y el juicio. Ese punto no se encontraba en mis notas, ni encajaba directamente en mi línea de pensamiento, pero instantáneamente vi cómo podía integrarlo en mis observaciones. Más tarde, mi esposa, mi suegra y un asistente pastoral me dijeron que vieron una transformación en mí cuando dije esas palabras. Ellos llegaron a la conclusión que la liberación era poco característica de mi estilo y personalidad, pero claramente era de Dios.

A medida que estaba hablando, supe inmediatamente a quién se dirigían estas palabras, pero no sabía si la persona las iba a recibir.

La impresión fue tan fuerte que me preocupaba que la persona me acusara de atacarla deliberadamente, aunque no me dirigí directamente a cualquier situación identificable. Sabía que la persona podía reaccionar con ira y amargura.

El siguiente miércoles por la noche, el hombre vino a mí arrepentido. Él había reconocido inmediatamente que la declaración que yo había hecho era de Dios y que era personalmente para él. En los siguientes dos días, Dios trató con él fuertemente hasta que cambió su actitud y comportamiento. La declaración profética desactivó un problema potencialmente grave y realizó una transformación espiritual.

CAPÍTULO CATORCE

I CORINTIOS 14: LOS DONES VOCALES EN LA ADORACIÓN PÚBLICA

Después de introducir los dones espirituales y de enseñar la importancia de la unidad y el amor en el ejercicio de los mismos, I Corintios nos instruye en cuanto al uso correcto de los dones del Espíritu en la adoración pública. Este pasaje proporciona lineamientos para eliminar la confusión y establecer el orden, de modo que se cumpla el propósito de los dones espirituales, el cual es glorificar a Cristo y edificar Su cuerpo. I Corintios 14 se dirige particularmente a los tres dones de palabra, las lenguas, la interpretación de lenguas, y la profecía, ya que pueden ser utilizados de manera incorrecta en el servicio de la iglesia.

En la actualidad, algunos comentaristas menosprecian o niegan los dones espirituales, y para reforzar su caso señalan que algunos de los comentarios de I Corintios 14 tienen que ver con la regulación de los dones vocales. Lastimosamente, aquellos que no tienen experiencia espiritual en estos asuntos no están calificados para comentar. I Corintios 2:12-14 explica, “Y nosotros no hemos recibido

el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” Solamente aquellas personas que tienen la llenura del Espíritu pueden ser completamente capaces de comprender y aplicar la enseñanza de los dones espirituales.

La solución para evitar el abuso de los dones espirituales no es dejarlos de utilizar, sino usarlos adecuadamente.

Dios inspiró al apóstol Pablo a escribir I Corintios 12-14 para corregir los abusos en la iglesia de Corinto. Los creyentes ejercitaban diligentemente los dones espirituales, pero lo hacían de una manera inmadura, y no se daban cuenta del propósito por el cual Dios los había dado. El resultado fue el caos y la confusión en lugar de la edificación. La corrección de Pablo no fue para mermar los dones espirituales, sino para mejorar su uso y aumentar su eficacia. La solución para evitar el abuso de los dones espirituales no es dejarlos de utilizar, sino usarlos adecuadamente. I Corintios 14 se dirige solamente a aquellos que ejercitan, o que buscan ejercer, los dones sobrenaturales del Espíritu.

Lejos de minimizar los dones espirituales, I Corintios alienta encarecidamente su uso continuo de una manera apropiada, como lo revelan las siguientes declaraciones:

- “así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don...” (I Corintios 1:6-7).
- “Procurad, pues, los dones mejores...” (I Corintios 12:31).

- “...y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis” (I Corintios 14:1).
- “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis...” (I Corintios 14:5).
- “Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia” (I Corintios 14:12).
- “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros” (I Corintios 14:18).
- “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (I Corintios 14:26).
- “Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas” (I Corintios 14:39).

LA PROFECÍA Y LAS LENGUAS EN LA ADORACIÓN PÚBLICA

(I CORINTIOS 14:1-14)

Este pasaje nos manda a buscar los dones espirituales y después explica el valor relativo de los tres dones vocales en la adoración pública.

“Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis” (versículo 1).

La primera mitad de la frase pone a los dos capítulos anteriores en perspectiva: primeramente, debemos seguir el amor, y cuando lo hayamos hecho, debemos procurar los dones espirituales. Entonces, el versículo nos dice que la profecía se desea especialmente en las reuniones públicas.

“Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla

misterios. Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación” (versículos 2-5).

*El que habla en lenguas le habla a Dios,
pero el que profetiza le habla a los demás.*

Los versículos 2-5 contrastan la profecía y las lenguas, y explican que la profecía es más beneficiosa en las reuniones públicas que las lenguas, a menos que después se haga una interpretación. El que habla en lenguas le habla a Dios, pero el que profetiza le habla a los demás. La persona que habla en lenguas se beneficia a sí misma, mientras que la profecía es de beneficio para toda la congregación. Por tanto, en un grupo, la profecía es más valiosa que las lenguas por sí solas. No obstante, si el hablar en lenguas se acompaña de una interpretación, entonces, tiene el mismo valor que la profecía.

“Ahora pues, hermanos, si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovechará, si no os hablare con revelación, o con ciencia, o con profecía, o con doctrina? Ciertamente las cosas inanimadas que producen sonidos, como la flauta o la cítara, si no dieran distinción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se toca con la flauta o con la cítara? Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire. Tantas clases de idiomas hay, seguramente, en el mundo, y ninguno de ellos carece de significado. Pero si yo ignoro el valor de las palabras, seré como extranjero para el que habla, y el que habla será como extranjero para mí” (versículos 6-11).

Estos versículos constituyen ejemplos de la superioridad de un mensaje comprensible. Un flautista o arpista debe tocar notas distintas para crear una canción, y un trompetista militar o trompetero debe tocar diferentes notas cuando emite comandos para la batalla. Del mismo modo, cuando alguien habla a la iglesia debe decir un discurso comprensible para comunicarse, o de lo contrario es como un extranjero.

Esta discusión es válida tanto para el don sobrenatural de profecía como para la profecía en el sentido general de todos los discursos con unción, incluyendo la predicación. El versículo 6 usa cuatro palabras para describir una declaración en un idioma conocido. Éstas no son necesariamente excluyentes entre sí, pero en conjunto cubren todos los tipos de expresión espiritual en la iglesia, ya sea directamente revelado por Dios (“revelación”) o adquirido a través del estudio de la Palabra de Dios (“ciencia”).

“Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia” (versículo 12).

Esta oración enuncia el principio de buscar el bien más grande de todos para la iglesia. Si en verdad queremos ser espirituales, debemos pensar en las necesidades de los demás. Debemos sobresalir en el ministerio para beneficiar al cuerpo.

Claramente, este pasaje no describe a alguien recibiendo el Espíritu Santo u orando de forma individual. Se relaciona a una adoración grupal. Aparentemente, los creyentes de la iglesia de Corinto eran tan celosos por los dones espirituales que cuando se reunían a hablar en lenguas, lo que resaltaba era su adoración corporativa. Sin embargo, ellos tenían muchas otras oportunidades de hablar en lenguas para la edificación personal. Ellos necesitaban usar su valioso tiempo de reunión en algo que edificara el cuerpo.

“Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto” (versículos 13-14).

Estos versículos proporcionan la aplicación práctica con respecto a las lenguas en un servicio de la iglesia: Si Dios se mueve en una persona para hablarle en lenguas al grupo, entonces, debe orar para que Dios le dé la interpretación. De esta manera, podrá bendecir a todos lo que están presentes en lugar de limitarse a sí mismo.

CONCLUSIONES CON RESPECTO A LOS DONES VOCALES EN LA ADORACIÓN PÚBLICA (I CORINTIOS 14:15-25)

“¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento” (versículo 15).

Aquí se encuentra la conclusión para el uso personal de las lenguas: Es provechoso orar y cantar en lenguas, y es provechoso orar y cantar en el idioma propio. Ambos son importantes; ninguno debe ser menospreciado o descuidado. La implicación es que cada uno tiene su tiempo y lugar indicado.

“Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado. Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (versículos 16-19).

Estos versículos explican con más detalle la distinción entre el uso público y el uso privado de las lenguas, reiterando el pensamiento de los versículos 1-14. Si se le pide a alguien que haga una oración representativa, es mejor orar en el idioma común para que todos puedan aprobar la oración que se ofreció en su nombre (versículos 16-17). Las lenguas son muy valiosas para la devoción personal; de hecho, Pablo no dejaba que nadie lo superara en ese sentido (versículo 18). No obstante, “en la iglesia”, en las reuniones de los creyentes, unas pocas palabras comprensibles son más valiosas que muchas palabras desconocidas (versículo 19).

*Las lenguas son muy valiosas
para la devoción personal.*

Los versículos 15-16 y los versículos 18-19 son paralelos. Tanto el versículo 15 como el versículo 18 proclaman el valor de las lenguas en la devoción privada. Por otro lado, los versículos 16 y 19 ilustran la superioridad de un discurso comprensible en las actividades de adoración pública.

“Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar” (versículo 20).

Cualquier persona que no llega a comprender estos principios es espiritualmente inmadura. Debemos ser como niños con respecto al mal, tal como el odio, el rencor y la venganza, pero debemos ser maduros en el entendimiento espiritual. (Ver Romanos 16:19.)

“En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor. Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos; pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes” (versículos 21-22).

Para explicar con más detalle el propósito de las lenguas, el versículo 21 cita a Isaías 28:11-12, y el versículo 22 revela que este pasaje del Antiguo Testamento es un tipo o una vista previa de hablar en lenguas en la iglesia del Nuevo Testamento. Específicamente, una declaración pública en lenguas es una señal para los incrédulos, ya sea personas que no son salvos o cristianos que tienen preguntas, desánimo o dudas. Mientras que ellos fácilmente pueden menospreciar o ignorar un mensaje en su propio idioma, la declaración milagrosa los confronta con lo sobrenatural. Ellos deben decidir: ¿Este mensaje es falso o es un milagro de Dios? Si es un milagro de Dios, ¿Qué quiere Dios que yo haga? La declaración en lenguas capta la atención del incrédulo para que considere más seriamente la interpretación que tendrá lugar en breve.

Un estudiante universitario con especialización en finanzas visitó nuestra iglesia en Austin en varias ocasiones. Él conoció a un contador público certificado en nuestra iglesia y llegó a tener mucho respeto tanto por su profesionalismo como por su espiritualidad. Un domingo el contador dio un mensaje público en lenguas, el cual fue interpretado. A pesar de que el estudiante había sido un poco escéptico, este milagro lo convenció de que el hablar en lenguas era real. Era una señal convincente para un incrédulo.

La profecía beneficia principalmente a los creyentes.

Por otro lado, la profecía beneficia principalmente a los creyentes, aquellos que son salvos o que al menos reconocen lo sobrenatural. Ellos no necesitan las lenguas para creer en lo milagroso y para escuchar el mensaje de Dios, aunque las lenguas públicas pueden ser una motivación y confirmación para ellos.

“Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por

todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”(versículos 23-25).

Los versículos 23-25 hacen la aplicación directa a los servicios públicos, cuando “toda la iglesia se reúne en un solo lugar”. Las lenguas sin interpretación no benefician al incrédulo o a la persona indocta que se encuentra presente. Si todos hablan lenguas devocionales, personales, a lo largo de un servicio público, el incrédulo que se encuentra presente no aprende nada, y piensa que todos están locos. Pero la predicación, el testimonio o el don de lenguas en el idioma conocido convencerá al incrédulo, revelará los secretos de su corazón y lo guiará hacia el arrepentimiento y la adoración. Aquí vemos la importancia de usar los dones del Espíritu para bendecir a los demás y, especialmente, para salvar al perdido.

A primera vista, parece que los versículos 23-25 contradicen el versículo 22, pero no lo hacen. El versículo 22 habla del valor significativo de una declaración pública dada en lenguas, la cual es seguida por una interpretación. La declaración en lenguas llama la atención del incrédulo, transformándolo en un creyente con el mover de Dios. Luego, la interpretación lo instruye. En este sentido, la interpretación es equivalente a la profecía. Ambas benefician a las personas que llegan a la iglesia siendo incrédulos, pero quienes abren sus corazones y mentes en fe por la manifestación del Espíritu.

Los versículos 23-25 contrastan las lenguas devocionales, privadas, con la profecía, y demuestran que las lenguas privadas no son beneficiosas cuando predominan en un servicio público, pero la profecía sí lo es. El versículo 22 explica el propósito valedero de las lenguas, servir como una señal para los incrédulos, cuando se usan correctamente en un servicio, mientras que el versículo 23 explica el perjuicio de las lenguas, confundir a los incrédulos, cuando no se usan de forma adecuada.

LINEAMIENTOS PARA MANTENER EL ORDEN EN LA ADORACIÓN PÚBLICA (I CORINTIOS 14:26-40)

“¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (versículo 26).

Un servicio común de la iglesia del Nuevo Testamento puede incluir canciones de adoración, enseñanzas, lenguas, revelaciones (declaraciones proféticas), e interpretaciones. Actualmente, aquellos que minimizan o se oponen a las lenguas ignoran este patrón del servicio. Sus servicios de adoración nunca contienen algunos de estos elementos, por lo que, claramente, tienen una comprensión y experiencia deficiente. Este versículo argumenta a favor de los dones del Espíritu en la adoración pública, siempre que éstos se ejerzan para el propósito indicado: edificar (construir) el cuerpo.

“Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios. Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados” (versículos 27-31).

Aquí encontramos lineamientos prácticos que se deben seguir en las reuniones de la iglesia para asegurar que los dones espirituales vocales se ejercen para la edificación de toda la audiencia:

1. *En una reunión, si alguno habla en lengua extraña, sea esto por dos, o lo más tres (dirigiéndose a toda la audiencia) (versículo 27).* Aunque el hablar en lenguas es una señal notable para el incrédulo, tres de estas declaraciones son suficientes para demostrar el poder

milagroso de Dios y para fundamentar la señal. Si se dan más declaraciones, éstas agregan poco valor o se pueden convertir en una distracción.

2. *Después de una declaración pública en lenguas, espere la interpretación* (versículo 27). De lo contrario, las lenguas no benefician a la audiencia.

3. *Si no se da ninguna interpretación, el orador debe permanecer callado* (versículo 28). Él no debe continuar dirigiéndose a la iglesia en lenguas, ya que no los está beneficiando, pero puede continuar orando en lenguas de una manera silenciosa para su propio beneficio.

4. *En una reunión, permita que se den dos, o a lo más tres, profecías públicas* (declaraciones sobrenaturales en el idioma conocido para toda la audiencia) (versículo 29). Esta cantidad es suficiente para comunicar el mensaje de Dios en esa ocasión.

*Aunque Dios es infalible,
ningún ser humano lo es.*

5. *Los oyentes deben evaluar todas las declaraciones proféticas* (versículo 30). Aunque Dios es infalible, ningún ser humano lo es. Por lo tanto, cualquier declaración de un ser humano podría ser parcial o completamente errónea. Como discutimos en el capítulo 13, cada oyente tiene la responsabilidad de discernir si una profecía es de Dios y, si es así, debe saber cómo aplicarla a su vida. En este contexto, juzgar no significa encontrar una falta, condenar u oponerse públicamente. Sencillamente, significa evaluar la validez y la relevancia del mensaje.

Si tanto el orador como el oyente tienen la llenura y la motivación del Espíritu Santo, el Espíritu dentro del oyente dará testimonio de que lo que ha oído es en realidad un mensaje del Señor. Si no existe tal testimonio, el oyente debe considerar si ha sido sensible al Espíritu y si ha sentido lo que los demás sintieron en la iglesia. Las siguientes declaraciones bíblicas, aunque en contextos diferentes, ilustran el

principio que un creyente maduro debe ser capaz de discernir la obra del Espíritu: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido...En cambio el espiritual juzga todas las cosas...” (I Corintios 2:12, 15). “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...” (Apocalipsis 2:7).

Como discutimos en el capítulo 3, el estándar autoritativo por medio del cual juzgamos todas las cosas, incluyendo las profecías, es la Biblia. El discernimiento espiritual es de alguna manera subjetivo, pero la Palabra escrita es objetiva. Si una declaración contradice la Biblia, debemos seguir lo que dice la Biblia.

6. *Si hay más de una profecía, los oradores deben turnarse* (versículos 30-31). Ellos no deben competir para llamar la atención, ni dos personas deben profetizar a la vez. Después que una persona ha profetizado y es evidente que una segunda persona también tiene una profecía, la primera persona debe detenerse y permitir que la otra persona continúe. El cuerpo es bendecido mayormente cuando todos tienen una oportunidad tanto para hablar, como para escuchar. Al escuchar a varias personas profetizar, todos pueden aprender y ser motivados. Todos pueden ejercitar potencialmente este don en la medida que Dios lo permite.

Por supuesto, de los lineamientos dados anteriormente aprendemos que no todos podrán hablar en un servicio. Sin embargo, durante un periodo de tiempo todos deben tener la oportunidad para participar de alguna manera en la vida de la iglesia, esto es, compartiendo un testimonio, un pensamiento devocional, un pasaje significativo de las Escrituras, o una profecía especial.

Cuando el versículo 27 dice: “uno interprete”, sencillamente significa: “Que alguien interprete”. No existe algún requisito que indique que si una persona habla en lenguas otra persona debe interpretar, ya que el versículo 13 instruye al orador a pedir en oración para poder interpretar. El versículo 27 tampoco significa que solamente una

persona puede interpretar múltiples declaraciones en lenguas. La interpretación tiene la misma función de la profecía; así como muchas personas pueden profetizar, así muchas otras personas pueden hablar en lenguas y otros pueden interpretar.

“Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos” (versículos 32-33).

*El don está sujeto a la correcta utilización
o al mal uso, y nuestra responsabilidad es emplearlo debidamente.*

El versículo 32 afirma que podemos cumplir con las normas anteriores, y el versículo 33 explica por qué estas reglas son necesarias. Como comentamos en el capítulo 4, cuando Dios nos da un don, Él no quita nuestra voluntad humana o anula nuestra libertad de elección. El don está sujeto a la correcta utilización o al mal uso, y nuestra responsabilidad es emplearlo debidamente. Si alguien ora con fervor hasta que habla en lenguas, Dios no detendrá esa palabra solo porque las circunstancias no son las apropiadas. El orador debe regular la declaración de acuerdo a los principios de la Palabra de Dios. Cuando él lo hace, no apaga el Espíritu, sino que hace un uso correcto del don y de la elección que Dios le ha dado.

Supongamos que Dios le da a alguien un mensaje profético. La persona todavía tiene que decidir si el mensaje es exclusivamente para su beneficio, para otro individuo, o para toda la iglesia. Asimismo, debe decidir el momento apropiado para darlo. Incluso cuando discierne correctamente el propósito y el tiempo de Dios, debe cooperar con el liderazgo espiritual de la iglesia para no causar perturbación o confusión.

En cada iglesia, Dios está más interesado en la paz, la unidad, la cooperación y la sumisión mutua que en el tiempo exacto y la pronunciación de una cierta profecía. Dios puede cumplir el propósito

de una profecía en muchas formas y tiempos y a través de varias personas, pero Él nunca aprueba el desorden, la contienda o la rebelión. Por tanto, la persona que da una profecía puede y debe aprender a controlar su propio espíritu para hablar de la manera y en el tiempo que edificará a la iglesia.

“Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación” (versículos 34-35).

Los versículos 34-35 tratan con otro problema que estaba causando confusión en las reuniones de los santos de la iglesia de Corinto. Se estaban causando trastornos no solo por el hablar en lenguas de una manera indiscriminada y no regulada, sino también porque algunas mujeres estaban haciendo preguntas de una forma desordenada.

Nosotros solamente podemos suponer la naturaleza exacta del problema, pero aparentemente algunas mujeres cristianas estaban interrumpiendo los servicios cuando hacían preguntas. En esos días, las mujeres usualmente no recibían una educación formal como lo hacían los hombres. En las reuniones públicas, los hombres tenían el derecho de hacer preguntas al orador públicamente, pero las mujeres no podían hacerlo. Podría ser que las mujeres cristianas de Corinto se estaban regocijando tanto por su nueva libertad en Cristo hasta que llegaron al punto de violar esta costumbre social al hacer preguntas al predicador durante su mensaje cuando no comprendían algo que él les decía. O podría ser que en las reuniones de la iglesia los hombres se sentaban en un área y las mujeres en otra, así como lo hacen los ortodoxos en la sinagoga hoy, y las mujeres llamaban a sus esposos cuando tenían preguntas.

En cualquier caso, la solución al problema era que las mujeres se mantuvieran calladas en la iglesia y le hicieran las preguntas a sus esposos en la casa. Al interrumpir el servicio, ellas estaban trayendo vergüenza a sí mismas y estaban deshonorando el liderazgo de sus maridos.

Algunas personas interpretan que las mujeres deben mantenerse en silencio, y les prohíben predicar o profetizar, pero tanto el contexto inmediato como las Escrituras disipan esa noción. En este contexto, el hecho que las mujeres se mantuvieran en silencio se vincula con hacerle preguntas a sus maridos en casa, lo cual demuestra que la prohibición se relaciona con ser ruidoso en la iglesia y no depender de sus esposos para responder a sus preguntas.

I Corintios 11:5 explica que las mujeres no pueden orar o profetizar con sus cabezas descubiertas. La conclusión es que si ellas tienen la cobertura de un cabello largo (I Corintios 11:15), reconociendo así el liderazgo de sus esposos, entonces ellas pueden orar y profetizar en la adoración pública. De hecho, I Corintios 14:31 dice, “Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados”, y no hace distinción entre el hombre o la mujer en este aspecto. Por otra parte, el libro de Hechos declara específicamente que, de acuerdo con el plan de Dios para los últimos días, las mujeres profetizaron en la iglesia primitiva (Hechos 2:17; 21:9).

I Timoteo 2:11-12 también enseña que la mujer debe guardar silencio en la iglesia. De nuevo, esta declaración no es una prohibición absoluta, pero en el contexto prohíbe que las mujeres le quiten el papel de liderazgo a los hombres y que se vuelvan en las maestras autoritarias de ellos. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento demuestran que, bajo la dirección general de los hombres, las mujeres pueden cumplir muchos papeles de liderazgo en el reino de Dios. Débora era un juez de Israel, y ella, así como Hulda y la esposa de Isaías, también era una profetisa (Jueces 4:4; II Crónicas 34:22; Isaías 8:3). Febe era una “diaconisa” (del griego, *diakonos*) de la iglesia en Cencrea. Priscila, juntamente con su

esposo, Aquila, era una de los colaboradores de Pablo y le dio un estudio bíblico al predicador, “Bautista”, Apolos (Hechos 18:26; Romanos 16:3). Otras obreras del Evangelio fueron Pérsida, Trifena, y Trifosa, y Junias también era considerada un apóstol juntamente con Andrónico, quien probablemente era su esposo (Romanos 16:7).

“¿Acaso ha salido de vosotros la palabra de Dios, o sólo a vosotros ha llegado? Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor. Mas el que ignora, ignore” (versículos 36-38).

Aquí, el apóstol inspirado anticipó la posible respuesta de algunos cristianos inmaduros a las instrucciones de este capítulo: “Pero soy espiritual, y no puedo apagar el Espíritu. Soy profeta, y Dios me dio un mensaje para que lo dé a conocer independientemente de sus normas. Dios me habló a mí antes que les hablara a ustedes. De hecho, ¡Él me habló a mí en lugar de ustedes!” Pablo emitió una reprimenda apostólica a aquellos que pensaban de esta manera. Las personas verdaderamente espirituales reconocerán la necesidad del orden en la iglesia, la sumisión al liderazgo, y el ejercicio cuidadoso de los dones para garantizar el beneficio de todo el cuerpo. Ellos reconocerán que estos mandatos han venido de Dios mismo. Cualquiera que rechace estos lineamientos permanecerá espiritualmente inmaduro e ignorante.

“Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden” (versículos 39-40).

Los versículos 39-40 resumen la enseñanza del capítulo, proporcionando en pocas palabras la solución al problema de interrupción en la iglesia de Corinto. Los corintios no carecían de dones espirituales y manifestaciones, pero vemos en toda la epístola

que les faltaba madurez y unidad. (Ver, por ejemplo, I Corintios 1:10-13; 3:1-4.) La manifestaciones espirituales más importantes que ellos necesitaban eran las profecías, es decir, mensajes comprensibles para toda la iglesia que fortalecerían al cuerpo. En lugar de manifestaciones individuales adicionales, ellos necesitaban dones que mejoraran la unidad y que dieran lugar a una madurez que se caracterizara por el interés y consideración por los demás.

En las reuniones corporativas, nuestros principales objetivos deben ser: adorar a Dios, escuchar a Dios y ministrar a los demás.

Aquí encontramos un principio importante de aplicación general: En las reuniones corporativas, además de adorar a Dios, nuestros objetivos principales deben ser: escuchar a Dios y ministrar a los demás. Debemos orar para que Dios nos hable de manera colectiva a través de una profecía en todo el sentido de la palabra, esto es, por medio de la predicación bajo la unción de Dios, la enseñanza, el testimonio, así como las declaraciones sobrenaturales hechas en el idioma local, las cuales vienen directamente de Dios. Asimismo, necesitamos lenguas con interpretación, las cuales en conjunto proveen el mismo beneficio de la profecía.

A diferencia de muchos comentaristas de hoy, cuando Pablo estaba enfatizando los dones más necesarios en la adoración pública, él no desacreditó ni disuadió el uso de cualquier don espiritual. Al tratar de poner orden en los servicios caóticos, él no quería que nadie llegara a la conclusión de que él se oponía a los dones, así como a las lenguas. Él no quería que nadie malinterpretara o aplicara erróneamente sus instrucciones con el fin de prohibir las declaraciones públicas en lenguas, ya fuera en teoría o en la práctica. Sencillamente, él quería asegurarse que todas las declaraciones públicas fueran para el beneficio de todos.

Finalmente, cualquier cosa que nosotros hagamos en la adoración pública, debe hacerse decentemente y con orden. La palabra grieg

euschemonos se traduce como “decentemente” y se deriva de *euschemon*, la cual significa “decoroso, propio, noble, honorable”. El adjetivo aparece en I Corintios 7:35 y 12:24, y la RVR 1960 lo traduce respectivamente como “decente” y “decoroso”. No debemos permitir la confusión, el caos, la rebelión o el egoísmo, sino que todo lo que hacemos debe ser para el bienestar del cuerpo.

Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de cumplir esta amonestación en la iglesia local. El pastor es el responsable de guiar a la iglesia correctamente. El líder del servicio es responsable de seguir la dirección del Espíritu, y no debe permitir que se apague el Espíritu ni que se violen los lineamientos bíblicos que hemos discutido. Por lo general, las situaciones desordenadas se pueden manejar con mucho tacto, al promover la adoración grupal, cambiando el orden del servicio, o, si es necesario, diciendo algunas palabras de instrucción pública o privada. En raras ocasiones, se necesita una reprensión pastoral pública para contrarrestar una influencia demoníaca o carnal que busca dominar el servicio.

La responsabilidad de cada miembro es seguir los principios que nos han sido dados, ser sensibles al Espíritu, y seguir la dirección del pastor y del líder del servicio. Una congregación madura puede superar cualquier influencia espiritual negativa y puede unirse para alcanzar la victoria espiritual en la iglesia.

Podemos resumir toda la enseñanza de los dones espirituales de I Corintios 12-14 en los principios que encontramos en los dos últimos versículos. *En primer lugar*, debemos desear intensamente todos los dones del Espíritu, en particular los que beneficiarán a toda la iglesia en situaciones determinadas. *En segundo lugar*, no debemos prohibir o desmotivar el uso de cualquier don espiritual, siempre y cuando se usen para bendecir a todos. *Finalmente*, debemos conducir todas las actividades espirituales de una manera decente y con orden para cumplir con los objetivos supremos de glorificar a Jesucristo y edificar Su cuerpo.

CONCLUSIÓN

Dios “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:20). Espero que todos los que estamos llenos del Espíritu Santo podamos reconocer el potencial sobrenatural que descansa en nosotros y le permitamos al Espíritu de Dios que fluya a través de nosotros. Nuestro Dios no es distante; Él está presente en nuestras vidas con Su poder milagroso. Cuando tenemos el Espíritu Santo, tenemos al autor de los nueve dones espirituales residiendo dentro de nosotros, y Él puede activar cualquier don que necesitemos.

Pongamos en práctica la fe sencilla para recibir los dones milagrosos de Dios, y avivemos los dones que Él ya ha puesto dentro de nosotros. Cada vez que surja una necesidad, debemos creer en Su Palabra y creer que Él puede obrar a través de nosotros. Su poder obra “en nosotros”; debemos permitir que fluya a través de nosotros para satisfacer las necesidades. De este modo, los dones del Espíritu se convertirán en herramientas esenciales para el fortalecimiento de los santos y para alcanzar al perdido con el Evangelio de Jesucristo.



Acerca del Autor

DAVID K. BERNARD es el fundador y pastor de la Iglesia Pentecostal Unida, Nueva Vida, en Austin, Texas, el editor asociado de la División Editorial de la Iglesia Pentecostal Unida Internacional, y un miembro de la Junta Distrital de Texas. Además, fue profesor universitario y es miembro del Foro de Abogacía Estatal de Texas; recibió su doctorado de jurisprudencia con honores de la Universidad de Texas y una licenciatura, *magna cum laude*, en ciencias matemáticas y estudios de gestión de la Universidad *Rice*. Él también estudió griego en el Seminario Bíblico de Wesley. Sus libros han sido publicados en veinte idiomas y ha ministrado en muchos países de los cinco continentes. Se encuentra en la lista de *Quién es Quién en la Religión* y *Quién es Quién en los Escritores, Editores y Poetas Estadounidenses*. Él y su esposa, Connie, tienen tres hijos Jonathan, Daniel, y Lindsey.

Otras obras escritas por DAVID K. BERNARD

Serie de Teología Pentecostal:

- Vol. 1: *The Oneness of God* [La Unicidad de Dios]
- Vol. 2: *The New Birth* [El Nuevo Nacimiento]
- Vol. 3: *In Search of Holiness* [En Búsqueda de la Santidad]
- Vol. 4: *Practical Holiness* [Santidad Práctica: Una Segunda Mirada]
- *A Study Guide for the New Birth* [Una Guía de Estudio del Nuevo Nacimiento]
- *A Study Guide for the Oneness of God* [Una Guía de Estudio de la Unicidad de Dios]

Manuales:

- *Essentials of Oneness Theology* [Fundamentos Teológicos de la Unicidad]
- *Essentials of the New Birth* [Fundamentos del Nuevo Nacimiento]
- *Essentials of Holiness* [Fundamentos de la Santidad]
- *Essential Doctrines of the Bible* [Doctrinas Esenciales de la Biblia]

Comentarios:

- *The Message of Colossians and Philemon* [El Mensaje de Colosenses y Filemón]
- *The Message of Romans* [El Mensaje de Romanos]

Otros Libros:

- *A Handbook of Basic Doctrines* [Manual de Doctrinas Básicas]
- *A History of Christian Doctrine* [Historia de la Doctrina Cristiana], Vol. 1 y 2
- *God's Infallible Word* [La Palabra Infallible de Dios]
- *In the Name of Jesus* [En el Nombre de Jesús]
- *Oneness and Trinity, A.D. 100-300* [Unicidad y Trinidad 100-300 d. C.]
- *The Oneness View of Jesus Christ* [La Perspectiva de la Unicidad de Jesucristo]
- *The Trinitarian Controversy in the Fourth Century* [La Controversia Trinitaria del Siglo IV]

Haga sus pedidos aquí:

Pentecostal Publishing House 8855 Dunn Road
Hazelwood, MO 63042-2299